BLANCA DALLA TORRE VICUÑA

# TEATRO INFANTIL

## obras para varones de 7 a 11 años

TEATRO ESCOLAR
TEATRO HUMORISTICO DE FARSA
TEATRO LIBRE
TEATRO CIRCO
MONOLOGOS ESCOLARES

31475

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ediciones ercilla

## De NUESTRO CATALOGO

**EL GAUCHO FLORIDO, por Carlos Reyles.**—El gran novelista uruguayo, narrador notable y sin par para reconstituir un ambiente y pintar cuadros costumbristas. nos abre aquí el panorama de la pampa, presentándonos la vida que en ella se lleva y haciéndonos convivir con sus gauchos, que aparecen con vida propia ..... **$ 12.00**

---

**LA INCOGNITA DEL HOMBRE, por Alexis Carrel.**—Un llamado vibrante al hombre moderno, que se ha olvidado del cultivo de su espíritu y de su personalidad, para preocuparse sólo del progreso material, de las luchas comerciales y del armamentismo. Este libro es un formidable diagnóstico de los males de nuestra civilización... **$ 6.00**

---

**LA MONTAÑA MAGICA**, por **Thomas Mann.**—"La más importante de las obras publicadas en este siglo", dice Edmond Jaloux. En verdad, este libro es la cumbre de las letras actuales, porque no sólo recoge la vida y el espíritu de nuestra época, sino el drama eterno de la humanidad. ..... **$ 10.00**

---

**EDITORIAL ERCILLA S. A.**

**Casilla 2787 — Stgo. de Chile**

## TEATRO INFANTIL

Blanca Dalla Torre Vicuña es una joven escritora y pedagoga argentina, que ha entregado todas sus actividades a la tarea de formar un verdadero "Teatro Infantil". En Mendoza, en donde reside, ha constituído ya núcleos de niños que realizan sus proyectos, y ha reunido además un grupo de obras teatrales especialmente para niños, clasificándolas según las edades de éstos.

Blanca Dalla Torre tiene ya coleccionados varios volúmenes de "Teatro Infantil" que aparecerán conforme las divisiones introducidas por ella, es decir, por edades. Esta labor meritísima es un aporte eminente a la tarea educativa y, a la vez, una labor literaria de mucho valor.

Estamos seguros de que el público todo —el de los escritores, el de los maestros, el de los estudiantes, el de las madres de familia,— recibirá con entusiasmo esta obra única en su género en nuestro idioma.

EDITORIAL ERCILLA

# TEATRO INFANTIL

BLANCA DALLA TORRE VICUÑA

2.25
2.00

# TEATRO INFANTIL

## OBRAS PARA VARONES DE 7 A 11 AÑOS

TEATRO ESCOLAR
TEATRO HUMORISTICO DE FARSA
TEATRO LIBRE
TEATRO CIRCO
MONOLOGOS ESCOLARES

(15)
12,8 x 19,3
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1937

Es Propiedad
Inscripción N.º 4858

COPYRIGHT by
Ed. Ercilla, S. A., 1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

# PROLOGO

## *LA ALEGRIA INFANTIL Y EL ARTE*

*Desde que, en un juego de*
*niños, hice este trato,*
*soy un hombre libre.*

*Rabindranath Tagore.*

*Con este tomo de "Teatro Infantil" ofrezco nuevos aspectos de lo que yo llamo la "educación artística del niño por medio de la sensibilidad". Una vez más insisto en cuestión tan decisiva del mejoramiento humano. La escuela y el hogar intentan hacer del niño algo distinto de lo que realmente es. Es decir, se proponen moldearlo a su imagen y semejanza, y tal propósito, por desgracia logrado en la mayoría de los casos, da como resultado hombres inaptos para vivir y extraños a la fecundidad de la vida.*

*Yo no voy ni contra la escuela ni contra el hogar, porque reconozco en ambos estados los asientos de la sociedad. Voy sí contra la deformación que se imprime desde ellos sobre el alma infantil, substrayéndola de su propia espontaneidad, de lo que ella misma quiere ser. Cuando un niño puede actuar por cuenta propia, generalmente es creador, original, abierto a las mejores emociones de la vida; encuentra en su propio corazón los grandes impulsos de la dignidad y la li-*

*bertad. Muy por el contrario tórnase hipócrita, indirecto, duro, cuando desde ambos sitios se imprimen sobre la estructura de su espíritu formas que no armonizan con sus sentimientos y sus preferencias. No debe olvidarse que la naturaleza infantil es como la cera, que lo mismo retiene las manifestaciones de la violencia que las más finas y delicadas plasmaciones de la personalidad. Es por eso que los sistemas de enseñanza vigentes, aún siendo bien intencionados en su origen, no poseen los elementos vitales y humanos que influyan espontáneamente en el despertar de los valores genuinos de la infancia.*

## *EL VALOR MOTRIZ DE TODA ENSEÑANZA*

*Una vez más tengo que insistir en que el niño busca dos estados esenciales en su avidez espiritual: el amor y la alegría. Su inagotable sed de ternura es la fuente principal de su evolución. Así, en los sentimientos hay que tomar el caudal de su formación, porque todo en él se transmuta al fin en sentimiento. Sin ese oxígeno sentimental instintivo no hay en su alma desenvolvimiento creador. En cuanto el amor centra lo esencial de su naturaleza, el niño es ricamente activo, espontáneo, saludable, interpreta naturalmente la alegría de vivir. La alegría libre y generosa que le acompaña no es sino movimiento de las acumulaciones del amor. Con esa realidad, todo en él busca nuevas expansiones de su propio gozo de crear y vivir: lo que desde cualquier sentido vital constituye la felicidad.*

*¿Encuentra en los sistemas vigentes de enseñanza, esa libre expresión de su naturaleza amorosa? Mucho podríamos decir al respecto y demostrar que el amor no se elabora técnicamente con este o aquel sistema de educación; no podemos hacerlo, porque carecemos de espacio. Sólo vamos a expresar que*

*el amor del niño es lo que el maestro, padre o preceptor saben crear en sus sentimientos. Acepto que la mayoría de maestros y educadores experimentan deseos de sacudir aspecto tan rico de la infancia. ¿Por qué no lo logran en la mayor parte de sus tentativas? Porque no son ellos mismos ese amor contagioso, comunicativo, irresistible. Enseñanza es pasión y poder de exaltar. Si se logra enriquecer la propia vida con ese alto y fértil sentido del "amor", se logrará tarde o temprano enriquecer el alma y el porvenir del niño: darle el amor de la felicidad.*

## *EL TEATRO INFANTIL REALIZA ESE TRABAJO*

*Es por ello que sostengo — y pruebas abundantes tengo en mi actuación de animadora de estos organismos — que el Teatro Infantil contiene una gran parte del porvenir de la escuela. Así que la vida adquiera nuevas transformaciones y los cerebros se desprejuicien, comprenderán que el niño lleva en su espíritu un mundo inagotable de cosas utilizables. Para despertar esos mundos actuarán públicamente los Teatros Infantiles. Toman, de una manera libre y adecuada a la vez, al niño, no para obligarlo a determinadas formas en que no puede encontrarse, sino para darle oportunidad de llevar a sí mismo, a lo que él mismo lleva en sus sueños instintivos, cuanto es asonante y propio de su temperamento. Sólo hace falta "dejarle actuar". Eso le moldeará conforme a su naturaleza interior. La escuela suprime las grandes iniciativas infantiles: cosa que le da ricamente el Teatro Infantil.*

*Pero no es posible olvidar que el niño, para entrar en esa libertad, necesita no verse frustrado en ninguno de sus sentimientos. Digo sentimientos, no sensaciones. El sentimien-*

*to es su ternura, su sensibilidad, su espontaneidad, las demandas generales de su naturaleza espiritual. Esto quiere decir que el niño, como realidad artística, puede ser movido dentro de campos en que el arte acapare creadoramente sus mejores sentimientos para darle dignidad.*

## *LOS PERSONAJES ETERNOS DEL NIÑO*

*Por eso mismo hay en la simbología infantil algunos personajes que no morirán nunca. Son los personajes relacionados con su alegría. Esos encarnan ciertos aspectos y deseos del mismo niño y le ofrecen los colores de su instinto y de su libertad. Hay que nombrar al efecto, al payaso, al tony, a cuantos fantoches de la farsa que constituyen la base de su regocijo. Esos personajes llegan a él como otras tantas imágenes de lo que él hace de la vida. Por eso el payaso y el tony no morirán nunca en el alma infantil. Los niños no quieren desalojarlos de la escena, porque los llevan en su alma; es su propio impulso, grotesco o fino, de la alegría y de la inquietud. Y es, asimismo, el amor en lo que él empieza a sentir instintivamente: el dolor.*

*La importancia de este tomo está en que la mayoría de la obra ha sido organizada por los niños-artistas del "Teatro Infantil Pulgarcito". El Teatro-Circo ha sido una idea de ellos mismos. Basta pensar la afición que siente el niño por los trajes vistosos y cómo cambia y adquiere otro ser en cuanto viste tales trajes. La caracterización lo entusiasma y, de inmediato, nacen en él la creación y la inventiva. Por eso la mayoría de los chistes de algunas piezas de este volumen son suyos; o son también la "radio-farsa", por la cual parecen desquitarse de la monotonía y ramplonería que imprimen cier-*

*tos "speakers" a las radios conocidas. Los niños, frente a su pequeño micrófono simulado, actúan con bella soltura y saben engalanar cuanto dicen con frescas ocurrencias e impulsos en que la sensibilidad y la invención se convierten en felicidad.*

*En resumen: día llegará — acaso más pronto de lo que creemos — que los Teatros Infantiles se conviertan en un insubstituible instrumento de mejoramiento y alegría de los niños del mundo.*

*BLANCA DALLA TORRE VICUÑA.*

*Mendoza, agosto 1.º de 1936.*

# I

# Teatro Escolar

## LA ORQUESTA DE LOS NEGRITOS

*(Comedia en un acto)*

*José Minelli.*

*PERSONAJES:*

*MAESTRO (Un tanto nervioso).*
*CANUTO (Flaco).*
*PIPON (Gordo).*
*LANGOSTA (Alto).*
*CHUFASECA (Bebedor).*
*RULITO (Melenudo).*
*BETUNCILLO.*
*HOLLIN.*
*RANITA.*

**ACOTACIONES:** Para darle más brillo a esta obra, sería muy necesario presentar una orquesta infantil con cañas, platillos, batería, panderetas, castañuelas, tambores, etc.; tratando de que los instrumentos coordinen y que sea lo más humorístico posible. Puede aumentarse el número de músicos. Además, ganaría en comicidad si algún negrito cantara una canción en inglés, imitando al negro Fred Astaire o algún otro.

MAESTRO.—(*Entrando.*) ¡Buenas noches, señores!... ¡Córcholis!... ¡Cuánta gente!... ¡Cuánta gente!... (*Transición*). Digo, ¡cuánta gente que falta!... ¡Sí, señores!... (*Cuelga el sombrero.*) Porque habiendo anunciado que representaban

los negritos, cuya fama mundial va del uno al otro polo, debía haberse llenado este salón, no sólo, sino que debía estar esperando afuera una columna de doce cuadras de largo. Lo que se pierden... (*Transición.*) Ustedes, ciertamente, no tendrán el placer de conocerme, ¿verdad? . . . Yo soy . . . ¿No adivinan ustedes?...¿No?...¡Pero cómo!...¿No conocen ustedes al genio de la música?..' ¿Tampoco?... (*Da un golpe en el suelo.*) ¡Ah, esto es demasiado! (*Toma el sombrero para irse.*) ¡Me voy!... ¡Sí, señores, me voy!... Pero, será para traeros a mis profesores, y así demostrar quién soy yo y quiénes son ellos. ¡Ah!, pero luego nos haréis justicia y propagaréis en esta ciudad el éxito de mis eximios profesores; y otra vez, si nos hacéis justicia, haremos un paréntesis en nuestro viaje por el mundo y vendremos nuevamente a recrearos. (*Se arrima a bastidores y llama*). ¡Señores profesores!... ¡Señores profesores!... Vengan entrando... (*Intentan entrar todos a la vez*).

MAESTRO.—¡Atrás! ¡No! ¡Todos juntos, no! Os presentaré uno por uno, para hacer valer nuestros méritos. A ver, pase Rulito.

RULITO.—(*Entra dándose mucho tono. Saluda con donaire.*) Muy buenas noches, estimado público. (*Repetirá una reverencia a cada frase del maestro.*)

MAESTRO.—Mi mejor elemento. ¡Músico consumado! El profesor Rulito es el que tiene la cabellera más rubia de mi conjunto. Es un genio musical...

RULITO.—¡Muchas gracias! (*Junta las manos a manera de saludo y vuelve a repetir:*) ¡Gracias, muchas gracias!

MAESTRO.—(*Yendo hasta bastidores.*) ¡Pase, Canuto!

CANUTO.—(*Entra corriendo y saltando.*) (*Reverencia automática.*) ¡Señores, buenas noches! (*Da media vuelta y se coloca al lado de Rulito.*)

MAESTRO.—Pero, Canuto, ¿esa es la manera de hacer? ¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

CANUTO.—Así hay que hacer, maestro. ¡Siempre decidido en los actos!

MAESTRO.—Es otro genio musical; pero, ¿qué quieren? Es un poquito nervioso. Integra el dúo con Pipón, que es otro de mis genios musicales, de temperamento opuesto al de éste. Un momento y lo conocerán. (*Llamando.*) ¡Pipón!... ¡Pipón!...

PIPON.—(*Desde adentro, con calma.*) ¡Un momento!...

CANUTO.—Sí, ya puede esperar hasta mañana...

MAESTRO.—¡Rápido!

PIPON.—Es que estoy sentado...

MAESTRO.—Bueno, levántate y ven, que aquí la gente espera.

CANUTO.—(*Sale corriendo.*) Voy a traerlo.

MAESTRO.—¡Canuto!... ¡Canuto!... ¡Siempre los mismos! Verán ustedes. Ahora arman aquí la de "San Quintín". ¡No hay día en que no se peleen! Uno porque es flaco y el otro porque es gordo. Uno porque es pachorriento y el otro porque es furioso.

PIPON.—(*Desde adentro.*) ¡Ay!... ¡Ay!...

MAESTRO.—¿Ven? ¿No les decía yo? (*Pasea nerviosamente.*)

CANUTO.—(*Entra zamarreando a Pipón.*) ¡Adelante, tortuga! ¿Crees que vamos a dormirnos esperándote? (*Lo deja*).

PIPON.—(*Arreglándose la ropa. Con calma.*) ¡Siempre el mismo desesperado! (*Al público.*) ¿Han visto ustedes, señores? ¡Ah!, me olvidé de darles las buenas noches, por causa de ese furioso. ¡Buenas noches, señores! (*A Canuto.*) ¡Eh, profesor Cienfuegos!..., es necesario ir más despacio, más despacio; no sea que con el apuro se lastime usted.

CANUTO.—¡Qué despacio! Hay que correr, saltar, brincar. Mire, como yo. (*Salta y brinca.*)

PIPON.—(*Fingiendo susto.*) ¡No!... ¡No!... ¡No... ¡Cuidado!... ¡Señor maestro, impídaselo usted!... ¡Pobrecito, me da lástima!... ¡Se va a romper! ¡Pobre Canutillo! (*Levantando el meñique.*) ¡Está más flaco que un alfilerillo!...

CANUTO.—Diga más bien: ¡Pobre Piponcillo! Está más gordo que un tocinillo.

MAESTRO.—(*Impaciente.*) Bueno, si no acaban ustedes de hablar, no los presento al público. (*Se componen prontamente.*)

PIPON.—(*Señalando.*) El es el que terminó de hablar.

CANUTO.—Y ahora eres tú.

PIPON.—¡Y ahora tú!

CANUTO.—¡No, tú!

PIPON.—Si recién acabas de hablar.

CANUTO.—Pero si todavía estás hablando.

PIPON.—(*Sin hablar, da señales de haber ganado; luego triunfante, señala a Canuto; va al maestro, señálase a sí mismo y luego a Canuto.*)

MAESTRO.—¡Sí, el último que habló fué Canuto; y acaben de una vez!...

PIPON.—¡Bien, gané!... ¿Has visto, por precipitado, lo que te pasa?

CANUTO.—(*Imitando la calma de Pipón.*) ¡Bien, gané!... ¿Has visto lo que te pasa por despacioso?

MAESTRO.—¡Córcholis! Pero, ¿quieren acabar de una vez?... Desde ahora, el que habla es el que perderá. (*Aparte.*) A ver si así me dejan tranquilo. (*Canuto y Pipón se miran. Mirando el reloj.*) ¡Es hora de empezar y todavía no he terminado de presentar mis eximios profesores. (*Yendo a bastidores.*) El profesor Langosta...

LANGOSTA.—(*Entrando.*) ¡Muy buenas noches, señores!

MAESTRO.—El nunca jamás ponderado, el eminente, el as de los progresos musicales. ¡Señores..., aquí está! Es el profesor Langosta. (*Todos aplauden.*)

CANUTO Y PIPON.—(*Gritan*) ¡Bien!... ¡Bravo!... (*Dándose cuenta de que han hablado, se tapan la boca y luego cuentan con los dedos la falta del contrario.*)

LANGOSTA.—(*Reverencia.*) ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Señor maestro, su amabilidad me confunde profundamente. (*Reverencia al público y a los negritos.*)

MAESTRO.—¡Oh, no es para tanto, señor Langosta! (*Yendo a bastidores.*) Pase el señor Chufaseca.

CHUFASECA.—(*Se halla un poco alegre. De su bolsillo sobresale una botella de caña.*) ¡Señor maestro!... ¡Lléveme usted de la mano!... A mí me gustan mucho las escenas románticas. (*El maestro lo conduce con mucha ceremonia.*)

MAESTRO.—Respetable público. Os presento al estro inspiradísimo (*con intención*) al cantor divino.

CHUFASECA.—(*Entrando.*) Así entraba yo cuando cantaba en la ópera de Verdi. (*Canturreando.*)

Aqui chi estamo,
Aqui chi estamo,
Adio me no vo...

MAESTRO.—¡Señores! Las musas lo trasladan en sus inspiraciones de este al otro mundo.

CHUFASECA.—¡Cierto!... Hay veces, durante los conciertos, que no sé dónde estoy. ¡Eh!... ¡Sí! "La inspiración", "La inspiración" es una cosa divina!... Y nace de un amor divino. (*Todos aplauden.*)

CANUTO y PIPON.—¡Bien! ¡Bravo!... (*Se cuentan otro tanto.*)

MAESTRO.—¡Córcholis!... Se pasó la hora y todavía no ha empezado el concierto. (*Yendo a bastidores.*) ¡Adelante los que quedan!

BETUNCILLO, HOLLIN y RANITA.—¡Buenas noches, señores!...

MAESTRO.—(*Apurado.*) Termino de presentar mi conjunto con los profesores Betuncillo, Hollín y Ranita. (*Vuelven a hacer reverencia y se colocan en semicírculo.*) ¡Despachen pronto, señores! ¡Listos!... Va la nota: La... la... (*Recitan cómicamente, acompañando el recitado con movimientos uniformes. El cantarlo quedará al gusto del director de escena, utilizando una tonadilla popular. Pipón recita distraído, balanceando la cabeza con mucho sentimiento, mientras Canuto, sin cantar, sigue contando las faltas de Pipón.*)

Nosotros, los negritos,
¿Negritos? ¡No, señores!
Sin bombos ni tambor.
Expertos profesores

Aquí hemos llegado
Formando un orquestal
Prontito a demostrarles
El arte musical.

CANUTO.—(*Interrumpe, saltando y palmoteando.*) ¡Bien, gané!... ¡Gané!...

MAESTRO.—¡Córcholis! ¿Se puede saber de qué se trata?

PIPON.—(*Arrimándose al maestro*) Dice el furioso que me ganó la apuesta. Pero él habló dos veces. ¡Dos! (*Señala.*)

CANUTO.—Y usted ¿cuántas habló?

PIPON.—Yo también dos.

MAESTRO.—¡Entonces no ganó ninguno! (*Impaciente.*)

CANUTO.—¡No! Gané yo, porque él habló veintidós.

PIPON.—Maestro, no le crea usted; porque cuando iba a la escuela aprendió sólo la multiplicación... Así que no le crea usted.

MAESTRO.—¡Córcholis! ¿Así que en lugar de sumar lo multiplica todo?

PIPON.—¡Claro! porque sólo aprendió la multiplicación.

CANUTO.—Y usted sólo la suma. Y para que vea que sé también sumar, vea cuantas veces habló: (*mano derecha*) cinco (*izquierda*) diez, (*señalando el pie izquierdo*) quince, (*derecho*) veinte (*dedos*) y dos.

PIPON.—(*Moviendo la cabeza.*) ¡Lo multiplica todo, no hay nada que hacerle!

MAESTRO.—(*A Canuto.*) ¿Usted lo vió?

CANUTO.—¡Sí, maestro!

MAESTRO.—¿Y cuando fué?

CANUTO.—Cuando cantaba.

PIPON.—¿Y usted?

CANUTO.—¡No, porque yo no canté! (*Todos ríen, mientras Pipón va con calma a su lugar.*)

MAESTRO.—¡Recórcholis! Aquí todos deben cantar, porque el público ha venido a oírnos y no a ver quién gana las apuestas, puesto que para eso se hubieran ido a una carrera de caballos. ¿Entienden? ¡Ya no hay más apuestas y comienza la función!... (*Al público.*) ¡Señores: a continuación se interpretará el Fox-trot "Melé Pelé", alias "La Máquina del Ferrocarril". Es música norteamericana. ¡Verán ustedes qué

armonía imitativa! Repito: el Fox-trox "Melé Pelé" o "La Máquina del Ferrocarril". (*Recitado cómico con tiempo de fox-trot.*)

¡Guay! con la falné, ya, ya, ulla falmay
Cu nuvayó, trubí cubí folnay
Wisqui e sun guay
(*Imitan con los brazos el movimiento de los pistones.*)
Melé pelé, ¡Guay!
Melé pelé, ¡Guay!
(*Aceleran, imitando la marcha. Uno imitará el silbido y otro el escape del vapor*).
Melé pelé, Melé pelé, Melé pelé, etc...
(*Nuevo silbido y disminuye la marcha hasta pararse*).
Melé pelé, Melé pelé... Me... lé... Pe... lé. (*Frenos.*)
¡Guay!

(*Para darle más melodía dos niños irán tarareando escalas con flautitas hechas con un trozo de caña y papel de seda.*)
(*Canuto, terminado el recitado, llora cómicamente.*)

MAESTRO.—Canuto, ¿por qué llora?

CANUTO.—Porque he visto allí en el público uno que está mirando a Pipón... (*Lloriquea.*)

MAESTRO.—Bueno. ¿Y con eso qué?

CANUTO.—¿Qué hay?... ¡Pobre Pipón!... (*Lloriquea*) Señor maestro: recomiéndele que tenga mucho cuidado, pero mucho cuidado, porque si me lo encuentra ese señor este invierno... (*Señal de cortarle la cabeza.*) ¡Pobre Pipón!, me lo pondrán dentro de los chorizos... zos... zos... (*Lloriquea.*)

(*Pipón también llora cómicamente, retorciendo el pañuelo para escurrir las lágrimas.*)

MAESTRO.—(*Sosiega a Pipón, mientras Canuto, triunfante empieza a reír.*) ¡Sosiéguese Pipón!... ¡Ya te he dicho

Canuto, que esas bromas no se hacen en público! (*Pipón llora inconsolable.*) Pero, ¿por qué llora, señor Pipón?...

PIPON.—Es que yo... yo... también he visto a otro señor que está mirando a Canuto...

CANUTO.—¿Y con eso qué hay?

PIPON.—Que yo creo, señor maestro, que está estudiando la manera de vender esa bolsa de huesos (*señalando a Canuto*), a una refinería de azúcar... (*Todos ríen.*)

MAESTRO.—Esta vez tendré que dejar sin sueldo a Canuto y a Pipón, porque con sus discusiones están malogrando el éxito de la función. (*Canuto y Pipón se componen. Al público.*) ¡Señores: ya han gustado la música norteamericana, y oigan ahora la napolitana. Una tarantela: "Andiamo a Caballo". La... La... La... (*Se remeda el trotar de un caballo.*) Tra... tra... tra... tra... tra... tra... (*Suena el chasquido de un látigo.*) Tatatrá... tatatrá... tatatrá... tatatrá... (*Aquí el maestro grita:*) ¡¡Feroche!! (*Recitan bailando la tarantela e imitando el galope de un caballo.*)

(*Todos*)

Paparruca, trácata truca
Traca truca, trácatatáaa...
Paparruca, trácata truca
Traca truca, trácatatáaa...

Paparruca, trácata truca
Traca truca, traca truca
Paparruca, trácata truca
Traca truca, traca truca
Traca truca, trácatatáaa...

(*Se repite todo una vez.*)

PIPON.—(*Interrumpiendo.*) (*Mira la caña con que tocaba.*) ¡Maestro: se me rompió la caña!...

MAESTRO.—¿Y yo qué quiere que le haga?

CHUFASECA.—(*Saca la botella y le da a beber.*) ¡Aquí hay caña!

MAESTRO.—¡Córcholis! ¡Habráse visto descaro más grande!...

CHUFASECA.—(*Retirándole la botella.*) ¡Despacio!

PIPON.—Sí; pero no es esa la caña que yo necesito.

CHUFASECA.—¿Y entonces, cuál quería?

MAESTRO.—(*Al público.*) Y sigue la farra.

PIPON.—Una caña para el instrumento.

MAESTRO.—¡Córcholis! Aquí no tenemos.

PIPON.—Sí... aquí hay uno que tiene.

MAESTRO.—¡Qué se la dé pronto! ¿Quién es?

PIPON.—(*Señalando.*) ¡Canuto! (*Rogando.*) Señor maestro: dígale que me dé una.

CANUTO.—Yo no tengo nada. ¡Oh, qué rico tipo!

PIPON.—Sí, maestro: dígale que me dé un dedo, que están tan flacos, ¡los pobres! que parecen cañas. (*Todos ríen.*)

MAESTRO.—¡Y siempre los mismos!

CANUTO.—¡Ah, sí! (*Aparte.*) Me la pagarás... (*Lleva a Pipón al proscenio y lo mira de arriba abajo.*) ¿No les parece?... ¿No?... Pero, ¿no les parece, señores, que de aquí puede salir un buen parche para bombos?... (*Todos ríen.*)

PIPON.—¿Sí?... A ver, Canuto, ponte así. (*Lo pone de perfil izquierdo, al público:*) ¿Ven?... Y ahora así. (*Del derecho.*) ¿Ven?... y ahora así. (*De frente.*) ¿Han visto señores?...

CANUTO.—¿El qué?

PIPON.—¿No han visto? Pero ¿no han visto que está tan

flaco que de cualquier lado que se le mire se le ve de perfil?... (*Todos ríen.*)

MAESTRO.—¿Cuándo van a terminar? ¡Córcholis! Bueno, para que otra vez no suceda lo mismo, Canuto y Pipón recibirán la mitad del sueldo.

CANUTO.—(*A Pipón.*) Y ahora, ¿quién tiene la culpa?

PIPON.—Yo no la tengo.

CANUTO.—Ni yo tampoco.

PIPON.—¿Ahora va a decir que la tengo yo?

MAESTRO.—¡Basta! ¡Recórcholis! Si siguen hablando les retiro la otra mitad. (*Al público.*) Ya han gustado las músicas exóticas de otros países y ahora gustaremos la del nuestro. Yo y todo el conjunto de profesores que me honro de presidir, siempre hemos afirmado, y sin temor de equivocarnos, que la música criolla es la más divina, celestial y sublime de todas las músicas. ¡Veréis!

(*Se tararea un tango o un vals, una cueca, una vidalita, etc., u otro que esté de moda. Canuto y Pipón harán la parte de acompañamiento; las otras voces se dividirán en segundas y bajas. Podrán utilizarse también algunas cañitas.*)

TELON LENTO

# ¿QUIEN FUE?

*Almícar Estrella*

*PERSONAJES*:

*ADOLFO.*
*RICARDO.*
*ESTEBAN.*
*DIEGO.*
*EL DUEÑO*: *personaje invisible.*

ESCENARIO.—Una habitación de altos; a la izquierda una ventana; en el fondo, una puerta. Por la ventana se ve, cerca, parte del ramaje de un árbol.

ADOLFO.—¡Allí! ¿No la ven? ¡Qué grande! ¡Qué madura!

RICARDO.—Sí: es la única que hay. ¡Qué grande!

ESTEBAN.—Es la última. ¡Qué madura!

DIEGO.—La dejaron porque desde abajo no se la ve.

ESTEBAN.—Está a poco más de un metro de aquí...

RICARDO.—¡Menos! Y a la misma altura de la ventana.

ADOLFO.—Con un alambre se la podría alcanzar desde aquí...

DIEGO.—¡Qué ni se te ocurra!

ADOLFO.—Yo no he dicho que voy a arrancarla. Digo que se podría alcanzar, nada más.

ESTEBAN.—¡Oh!, si fuera otro, hace rato que la hubiese sacado.

RICARDO.—Otro sí, pero me parece que nosotros no vamos a ponernos a robar una naranja.

DIEGO.—Sí, porque, fijándose bien, eso es robar.

ADOLFO.—¡Yo no robo, eh! ¡Que conste! No hay nada más feo.

RICARDO.—Claro, porque a uno lo pueden ver.

ADOLFO.—Ni siquiera una naranja que, al fin y al cabo, no vale nada. Casi no es robo.

ESTEBAN.—Y una naranja que no tiene dueño.

DIEGO.—¿Cómo, sin dueño? ¿Y el patrón del árbol?

ESTEBAN.—Es una manera de decir, porque, viéndolo bien, si el dueño del árbol no sabe que está la naranja, es como si no la tuviera... Y si no la tiene... ¡no la tiene!

RICARDO.—Naturalmente: uno no es dueño de una cosa que no tiene.

ADOLFO.—Y además, ¿qué le importaría una naranja más o menos a él, que sacó tantas?

ESTEBAN.—¡Bah! No haría caso...

ADOLFO.—Además, está demasiado madura. Se va a caer sola.

DIEGO.—Tal vez se pudra en el suelo sin provecho para nadie.

ESTEBAN.—Perdida por perdida...

RICARDO.—A mí me gustaría saber si esa naranja es dulce, nada más. Eso no es un delito: es un capricho que a nadie perjudica.

DIEGO.—Pero para probarla hay que arrancarla.

RICARDO.—¿Quién ha dicho arrancar? ¡Siempre exa-

geras las cosas! Desde tu punto de vista también sería un delito olerla.

DIEGO.—Olerla... no. Si uno la deja como la ha encontrado... Si nadie notara nada....

RICARDO.—¿Dos metros, dijiste?

ESTEBAN.—No. Poco más de un metro. Todo lo entiendes mal.

ADOLFO.—No hay por qué discutir. Es fácil verlo. Calculando dos largos de mi brazo... ¡A ver! (*arrima una silla a la ventana y sube a ella.*)

RICARDO.—¿Vas a subir? ¡No toques la naranja! ¡Pueden vernos! (*Se dirige rápidamente hacia la puerta, la cierra y se queda escuchando junto a ella.*) Pueden venir.

DIEGO.—¡Cuidado! Te puedes caer. (*Adolfo saca la mitad del cuerpo fuera de la ventana. Diego le sostiene la silla con una mano y con la otra lo toma del guardapolvo.*)

ADOLFO.—Apenas he tirado y viene la rama con la naranja. Casi la toco.

DIEGO.—(*En voz baja, excitado.*) ¿Ya la alcanzas?

ESTEBAN.—(*Idem.*) ¡Sí, casi la toca! No muevas tanto la rama.

DIEGO.—(*Idem.*) Se darán cuenta de que estás ahí.

ADOLFO.—(*A Esteban.*) ¡Aquí está! ¡Tómala! (*Le entrega la naranja y baja de la silla. Esteban esconde debajo del guardapolvo la mano con la naranja.*)

RICARDO.—(*En voz baja.*) ¿La arrancaste?

ADOLFO.—No. Apenas la toqué, sin querer, se me quedó en la mano.

DIEGO.—Ahora dirán que robaste una naranja.

ADOLFO.—¡Yo no!

DIEGO.—¿Tú no? ¡Yo menos!

RICARDO.—¡Yo tampoco!

ESTEBAN.—Me imagino que no he sido yo.

DIEGO.—La naranja no vino sola...

ADOLFO.—¿Quieres decir que fuí yo?

DIEGO.—Si dices que no, vamos a ver: ¿quién fué?

DUEÑO.—(*Afuera.*) ¡Diego, Ricardo, Adolfo y Esteban! (*Sensación; los niños retroceden y se agrupan.*)

ADOLFO.—(*En voz baja, de susto.*) ¡Es el dueño del árbol! ¡Estaba aquí, al pie de la ventana! ¡Ha oído todo!

DUEÑO.—Uno tenía firme la silla, otro escuchaba junto a la puerta; uno estiró el brazo y otro escondió la naranja. Todos hablaban en voz baja y cada uno pensó en el cuarto de naranja que le iba a tocar. Adivina, adivinador: ¿Quién fué? (*La naranja rueda por el suelo; los niños, inmóviles, se miran.*)

TELON

# LA HONRADEZ

*(De un cuento de Max y Alex Fischer)*

*Germán Berdiales.*

*PERSONAJES:*

*EL MAESTRO.*
*EL INSPECTOR.*
*EL QUINTERO.*
*VARIOS ESCOLARES.*

DECORACION.—Un salón de clase.

EL MAESTRO.—Sí señor inspector: el quintero del pueblo se presentó ayer aquí, y me dijo: "¿Se acuerda usted, señor maestro, de la cantidad de frutas que tenía mi hermoso ciruelo? Pues bien, ¡ya no le quedan más que veinte! ¡Figúrese usted, veinte ciruelas, un árbol que tenía millares!". Y en seguida me declaró que sospechaba que el pícaro ladrón era alguno de los chicos de la escuela. Entonces, tomando en cuenta la denuncia, que por cierto me mortificó bastante, les dije a mis alumnos al despedirme de ellos: "El culpable será perdonado si mañana, por hoy, arranca una ciruela del árbol y, en vez de comérsela, viene a la clase con ella colgada del cuello".

EL INSPECTOR.—(*Que se ha asomado a la ventana.*) Pues ha acertado usted, porque allí veo al culpable luciendo el collarcito acusador...

EL MAESTRO.—(*Asomándose a su vez.*) ¡Pedrito! ¡Pedrito! ¡Pedrito Cáceres! ¡Ese diablo tenía que ser!... ¡Ah! lo perdonaré porque así lo he prometido solemnemente, pero tendrá que oírme ese pilluelo!

EL QUINTERO.—(*Entrando, desesperado.*) ¡Señor maestro! ¡Señor maestro! ¡Mis ciruelas! ¡Mis ciruelas!

EL MAESTRO.—¿Qué?... ¿Qué les pasa a sus ciruelas, buen hombre?

EL QUINTERO.—¡Nada! Ya no les pasa nada a mis ciruelas, porque ... ¡no me queda ni una!, ¡lo que se dice ni una!

EL MAESTRO.—¿Ni una?

EL INSPECTOR.—¿Ni una? No puede ser.

EL QUINTERO.—¡Ni una para remedio, señores!

EL MAESTRO.—Pero, ¿no me dijo usted ayer que quedaban veinte en el árbol?

EL QUINTERO.—Sí, y decía verdad; pero también hoy digo verdad, y no queda ni una...

EL MAESTRO.—Bien; por lo tanto, ya tenemos aquí al culpable.

EL QUINTERO.—¿Qué? ¿Es qué alguno ha confesado?

EL MAESTRO.—Sí, señor. Ya verá usted. Un momentito, que vamos a escarmentarlo delante de todos sus compañeros. Voy a hacer pasar aquí a todos los alumnos. (*Golpea las manos, y, a esta señal, van apareciendo los alumnos; todos, excepto tres, llevan el collar acusador.*)

EL INSPECTOR.—(*Al advertir esta curiosa circunstancia, y señalando a cada niño.*) ¡Oh! ¡Este!... ¡Y éste! ¡Y éste!... ¡Y este otro!... ¡Y éste, también!... ¡Y aquél!... ¡Y aquél!... ¡Y aquél otro!... ¡Y el de más allá!... ¡Qué confusión, Dios mío!

EL QUINTERO.—(*Asombrado.*) ¡Oh!... ¿Y esto?

¡Cielos! ¿Qué significa esto, señor maestro? Explíqueme usted!

EL MAESTRO.—(*Dejándose caer en su sillón.*) ¡Esto significa que no es uno solo el culpable, que son muchos, que son todos!

EL INSPECTOR.—(*Que ha observado que tres alumnos no traen el collar.*) ¡Todos, no! ¡Hay que hacer justicia! ¡Todos no! Allí veo tres pobrecitos que no traen el collar acusador...

EL MAESTRO.—¡Ah! ¡Respiro! ¡Por lo menos, tres!... ¡Tres! A ver, Roberto, Juan, Antoñito...

ROBERTO, JUAN Y ANTOÑITO.—(*Interrumpiéndolo y llorando desesperadamente.*) Perdón, señor, ¡perdón!... pero es que cuando nosotros llegamos... ¡ya no había más ciruelas! (*El inspector y los otros niños se ríen a no poder más, el maestro cae en su sillón y el quintero huye tirándose de los pelos.*)

TELON

# EL DENTISTA

*(De un cuento de Antón Chejov)*

*Germán Berdiales.*

*PERSONAJES*:

*EL ENFERMO.*
*EL ENFERMERO.*

DECORACION.—El consultorio del dentista.

EL ENFERMO.—¡Qué lástima!

EL ENFERMERO.—¿Por qué? ¿Qué le sucede?

EL ENFERMO.—¿No ve? ¡Las malditas muelas! Es para volverse loco. Un dolor infernal. No he pegado los ojos en toda la noche, y ahora. ¡Llego después que el dentista ha salido! ¿Cuándo volverá?

EL ENFERMERO.—Hasta mañana ya no vuelve. ¿Es una sola muela?

EL ENFERMO.—Sí, una sola, pero... además de la muela, me duele todo este lado de la cara... Hasta la oreja me duele, como si tuviera un clavo aquí... ¡Es para morirse!

EL ENFERMERO.—Sí, ¡claro! es desagradable. Vamos a ver si yo puedo hacer algo por usted. Siéntese aquí, y abra la boca. Más, ¡más! ¡que a mí no van a asustarme sus dientes! ¡Vamos, abra bien la boca!

EL ENFERMO.—Confío en su ciencia.

EL ENFERMERO.—(*Después de echarle un vistazo.*) Hay que sacarla.

EL ENFERMO.—¡Fuera con ella! Haga lo que le parezca, que para eso sabe.

EL ENFERMERO.—No gran cosa, pero hay que tener la mano firme. Y la tengo, ¡vaya si la tengo! Esto para mí no es nada. Ya verá. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. ¡Casi sin mirar! ¡He sacado tantas!... En ausencia del doctor, se entiende... Casos de urgencia, gente que no puede dejarlo para otro día, así como usted. No hace mucho que tuve que atender al doctor Armonal. ¿Lo conoce? ¿No? Pues lo conoce medio mundo. Es el senador. Bueno, pues él también andaba con la cara en la mano, un dolor terrible. ¡Y se la arranqué!... ¡Ya ve, y ése es todo un señor senador, un hombre de sociedad! ¡Y qué muela! ¡Una señora muela, una muela de sociedad! ¡Ja... ja... ja! ¡Una muela y compañía! porque hay muelas y muelas... Unas hay que sacarlas con tenazas, otras con llave, otras... depende... Bueno. No, amigo; abra la boca todo lo que pueda... ¡Más!... ¡más!

EL ENFERMO.—Pero, ¿es que va usted a metérseme dentro de la boca?

EL ENFERMERO.—No es que vaya a meterme dentro de su boca, pero se necesita comodidad para trabajar ahí dentro, hombre. No tenga miedo. ¡Vamos a sacar este estorbo! ¡Cuestión de dos segundos!... Una, dos, tres. ¡Y se acabó! Ya verá. Primero vamos a cortar un poco de carne... Luego un tironcito, así...

EL ENFERMO.—¡Ay, mire qué!...

EL ENFERMERO.—No hable, no hable... Y no se mueva... Esta muela, saldrá volando. Esto no es nada. Espere: cuando yo cuente: una, dos, y tres, ¡está listo! Pero no se mueva, ¿no ve que dificulta el trabajo? ¡Déjeme la mano! ¿O piensa que le voy a sacar la muela con los pies? ¡Ahora, la tenaza! ¡Eso! No se mueva, que se puede romper, y enton-

ces... Un momento, un momentito, y terminamos. Paciencia: ¡ahora! (*tira.*)

EL ENFERMO.—¡Ay, Dios mío! ¡Virgen santa!

EL ENFERMERO.—Vamos, no moleste a Dios y a la Virgen por tan poca cosa y déjeme la mano...

EL ENFERMO.—Es que me duele mucho...

EL ENFERMERO.—Pasará en seguida. A ver, otro tironcito... ¡Una, dos, tres!

EL ENFERMO.—¡Aaah! ¡Aaah! ¡Demonios!

EL ENFERMERO.—No llame al demonio, porque ese sí viene en seguida...

EL ENFERMO.—Es que no puedo soportar...

EL ENFERMERO.—Sin embargo... (*tira.*)

EL ENFERMO.—¡Aaah! ¡Aaah!

EL ENFERMERO.—¡Me pone nervioso, hombre! ¡Deja de gritar por todos los santos y todos los diablos! ¡Una, dos, tres! (*tira.*)

EL ENFERMO.—(*Dando un salto en el asiento.*) ¡Maldita sea! (*Tocándose la muela con los dedos.*) ¿Y todavía no me la has quitado?

EL ENFERMERO.—¿Y cómo quieres que te la quite, si no haces nada más que tomarme de la mano empujarme con el codo y decir tonterías?

EL ENFERMO.—Es que me torturas con tus herramientas...

EL ENFERMERO.—¿Y qué te figurabas? ¡No es tan sencillo arrancar una muela! Ella está muy bien ahí, y no quiere dejar la tierra en que nació... Se trata, además, de una cosa delicada, de una cosa científica que tú no entiendes ni entenderás nunca.

EL ENFERMO.—Yo sólo sé que esto es un martirio infernal.

EL ENFERMERO.—El doctor Armonal, el senador que

ha viajado por Europa "y por París", no hacía gimnasia como tú en el sillón y se fué encantado del modo cómo le arranqué la muela. Vamos, ¡siéntate ahí de una vez!

EL ENFERMO.—(*Obedeciendo.*) ¡Dios mío, cuánto sufro! ¡Sácala de un tirón! No se trata de tirar mucho, sino de tirar bien.

EL ENFERMERO.—¿Quieres dejar de fastidiarme con tus consejos, ignorante? ¿Quién es aquí el dentista, tú o yo? ¡Vamos, hombre! ¡Ea, abre esa boca cuanto puedas, y más todavía! ¡Y ahora, calla! Es una desgracia hablar con individuos de tu clase, uno pierde la sangre fría, la educación y... ¡Te he dicho que no te muevas! ¿Es que hay alfileres en el asiento? ¡A ver! ¡A ver! ¡Una, dos y... tres! (*Tira.*)

EL ENFERMO.—¡Aaaaah! ¡Dios!

EL ENFERMERO.—¡Qué mala suerte ¡Se rompió!

EL ENFERMO.—(*Saltando del asiento hacia la puerta.*) ¡Verdugo! ¡Que el diablo te saque las tuyas, bandido! (*Desaparece dando un portazo.*)

EL ENFERMERO.—(*Tomando los útiles de limpiar el piso.*) ¡Esto es lo que me merezco, por meterme en lo que no me importa! Yo no estoy aquí para reemplazar al dentista; a mí me han contratado para limpiar el consultorio y cuidar de todo lo que hay aquí. ¿A qué me meto entonces, a aliviar a nadie? ¿Que les duelen las muelas? Pues que se aguanten, hasta que vuelva el dentista. ¡Eso!, ¡que aguanten!, no seré yo quien vuelva a sacrificarse por ellos! ¡Ignorantes, desagradecidos, mal educados!

TELON

# EL BUEN CABALLERO

(*De una parábola anónima.*)

*Germán Berdiales.*

*PERSONAJES:*

*EL REY.*
*EL CABALLERO.*
*EL NIÑO.*

DECORACION.—Un camino.

EL CABALLERO.—¿Por qué lloras, pequeño?

EL NIÑO.—¡Oh, señor, soy muy desdichado! Esta bolsa vacía y estos rotos vestidos que me cubren, es cuanto me queda de los bienes que heredé de mis padres... El Rey, nuestro amo y señor, me ha arrebatado mi escasa fortuna...

EL CABALLERO.—¿Qué bienes perdiste?

EL NIÑO.—Perdí, señor, esta modesta granja que vengo a contemplar todos los días, desde que fuí arrojado de ella por orden de nuestro soberano... Aquí nací y aquí viví muchos años feliz, hasta la muerte de mis padres...

EL CABALLERO.—¿Y por qué te ha privado el Rey de esta propiedad?

EL NIÑO.—Porque desea construir aquí una casa de campo...

EL CABALLERO.—¡Cómo es posible!... ¿Acaso no tiene ya palacios y quintas de recreo en las más hermosas regiones del país?

EL NIÑO.—Sí, señor; las tiene y sin embargo, no ha querido escuchar mis súplicas.

EL CABALLERO.—Pero, ¿te habrá entregado el valor de la propiedad?

EL NIÑO.—Nada de eso, aunque, al principio, me hizo ofrecer algún dinero...

EL CABALLERO.—¿Y por qué no te pagó luego?

EL NIÑO.—Porque yo me negué a vender mi casita... Disgustado por lo que él llamaba mi desobediencia, se apoderó de la granja por la fuerza, e hizo que me arrojasen al camino.

EL CABALLERO.—Pero, ¿estás seguro de que el Rey conoce tu situación?

EL NIÑO.—Sí, señor; yo he regado sus pies con mis lágrimas.

EL CABALLERO.—Y tus súplicas, ¿no produjeron efecto en el ánimo del Rey?

EL NIÑO.—Ninguno. Con terrible dureza me ordenó que me retirase de su presencia, si no quería pasarlo mal...

EL CABALLERO.—(*Viendo llegar al Rey.*) Mira, por allí viene el Rey. Dame tu bolsa y espera, que a mí me ha de escuchar, pues me ha distinguido siempre entre los caballeros de la corte.

EL REY.—(*Al caballero.*) ¡Hola!, por fin, he tenido la dicha de encontrarte...

EL CABALLERO.—Yo sí que puedo llamar dichoso y hasta providencial este encuentro, Majestad, pues iba en vuestra busca, para interceder, ante vos, en favor de este pobre niño que aquí veis...

EL REY.—(*Con violencia.*) No debo ni quiero escucharte una palabra más... ¿Es que no sabes, por ventura, que yo puedo disponer a capricho, de las vidas y haciendas de todos mis súbditos?

EL CABALLERO.—¡No he de saberlo! Vuestro poder sobre la tierra y cuantos en ella habitamos, es ilimitado, Majestad; pero... este pobre niño, señor, no reclama su antigua propiedad, sino que únicamente, viene a pediros que le permitáis llevarse, en esta bolsa, un poco de esta tierra, que le es tan querida, pues desea conservar ese recuerdo de días más dichosos... Eso es lo que pide...

EL REY.—¡Ah, si no es más que eso, no me opongo!... (*El caballero se pone a llenar la bolsa.*) De aquí a poco, amigo mío ya nadie podrá reconocer estos parajes, pues he de levantar en ellos un magnífico palacio y se instalarán en toda su extensión espléndidos juegos de agua...

EL CABALLERO.—Celebro vuestros grandiosos proyectos, Majestad. (*Pausa.*) Bien, ya tiene el huérfano su bolsa llena de tierra. ¿Querrías ahora concederme una segunda gracia, tan insignificante como la primera?

EL REY.—Concedida...

EL CABALLERO.—¡Ah, Dios os premie tanta bondad, señor! Deseaba, solamente, que me ayudaseis solamente a cargar en mis hombros esta bolsa...

EL REY.—Para labores tan ruines se han hecho las manos de los esclavos, no la de los reyes.

EL CABALLERO.—Sin embargo, señor, los reyes no pueden faltar a su palabra, y yo tengo la vuestra.

EL REY.—Insensato... ¿no comprendes que yo no estoy habituado a soportar esas fatigas? Una carga como esa, es demasiado pesada para mis fuerzas.

EL CABALLERO.—¿Demasiado pesada una simple bolsa de tierra? ¡Oh, señor!, ¿y no pensáis en el día en que os tocará presentaros ante Dios llevando, sobre vuestro espíritu, cargas mucho mayores que ésta? Aquí abajo, vos sois dueño absoluto; la vida de vuestros súbditos está en vuestras manos; con sólo una palabra precipitáis en la ruina y en la muerte

a millares de hombres, pero un día seréis llamado por Dios, y él os pedirá cuenta de vuestros caprichos, de vuestras injusticias, de vuestras maldades...

EL REY.—¡Calla! ¡Calla! Te doy las gracias por haberme hecho comprender mi verdadera misión en la tierra... Dile a ese niño que vuelve a ser dueño de cuanto, en mala hora y cegado por mi soberbia, le arrebaté. Y, en cuanto a ti, óyeme: Quiero recompensarte generosamente. De hoy en adelante serás mi consejero.

EL CABALLERO.—¡Oh, señor, vuestra generosidad me abruma!...

EL REY.—Los reyes necesitamos tener a nuestro lado, hombres como tú, que con su leal consejo, nos guíen siempre por el recto camino de la justicia.

TELON

# ECONOMIA

*(De un cuento de Eusebio Blasco.)*

*Germán Berdiales.*

*PERSONAJES:*

*EL LIBRERO.*
*EL ESTUDIANTE.*

DECORACION.—El despacho de una librería.

EL ESTUDIANTE.—Buenos días, señor librero.

EL LIBRERO.—Buenos días, señor estudiante.

EL ESTUDIANTE.—¿Tiene usted algún Tratado de Economía?

EL LIBRERO.—Sí, tengo varios Tratados de Economía. Vea este hermoso ejemplar, lujosamente encuadernado.

EL ESTUDIANTE.—¿Cuánto vale?

EL LIBRERO.—Por ser para usted, se lo daré en veinte pesos.

EL ESTUDIANTE.—Es hermoso, pero resulta caro para mi bolsillo. Si tuviera usted otro más barato...

EL LIBRERO.—¡Cómo no he de tener!... Vea éste en pasta española...

EL ESTUDIANTE.—¿Es nuevo?

EL LIBRERO.—Nuevecito.

EL ESTUDIANTE.—¿Y vale?

EL LIBRERO.—Doce pesos.

EL ESTUDIANTE.—Es barato, pero es el caso que yo no puedo gastar tanto.

EL LIBRERO.—¡Hubiera empezado por ahí, hombre de Dios! Lo que a usted le conviene es un ejemplar a la rústica, ¿no es eso? (*A la señal afirmativa.*) Aquí tiene usted uno, al precio corriente de cinco pesos con cincuenta centavos.

EL ESTUDIANTE.—¿Y no me hará el descuento de costumbre?

EL LIBRERO.—Sí, hombre. Así le saldrá en algo menos de cinco pesos. ¿Se lo envuelvo?

EL ESTUDIANTE.—Este... ¿Y no podría venderme un ejemplar usado?

EL LIBRERO.—Precisamente creo que por ahí tengo uno que puedo dejárselo en dos pesos redondos... ¡Véalo!

EL ESTUDIANTE.—¿No le falta nada?...

EL LIBRERO.—Absolutamente nada...

EL ESTUDIANTE.—Así que, ¿dos pesos?

EL LIBRERO.—¡Ah, sí! Ni cinco centavos menos.

EL ESTUDIANTE.—Pero dígame, ¿no tendría otro un poco más barato? Aunque le faltasen las cubiertas no me importaría...

EL LIBRERO.—(*Fuera de sí.*) ¿Y usted cree que necesita estudiar economía? No, amiguito, no; preséntese a examen ahora mismo, porque economía ya sabe bastante...

TELON

# ENTRE DOS LITIGANTES, EL TERCERO GOZA

*(Escena cómica)*

*Clemente B. Greppi.*

*PERSONAJES:*

*LALO.*
*PACO.*
*SALOMON.*

LALO Y PACO entran discutiendo acaloradamente. Paco trae en la mano una nuez, Salomón entra después, lleva una manzana en el bolsillo.

LALO.—Dame la nuez que es mía, porque yo la vi antes.

PACO.—Sí, pero yo la bajé del árbol.

LALO.—Yo la habría bajado también, pero tú te anticipaste.

PACO.—Tú dijiste que no podías subir.

LALO.—Pero yo iba a buscar la caña.

PACO.—Pero como aquí no hay caña, no ibas a poderla bajar.

LALO.—Eso no es una razón.

PACO.—Tampoco es razón la tuya...

LALO.—Yo tengo razón, porque yo la vi primero.

PACO.—Pero buscando, yo también la hubiera visto.

LALO.—No, porque ya habías mirado de ese lado del árbol y no la habías encontrado...

PACO.—Pues bien... yo la bajé y no te la doy.

LALO.—Yo no quiero saber nada, más... La nuez es mía, porque yo la vi, así que dámela.

PACO.—Pues como yo la bajé del árbol, entiendo que es mía. (*Decidido.*) Y no te la daré

LALO.—(*Amenazante.*) Dámela te digo.

PACO.—(*Repeliendo agresión.*) Te he dicho que no... y no...

SALOMON.—(*Entrando.*) ¡Alto ahí! ¿Por qué discuten?

LALO.—Yo he encontrado una nuez y Paco se ha apoderado de ella y no me la quiere dar.

PACO.—(*Señalando a Lalo.*) Yo bajé esta nuez de un árbol y el árbol no es de él.

LALO.—(*Dirigiéndose a Paco.*) Tampoco es tuyo el árbol.

PACO.—Pero yo tuve el trabajo de bajarla.

LALO.—Y yo tuve el trabajo de encontrarla.

SALOMON.—(*Dirigiéndose a Paco.*) Por estas pequeñeces no se discute... ni hay necesidad de acalorarse. ¿A ver la nuez?

PACO.—(*La entrega a Salomón.*)

SALOMON.—Vean ustedes qué fácilmente se arreglan todas las cuestiones cuando hay dos que discuten... así como ustedes.

PACO Y LALO.—(*Observan a Salomón.*)

SALOMON.—(*A Lalo.*) Tú te colocas allí. (*A un extremo del escenario.*) Y tú, Paco, te colocas allí. (*El extremo opuesto.*)

PACO Y LALO.—(*Obedecen.*)

SALOMON.—Ahora observen atentamente. (*Con un cor-*

*taplumas divide la nuez, extrae la comida y da una mitad de corteza a cada uno, a Lalo primero.*) Tú viste la nuez antes que Paco, bien, te corresponde esta parte. (*A Paco.*) Tú subiste al árbol a bajarla, muy bien te corresponde esta otra parte. (*Se vuelve y busca la parte comestible.*) Si yo no hubiera llegado, ustedes habrían seguido discutiendo y quizás se hubieran peleado... como yo he terminado la discusión de ustedes y también he evitado que se pudieran pelear, me tomo esta pequeña parte. (*Come la nuez.*)

LALO.—Pero esto es solamente la cáscara. (*La muestra.*)

PACO.—(*Gesto.*) Y la comida se la traga él.

SALOMON.—Por supuesto. Ese es el precio de mi trabajo, y otra vez en lugar de discutir y pelearse, se pondrán de acuerdo y llevará cada uno la parte que le corresponde.

LALO.—(*A Paco.*) Esto es lo que hemos sacado por discutir.

PACO.—Por tu culpa. (*Lloriqueando.*)

LALO.—Por la tuya que no me la querías dar.

SALOMON.—(*Saca del bolsillo una manzana.*) Ahora no hay que hacerse cargos. La culpa es de los dos. (*Muestra una manzana.*) Esta manzana me dirá si han aprovechado la lección. (*La pone sobre la mesa.*) Aquí queda; es para los dos.

PACO Y LALO.—(*Al terminar Salomón se atropellan para tomar la manzana sin lograrlo, pues Salomón la retira, indicándoles vuelvan a sus sitios.*)

SALOMON.—(*Irónicamente.*) No hay por qué apurarse, la manzana no se va a disparar... queda ahí sobre la mesa... y es para los dos... entiendan bien... es para los dos. (*Se retira; desde una puerta del escenario observa a los dos.*)

PACO Y LALO.—(*Se miran, miran la manzana, esperando que Salomón acabe de irse para atropellar otra vez.*)

PACO.—(*Logra tomarla.*) ¡Es mía!

LALO.—No; es de los dos.

PACO.—Bueno, la dividiremos.

LALO.—La mitad para cada uno.

PACO.—Muy bien. (*Con un cuchillo la divide en dos partes y da la más chica a Lalo.*) Toma tu parte.

LALO.—No, señor, deben ser dos partes iguales, y ésta es más chica.

PACO.—Son iguales.

LALO.—Entonces yo quiero la otra. (*La tira sobre la mesa.*)

PACO.—¿No la quieres?... Me quedaré con las dos.

LALO.—Yo quiero aquélla. (*La más grande.*)

PACO.—Esta no te la doy, toma ésa, si quieres.

LALO.—(*Atufado.*) Yo no quiero ésa, quiero la otra.

PACO.—Ultimamente, no te doy nada.

LALO.—¿Qué? (*Tono amenazante.*)

SALOMON.—(*Los separa.*) ¿No han podido entenderse?

PACO.—Es que no quiere conformarse con la parte que le dí.

LALO.—Es que me da la más chica.

PACO.—Yo tuve el trabajo de cortarla.

LALO.—Sí... ¡Gran trabajo!

SALOMON.—Esto se arregla fácilmente. (*Se dirige al público.*) Estos van a aprender a la fuerza... (*A Lalo.*) ¿Cuál es la parte que tú no quieres?

LALO.—(*Se la da.*) Esta porque es más chica. (*A un extremo del escenario.*)

SALOMON.—(*A Paco.*) A ver... la otra.

PACO.—(*Se la da.*) Aquí está. (*Atufado al otro extremo del escenario.*)

SALOMON.—(*Compara.*) Efectivamente... ésta es la más grande... hay que rebajarla.

PACO.—(*Contento.*)

SALOMON.—(*Come a ambas partes de modo que siempre quede una más grande que otra, las compara, come, etc.*)

PACO Y LALO.—(*A cada mordisco de Salomón piensan recibir su parte; pero no lo consiguen, pues Salomón los manda a sus respectivos puestos. De los dos, gestos y ademanes, exagerados.*)

SALOMON.—(*Deja sobre la mesa dos tronquitos, diciendo:*) Este para Lalo. (*Señala.*) Este para Paco. (*Señala.*) (*Se ríe con el público.*)

PACO Y LALO.—(*Abochornados salen.*)

TELON

# UN BUEN EJEMPLO

*Sabás Aparicio*, (15 años.)

*PERSONAJES:*

*CACHITO (patrón, once años.)*
*CHAROLITO (sirviente, nueve años).*
*CHANGADOR (siete años.)*

ESCENA.—Habitación dormitorio.

CACHITO.—(*Niño bien. Aparece furioso y rezongando. Se dirige al ropero, lo abre, y revuelve todos los cajones, quedando la ropa tirada por el suelo. Fastidiado, grita.*) ¡Charolito!... ¡Charolito!...

CHAROLITO.—(*Entrando por el foro derecho.*) ¿Qué desea niño?

CACHITO.—¿No te dije que me compraras una camisa?

CHAROLITO.—Sí niño: Pero eso le corresponde a usted, y no a mí.

CACHITO.—¿A mí? ¡Qué diría la gente! ¡Hacer los mandados yo, habiendo sirviente!

CHAROLITO.—Pero niño; yo no podría comprarle a su medida.

CACHITO.—¡Ca! Tú nunca puedes nada. Dime, ¿para qué se te paga?

CHAROLITO.—(*Canturreando.*) Para que le sirva, niño.

CACHITO.—(*Con burla.*) Y tú para qué sirves.

CHAROLITO.—Para cuidar las aves, lavar, coser, cocinar, limpiar...

CACHITO.—(*Con decisión.*) Para eso se te paga.

CHAROLITO.—¡Lindo ensueño! Diez pesos por mes, y hace tres meses que no cobro. ¡Linda paga!

CACHITO.—¡Calla que te puede oír la gente! ¡Mal agradecido! ¿Y el pan? ¿El café? ¿La comida? ¿La ropa?

CHAROLITO.—¡Gran cosa! Una rebanadita de pan con café de desayuno, un platillito de sopa en el almuerzo, y un par de zapatillas cada dos meses, y de la época de San Martín.

CACHITO.—¡Silencio! y ¿todavía rezongas? Pues, ya que te quejas tanto, quedas despedido. ¿Oyes? ¡Despedidooo!...

CHAROLITO.—¿Despedido? ¿Y los tres meses de sueldo que me debe?

CACHITO.—(*Con aire complacido.*) Apúntalo en el agua. (*Sale silbando.*)

CHAROLITO.—Si este tonto de presumido cree que me va a ganar, está muy equivocado. Yo le enseñaré a ser caballero. (*Golpean.*) ¿Quién será?... Veré.

CHANGADOR.—(*Entrando.*) Buenas tardes joven, ¿vive aquí el señor Cacho Tacaño?

CHAROLITO.—Sí, señor. Aquí vive, ¿qué desea?

CHANGADOR.—Traigo una encomienda de parte de su tío, el doctor Amarrete.

CHAROLITO.—Puede usted pasar. (*El changador trae una enorme encomienda y la coloca en un rincón de la escena.* (*Mutis.*) ¿Qué será? Veré (*se acerca al paquete y lo destapa.*) ¡Un cajón de frutas! (*Hace una pausa.*) ¡Se me ocurre una idea! (*Lleva la encomienda, arrastrándola hasta salir del*

*foro. Luego aparece en escena tapado con el manto de la encomienda.*) ¡Qué susto se va a llevar Cachito!

CACHITO.—(*Entra silbando.*) ¡La encomienda! ¡Qué lindo! ¡Al fin llegó! Veré de qué se trata. (*Al acercarse, Charolito hace un ruido raro con la boca.*) ¿Qué será eso? ¿De dónde viene ese ruido? (*Charolito ejecuta otro ruido con la boca y golpea fuertemente con los pies.*)

CHAROLITO.—(*Imitando las ánimas.*) Soy el espíritu de Charolito. Si no me pagas los treinta pesos que me debes, verás fantasmas...

CACHITO.—¿Será verdad? ¡Yo no creo en fantasmas.... (*Asustado.*)

CHAROLITO.—¿No? pues, ya verás cómo la encomienda se volverá bruja, y si no me pagas pronto, todo lo que te rodea se convertirá en fantasmas... (*Avanza hacia Cachito.*)

CACHITO.—(*Al público.*) ¿Será cierto esto del fantasma? (*Charolito comienza a avanzar nuevamente, Cachito al ver que la encomienda se mueve, se asusta y exclama.*) ¡No, no hagas eso! ¡Te pagaré!

CHAROLITO.—(*Sigue avanzando. Cachito retrocede con espanto.*) Si quieres salvarte, deja el dinero sobre la mesa.

CACHITO.—(*Obedece temeroso.*) ¡Basta ya! ¡Basta! (*Retrocede espantado.*)

CHAROLITO.—(*Al ver que Cachito ha obedecido.*) Ahora vete.

CACHITO.—(*Sale huyendo, mientras grita.*) ¡Fantasmas! ¡Auxilio!

CHAROLITO.—(*Contento de su hazaña, se saca el manto que lo cubre.*) ¡Salió bien mi plan! ¡Qué susto se llevó el pobre Cachito! ¡Ya escarmentará para otra vez y sabrá conducirse como caballero!

CACHITO.—(*Entra para desengañarse, si existe algún*

*fantasma.*) ¡Qué veo! ¡Tú aquí! Conque, ¿tú eres el fantasma? (*Cachito quiere seguirlo, pero tropieza con una silla.*)

CHAROLITO.—(*Entrando nuevamente, y al ver a Cachito en el suelo exclama.*) Eso es para que aprendas que el dinero no hace al caballero, ni el orgullo un buen pagador.

TELÓN

# EL ESPANTAPAJAROS

*Gerardo Ansalone.*

*PERSONAJES:*

*DON PEDRO (dueño del sembrado.)*
*ANTONIO (un pillete.)*
*PEPE (un pillete tímido.)*

ESCENA.—La acción se desarrolla en una huerta. En un costado, un árbol con fruta; en el otro costado se ha puesto un espantapájaros. Al levantarse el telón, se hallará a don Pedro pasando la mano sobre el lomo a una gallina.

DON PEDRO.—¡Corococoooo!... ¡Corococoooo!... ¡Qué linda la bataraza! ¡Corococoooo! ¡Qué mansita!... ¡De pura raza! (*Dirigiéndose a otra gallina.*) ¡Cocó! ¡Cocoo! ¡Corococoo! ¡Tú también eres buena!, ¡y qué madre! El año pasado, en dos echadas, ¡32 pollos!, ¡y qué pollos! Con tu ¡clo!, ¡clo!... no se murió ninguno... Pero así como buena madre, eres una grandísima bandida... Siempre me saltas el cerco del gallinero, para venirte aquí... a picotearme las arvejas y los repollitos. ¡Golosas!... ¡No tienen bastante con la radicheta fresquita que les corto todos los días!...

Hay animales que se parecen a los chicos y también a algunas de las personas mayores. De aquello que no se les da—porque no les corresponde o porque les hace daño—es lo que

más desean... ¡Es claro! Los chicos, porque los chicos, todavía no entienden; y los grandes... ¡los grandes es porque tienen poca cabeza!... Que son como las gallinas..., como esta gallina, que no quiere comprender que estas verduritas, estas arvejitas, son para preparar: ¡un pollo saltado! (*Admirando la gallina.*)

¡Qué lindo animal!... (*Bajando la voz.*) ¡Qué lindo! ¡Qué lindo!... (*Razonando con la gallina y refiriéndose al espantapájaros.*) — ¡Ya ni se asusta de ese señor!... No se asusta de ese señor que he puesto ahí... y eso (*Mirándolo*) que tiene galera..., botas... todos los días le cambio una posición a las piernas, a los brazos, para que parezca verdad. ¡Pero, grandísima pillete, te das cuenta que es de relleno! (*Deja la gallina y dirigiéndose al espantapájaros.*) ¡Y usted señor!, ¿por qué no se le ocurre moverse cuando ve a estos animalitos? A estos dañinos. ¿Por qué no los corre? Usted no cumple con sus funciones en forma completa, no. ¡Espante también a las gallinas!... ¡Defienda el sembrado! ¿Por qué no le haces ¡Schiss!, ¡Schiss!... (*Sacudiendo los brazos.*) ¡Schisssss!

---

—Vamos a dar una vuelta por aquí. Vamos a ver qué tal están los arbolitos. ¡Por fin un año pasable! Una vez no llueve, otra vez llueve mucho, un año cae granizo, otro... ¡le llega la langosta!... Pero este... este año... A ver si encuentro algo contra la mala suerte... (*Igual que los chicos.*) Madera, suerte para mí. Este año no cayó nada todavía. (*Pausa.*) ¡Qué lindo está el arbolito de manzanas! ¡Qué precioso! ¡Todas las hojas enteritas! ¡Hasta las pestes lo respetan! Y las frutas!... Apiñaditas, parecen que se cernieran unas contra otras para acomodarse mejor. ¡Ya se me hace agua la bo-

ca! Para Navidad o Año Nuevo comeremos las primeritas... Los duraznos también son ricos. (*Dirigiéndose al público.*) Tengo dos arbolitos que los cuido más que un tesoro. Maduran, para noviembre resulta algo así... que no les puedo explicar. Ustedes me entienden. Están por aquí. Por este rincón (*Se dirige al árbol de duraznos y vuelto al público.*) Usted se come uno, sacándolo de la planta, y tiene que apurarse a comer. Si no se apura... el agua le corre toda por aquí. (*Señalando la boca. Sigue dirigiéndose a los arbolitos de duraznos, que están en el extremo señalado; a medida que se acerca se sobresalta.*) ¿Será posible? ¡No! ¡Pero sí! ¡Faltan frutas! (*Acercándose con presteza.*) ¡Mis duraznos! ¿Me habrán robado? ¡No, no es posible; será algún bicho, la hormiga! ¡Pero sí! ¡Los han robado! ¡Ah! ¡Mis duraznos! ¡Y cuántos! ¡Me dejaron la mitad!... ¡Es increíble! (*Pausa.*) ¡Me robaron mis primicias predilectas! ¡Tantos cuidados, tanto afán, tanto empeño para conservarlos, contemplarlos día a día, cada día más "pintones", esperar que estén sazonados, que estén a punto... y llegar aquí... y encontrarse con el árbol vacío!... ¡Las frutas... desaparecidas!... ¡Ah, pero esto no puede quedar así; esto tendré que averiguarlo! ¡Si yo los pescara! ¡Si los pudiera atrapar en mis manos! ¡Fuí un torpe! ¡Debí preverlo! ¿Para qué tendré un perro? ¡Y tan bravo!... Este año que por fin el huerto da algún producto... (*Mientras sigue su razonamiento, le llama la atención algo.*)... que por fin pasaron las zozobras de las heladas... (*Cortando*) Aquí... por aquí... ¡hay pisadas!... ¡Aquí otras!...¡ Pero sí, ya entiendo!... Sí, ¡Si los atrapara en mis manos!

(*Se acerca al espantapájaros, lo mira y, como iluminado por una idea, le quita las botas y se las calza; hace lo mismo con el saco, la careta, la galera, etc. Adopta una pose desempeñando el papel — mientras se viste — y con especial cuida-*

*do de colocarse un poco de paja que salga de un bolsillo o de la cintura.)*

—Sí. Sí; lo averiguaré... lo averiguaré... y si los llego a tener al alcance de mis manos... ¡Orejas! ¡Ya no tendrán! ¡Qué esperanza! ¡Serán sin orejas! ¡Ya verán quién es don Pedro! ¡Ya verán quién es el patrón del huerto! ¡Pero mis duraznos! ¡Mis duraznos!

---

*(Después de un breve momento de silencio, llega caminando sigilosamente, Antonio, quien silba "sottovoce" llamando a Pepe.)*

ANTONIO.—Hoy es más temprano que ayer.

PEPE.— ¿Nos habrán visto?

ANTONIO.—No. Estarán durmiendo la siesta. *(Se dirige hacia el árbol de duraznos.)*

PEPE.— El día no es tan apropiado para dormir. ¡Un día tan fresco! ¿No estarán en la cocina?

ANTONIO.—¡Cuando se empieza a dormir... se duerme sin novedad! ¡Ya echaron la costumbre!

PEPE.—¡Te parece! *(Llegaron a la planta.)*

ANTONIO.—¡Claro que sí! ¡Qué maduro que está éste! *(Comiendo el durazno que se sirvió, toma otro para el compañero.)* ¡Aquí tienes otro! ¡Qué blandito! Toma... *(da el durazno al compañero)*... estos que están más expuestos al aire y al sol; se pueden comer con confianza. Son menos pesados.

PEPE.—Tienes razón. ¡Qué rico!

*(El espantapájaros hace gestos de quererlos prender, pero están lejos, y sigue en su "pose".)*

ANTONIO.—¡Oye! Cuando, el año pasado, vi cosechar las frutas para mandar a Buenos Aires, los maduros, en este estado, los apartaban; decían que no servían.

PEPE.—¡No puede ser! Entonces los habitantes de Buenos Aires tendrán un estómago especial.

ANTONIO.—No hombre. Mientras los embalsaman, los transportan, los venden, pasan ocho o diez días y durante ese tiempo la fruta sazona y sin estar en la planta.

(*El espantapájaros, con gestos, quiere poner en mayor realce el atrevimiento de los pilletes.*)

ANTONIO.—(*Con la boca llena.*) —También, ayer fué tu "debut". ¡Como para elegir la fruta! Tenías miedo... Hoy estás más tranquilo. Ya que te encuentras tan tranquilo, ¡oye!... comeremos aquí los que están para comer. Este, por ejemplo; este otro... (*Se sirve varios de la planta.*) Y dejaremos para otro día los pintones ... Toma. (*Entrega la fruta.*) Sentémonos aquí, a la sombra. (*Se sientan muy cerca del espantapájaros.*)

PEPE.—Siempre fuiste de buen criterio. Sabes muchas cosas. Por ello te estimo. ¡Tienes algunas cosas muy buenas! y algunas... ¡Como esta de comer las frutas ajenas!...

ANTONIO.—Déjate de escrúpulos. ¡Verdad que están sabrosos!

PEPE.—Piensas muy bien. Esto no debe desperdiciarse: los más verdes para otro día. ¡Qué duraznos! (*El espantapájaros se acerca.*) ¿Cómo estarán dentro de algunos días? ¿Sabes; después de todo, esto de la fruta del cercado ajeno...? ¡Ay! ¡Ay!... (*Se pone de pie de un salto y mirando al espantapájaros, y dirigiéndose al compañero*)... se movió. Sí; se movió. (*Temblando de miedo.*) Sí, se movió... (*El espantapájaros adopta su pose y se mantiene rígido*)... Sí. Me pareció que... se... movía.

ANTONIO.—(*Que también de un salto se pone de pie.*) —¡Qué se va a mover! ¿Desde cuando los espantapájaros se mueven?

PEPE.— ¡Sí, me pareció... que movía el cuerpo!

ANTONIO.—¡Será el viento! ¿Cómo es posible que un par de botas viejas un pantalón y un saco relleno se muevan?

PEPE.—Sería el viento. Me habré equivocado.

ANTONIO.—¿No lo ves? ¡Si es de paja! ¡Ya me parecías medio flojo! ¡Hasta te asustas de un espantapájaros! Al pobre, ya ni los gorriones le hacen caso. ¡Y eso que está bastante bien!

PEPE.—¡Verdad! ¡Le han formado muy bien el cuerpo!

ANTONIO.—¡Parece un hombre de verdad! (*Examinándolo.*) Con careta, pipa... Vamos a sentarnos y no le hagas caso a ese señor de paja y de galera.

PEPE.—Y bueno, a mí me pareció que se movía.

(*Se sientan nuevamente en el mismo lugar. Antonio se detiene, y dirigiéndose al espantapájaros:*)

ANTONIO.—¡Qué se va a mover! ¿Qué tal, don Galera?... No contesta. Todo el día de plantón... ¿eh? y mirando estos preciosos melocotones en época de sazonar. ¡Melocotones! Como nos decía el maestro en clase, esta mañana... Pero yo no soy egoísta... ¡Prueba!... (*Acercándole un durazno hasta la boca.*) ¡Prueba! ¡Prueba!

PEPE.—Ya me pasó... Estoy más tranquilo...

ANTONIO.—¡Qué susto! ¡Qué pálido estabas!... Yo... Yo no me asusté... pero... qué sobresalto... Sentémonos nuevamente aquí, y volvamos a nuestro asunto. (*Sigue comiendo.*) ¿De qué hablábamos?

PEPE.—¡Yo! ¡Yo! No me acuerdo.

ANTONIO.—¡Ah! Decíamos que esos verdones los vamos a dejar para la semana que viene; determinaremos un día y entonces... ¡Figúrate cómo estarán!

PEPE.— ¿Vendremos otra vez?

ANTONIO.—¡Y entonces!... (*El espantapájaros se*

*acerca y los tiene al alcance de sus manos*)... Es claro que dejaremos algunos. ¡No los vamos a comer todos!

PEPE.—Yo, con el susto de hoy, (*Reflexivo*) no sé, francamente... ¡Pero son tan sabrosos!

EL ESPANTAPAJAROS.—(*Los toma del cuello.*) —¡Ah, tunantes!... ¡Sinvergüenzas!... ¡Les voy a dar a ustedes, ladrones de frutas!... (*Llama.*) ¡"Mami"!... ¡"Mami"!... ¡Sinvergüenzas!

ANTONIO.—¡Ay!... ¡Ay!...

PEPE.—No lo haremos más. ¡No vendremos más!... (*A lo lejos, gritos y ladridos de perros.*)

EL ESPANTAPAJAROS.— ¡Sinvergüenzas!... ¡Ladrones de frutas!... ¡Están en mis manos!... ¡Ya están en mis manos!...

ANTONIO Y PEPE.—¡¡¡No lo haremos más!!!

(*Se acercan las voces y los ladridos. Siguen los gritos de don Pedro y las disculpas de los pilletes, mientras baja el telón.*)

TELON

# II

# Teatro Humorístico de Farsa

---

## EL RABO DEL DEMONIO

*Arreglo de Germán Berdiales.*

*PERSONAJES:*

*EL SACRISTAN*
*EL CURA*

DECORACION: Un despacho o sacristía.

SACRISTAN.—Dicen... dicen.
CURA.—Vamos, ¡dilo!...
SACRISTAN.—¡Ay padre, yo no me atrevo!...
CURA.—¿Es algo malo, granuja,
lo que de mí dice el pueblo?
¡Habla ya!
SACRISTAN.—Ud. me lo manda.
y yo haré por complacerlo.
CURA.—Te escucho.
SACRISTAN.—Pues dicen, padre,
dicen, dicen... ay, ¡qué miedo!
CURA.—(*Dándole un golpe.*)
Habla, imbécil, si no quieres
que te deslome; ¡zopenco!
SACRISTAN.—Dicen que usted es un hombre
de clarísimo talento,
de verba agradable y fácil
y muy salado gracejo.

CURA.—Si tan finos comentarios
se hacen de mí, en nuestro pueblo,
¿por qué temías decírmelos?
SACRISTAN.—Es que no dicen sólo eso.
CURA.—¡Cuenta! ¡Cuenta!
SACRISTAN.—Además dicen,
que es Ud. buen consejero,
predicador elocuente,
santo varón...
CURA.—No merezco
tales elogios, querido...
SACRISTAN.—Los merece, pero... pero...
CURA.—Pero, ¿qué?
SACRISTAN.—Pero, murmuran
que usted tiene un gran defecto.
CURA.—Y qué querían, entonces,
¿tener un Cura perfecto?
SACRISTAN.—Yo no sé, pero eso dicen...
casi todo el pueblo.
CURA.—Te mando que me señales
cuál es la falla que tengo.
SACRISTAN.—Dicen que usted..., padre mío
hablando en ciertos momentos,
entre amigos o en el púlpito,
exagera que da miedo...
CURA.—¡Eh! ¿Qué?
SACRISTAN.—¡Qué exagera mucho
y que miente hasta en el credo! (*Pausa.*)
CURA.—Pues tienen razón, muchacho.
y aunque yo evitarlo quiero,
como lo llevo en la sangre
que es andaluza, ¡no hay medio!
¡Ay, esta pícara lengua;

Ya lo ves, no tiene freno,
y me hace olvidar de todo
y hablo, y hablo y hablo y luego
me doy cuenta de lo hablado
cuando no tiene remedio!
¡Nada! ¡Nada! Hay que acabar
con este vicio tan feo...
(*Reflexiona.*)
Después de misa, mañana,
tengo sermón y no quiero
dar motivo a que murmuren.
Verás, se me ocurre un medio
que me parece de perlas.
Busca una cuerda al momento.

SACRISTAN.—(*Obedece.*)
¡Aquí hay una!

CURA.—Pues, ahora,
atiende bien mi proyecto.
Cuando yo al púlpito suba,
llevaré atada a este dedo
una punta de la cuerda,
y tú, por el otro extremo,
agachado y bien oculto
tirarás con fuerza a tiempo
que me oigas decir alguna
exageración. Veremos
si te desempeñas bien
y salimos de este aprieto.

SACRISTAN.—¿Por qué no ensaya el sermón?

CURA.—¡Muy bien pensado! ¡Ensayemos!

SACRISTAN.—Cuando usted quiera empezamos...

CURA.—Atame la cuerda al dedo,

y tú desde aquella puerta
tirarás del otro extremo.

SACRISTAN.—(*Obedeciendo.*)
¿No le aprieta mucho el nudo?

CURA.—No. Vé a tu sitio. Empecemos.
(*Con énfasis.*)
"¡Ya veis amados oyentes,
por mi discurso modesto,
la influencia perniciosa
de este aborto del infierno,
que es el diablo! No dejéis
que jamás en vuestro pecho
se aloje el vil enemigo,
el personaje funesto
que, arrastrándose cobarde,
pone su garra de fuego
sobre aquellos corazones
que no piensan en lo eterno".

SACRISTAN.—¡Muy bien !¡Muy bien!

CURA.—¿Te ha gustado?

SACRISTAN.—¡Admirable! ¡Qué portento!

CURA.—"¡El demonio ¡Qué figura
tan repugnante; es su cuerpo
rojizo y móvil cual llama
retorcida del infierno!
Termínase su cabeza
de reptil, en largos cuernos
y tiene un rabo, oh, ¡qué rabo!,
terrible rabo, por cierto;
mide aproximadamente
dos kilómetros y medio!...

SACRISTAN.—(*Da un tremendo tirón.*)
Se le va la mano, padre...

CURA.—Me la quitas tú, ¡Zopenco!
(*Pausa.*)
SACRISTAN.—Perdone, si le dolió mucho. . .
CURA.—¿Si dolió? ¡Virgen del cielo!
Volvamos a mi sermón.
"Oyentes míos, no creo
que tenga un rabo tan largo
pues según cálculos hechos,
se comprobó que medía
sólo novecientos metros".
SACRISTAN.—(*Nuevo tirón.*)
¡Rebaje otro poco, padre,
que son muchos, novecientos!
CURA.—También fué mucho el tirón
pero sé que lo merezco.
"Amados hermanos míos,
me equivoqué y lo confieso:
pues, el rabo del demonio
mide apenas treinta metros".
SACRISTAN.—(*Dando un tirón tan repentino que hace caer al Cura.*)
¡Mentira así, no la creen
ni siquiera los pequeños!
CURA.—(*Fuera de sí.*)
Basta, animal, a este paso,
y a tirones reduciendo,
¡dejas al diablo sin rabo
y a mí me dejas sin dedo!

TELON

# LOS BANDOLEROS

*E. Lloret.*

*PERSONAJES:*

*BRAZO DE HIERRO, capitán de bandoleros y sus secuaces.*
*ESCORPION.*
*GAVILAN.*
*CULEBRIN.*
*PATA DE PALO, capitán de piratas y sus secuaces.*
*TIBURON.*
*CORMORAN.*
*POLVORIN.*

ESCENARIO.—Un bosque, con la correspondiente gruta, guarida de bandoleros.
Aparecen en escena los tres primeros personajes. Escorpión y Gavilán duermen acostados en el suelo.

BRAZO DE HIERRO.—(*Mirando a lo lejos.*) ¡Hola, mis bravos! ¡Alerta! ¡Presa tenemos! ¡Preparad la sed de sangre!

ESCORPION Y GAVILAN.—(*Alzan la cabeza, y después de ruidoso bostezo, simultáneamente.*) ¿Ya es de día? ¡Buen día, capitán! ¿Cómo has pasado la noche!

BRAZO DE HIERRO.—Al fresco y con este brazo que se oxida cada vez más. Allá diviso a Culebrín deslizándose como una serpiente.

ESCORPION.—No tiene otra cosa que hacer.

BRAZO DE HIERRO.—¡Arriba, mis bravos! ¡A las armas! Rica presa promete Culebrín deslizándose como una serpiente.

ESCORPION.—Sí; ya lo has dicho.

GAVILAN.—(*Incorporándose.*) ¡Ay! ¡Qué vida ésta de bandolero! ¡Tener que levantarse temprano!...

ESCORPION.—Tienes razón. Aquí no se respeta horario. Estos asaltados se presentan cuando uno todavía no se ha lavado la cara. Es sencillamente atroz.

GAVILAN.—(*Bostezando.*) ¡Atroz!...

ESCORPION.—(*Incorporándose.*) Ni un bandolero puede vivir tranquilo. (*Se levantan los dos y empuñan grandes trabucos.*)

BRAZO DE HIERRO.—Jubilosas nuevas traes, mi bravo Culebrín. (*Aparece Culebrín.*) Lo sé por tu aspecto.

GAVILAN.—(*A Escorpión.*) ¿Viste qué aspecto de infeliz? Y embarrado desde la nariz hasta la punta de los pies, como que ha venido arrastrándose.

BRAZO DE HIERRO.—En fin, ¿qué noticias traes?

CULEBRIN.—La familia bien, gracias, mi feroz capitán. Y pasando a otro asunto, te diré que acaban de desembarcar tres hombres que, al parecer, son navegantes porque han venido en un navío. Es muy posible que sean ricos mercaderes de ultramar y que la bolsa que traen—pues traen una bolsa — contenga sus fabulosas ganancias que tratan de ocultar en un lugar solitario. Yo, naturalmente, les señalé este bosque siniestro...

BRAZO DE HIERRO.—(*Con risa diabólica.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Frotémonos las manos, mis bravos camaradas! (*Todos se frotan las manos.*) Continúa, Culebrín.

CULEBRIN.—Yo, siguiendo tus sabias instrucciones, díjeles que era un ignorante y tímido pastor; pero, al parecer,

desconfiaron, porque con mucho disimulo se tocaron los codos, se guiñaron los ojos y se llevaron la mano a la boca para reír sin ser vistos. Por fin, uno que parecía el patrón del barco a juzgar por su manera de renguear, me preguntó dónde estaban mis vacas o mis ovejas, a lo que respondí que por hallarse ligeramente enfermas, guardaban cama. Esta respuesta los tranquilizó.

BRAZO DE HIERRO.—Celebro tu ingenio, Culebrín. ¡Mereces ser el jefe de la banda! Pero el puesto está ocupado.

CULEBRIN.—¡Ya llegan! ¡Los veo! (*Sale corriendo del escenario, reaparece al instante armado de un arcabuz y se coloca junto a Gavilán y Escorpión.*)

BRAZO DE HIERRO.—¡Ahí están! ¡Nada de misericordia!

(*Adoptan todos una actitud de ataque. Llegan Pata de Palo, Tiburón, Cormorán y Polvorín, tarareando distraídamente. Llevan al cinto cimitarras, hachas y demás armas de piratas.*)

PATA DE PALO.—Este es un excelente sitio solitario. Lástima que haya gente. (*Dirigiéndose a Brazo de Hierro y su banda.*) Cazando pajaritos, ¿eh?

BRAZO DE HIERRO.—¡No! (*Los tres de su banda al unísono, con energía.*) ¡No!

BRAZO DE HIERRO.—Somos salteadores de caminos. ¿No ves nuestras caras feroces?

GAVILAN.—¡Sí! ¡Los mejores salteadores! ¡De los más antiguos!

ESCORPION.—De nacimiento.

CULEBRIN.—(*Con sorna, mostrando el arcabuz.*) Y mi vaca. ¡Ja, ja, ja!, es ésta.

PATA DE PALO.—.—Esta vez no nos engañarás: eso no es una vaca. ¿Dónde está la leche?

BRAZO DE HIERRO.—¡Silencio y alto! ¡La bolsa o la vida!

BANDA DE PIRATAS.—(*Al unísono.*) ¡Ah! ¡La bolsa toda la vida!

TIBURON.—(*Que lleva una gran bolsa, la ofrece.*) Aquí está. En casa tenemos muchas.

PATA DE PALO.—(*Con acento amenazador, a Brazo de Hierro.*) ¡Pero tú cargarás con el perro muerto!

BRAZO DE HIERRO.—¿Perro y además muerto?

PATA DE PALO.—Sí, el de la bolsa. Explícale, Polvorín.

POLVORIN.—Pues sí: se nos murió a bordo nuestro querido perro Sultán, a causa de un resfrío complicado con una barrica que lo aplastó...

CORMORAN.—¡Ay! ¡Nos quedamos sin Sultán!

POLVORIN.—Nos daba pena tener que arrojarlo al mar y resolvimos bajar a tierra y enterrarlo en un lugar solitario para que nadie tocara sus restos.

BRAZO DE HIERRO.—Quedaos con el perro muerto. Nadie dirá que Brazo de Hierro no es generoso, con sus víctimas.

CULEBRIN.—¡Muy bien dicho! ¡Otra vez!

BRAZO DE HIERRO.—Pero id desembolsando todos los objetos de valor que llevéis encima. Por lo pronto, esas armas.

PATA DE PALO.—¿Armas, nosotros? ¡Ah! ¿Estos dijes? No son más que regalitos de nuestras madrinas el día que nos salió el primer diente de leche.

ESCORPION.—¡Hum! Esos regalitos parecen para toda una dentadura.

PATA DE PALO.—Son recuerdos de familia. Ningún

capitán de bandoleros se apodera de recuerdos de familia, y si por error caen a sus manos, se apresura a devolverlos con una cinta celeste. Es un oficio muy delicado...

BRAZO DE HIERRO.—Bien; quedaos con los recuerdos de familia. Nadie dirá que Brazo de Hierro no tiene su corazoncito.

ESCORPION.—Muy bien dicho. Pero, hasta ahora, ¿qué ganamos? De algo tenemos que vivir.

GAVILAN.—¿Hasta cuándo seguiremos atacando?

BRAZO DE HIERRO.—Tienes razón: ¡intervalo! (*Todos bajan las armas. Dirigiéndose a los piratas.*) ¡A ver lo de los bolsillos!

PATA DE PALO.—¡Ah, todo menos eso! Son secretos que no podemos revelar.

BRAZO DE HIERRO.—(*Con tono amenazador.*) En ese caso, quedaréis prisioneros como rehenes.

TIBURON.—¡Un momento!: nosotros somos también recuerdos de familia.

CORMORAN.—¡Eso es!: nuestras familias no hacen más que recordarnos.

POLVORIN.—Y pedirnos que no volvamos.

PATA DE PALO.—¡Chits! Esos son asuntos de familia.

BRAZO DE HIERRO.—(*Reflexionando.*) Bien; si no se les puede sacar nada, no me queda más remedio que ser generoso. Nadie dirá que Brazo de Hierro no tiene un gran corazón.

ESCORPION.—Pero yo tengo un gran estómago.

GAVILAN.—¡A lo que hemos llegado!: ¡a ser generosos! ¡Cosas de la miseria!

BRAZO DE HIERRO.—(*Magnánimamente a los piratas.*) Idos, y buena suerte con el perro muerto.

PATA DE PALO.—¿Así nos despacháis? ¿Es esto mag-

nanimidad? ¿Dejarnos solos y sin recursos en este bosque poblado de salteadores?... ¡No! ¡Nos quedamos!

ESCORPION.—(*Alarmado.*) ¡No, capitán! Piensa que la comida apenas alcanza para nosotros, y ahora, con estos agregados...

BRAZO DE HIERRO.—Tienes razón. (*A Pata de Palo:*) Toma estas monedas y vete.

PATA DE PALO.—No es mucho que digamos; pero no importa: me debes el resto. Lo recogeré a la vuelta. ¡Hasta luego! (*Vuelven a ponerse en marcha, tarareando distraídamente, Pata de Palo y los suyos. Salen del escenario.*)

BRAZO DE HIERRO.—¡De nuevo al cumplimiento del deber! ¡Yo miraré a lo lejos. (*A Culebrín.*) Tú te arrastrarás como serpiente. (*A Gavilán y Escorpión que han vuelto a acostarse en el suelo.*) ¡Ah! Ya están dormidos. Bien; todo está en orden.

(*Reaparecen bruscamente blandiendo hachas y machetes Pata de Palo y los suyos.*)

PATA DE PALO.—¡Alto! ¡Manos arriba! Soy el feroz pirata Pata de Palo, terror de los mares.

BRAZO DE HIERRO.—(*Asombrado.*) Haberlo dicho antes, en vez de hacernos perder tanto tiempo. Yo también soy feroz. Nuestras ferocidades se habrían entendido. ¿Qué quieres?

PATA DE PALO.—¡La bolsa o la vida! (*A los suyos.*) ¿Pediremos algo más, mis bravos?

TIBURON.—Por ahora, basta con la bolsa o la vida.

BRAZO DE HIERRO.—Bolsa no tenemos. La única que había la usamos para limpiar las botas.

PATA DE PALO.—(*Con acento terrible.*) En ese caso, ¡la vida!

SUS TRES SECUACES.—(*Con cavernoso acento.*) ¡Sí! ¡La vida!

BRAZO DE HIERRO.—(*Después de rascarse un rato la cabeza, señalando a sus dos compañeros dormidos.*) ¿Te atreverías a matar un hombre dormido?

PATA DE PALO.—¡Eso no! Feroz, sí; cobarde, no.

SUS TRES SECUACES.—¿Matar a un hombre dormido? ¡Nunca!

BRAZO DE HIERRO.—¿Lo juráis?

PATA DE PALO.—(*Y los suyos, extienden un brazo, al unísono.*) ¡Lo juramos!

(*Instantáneamente, Brazo de Hierro y Culebrín se dejan caer, se echan en el suelo, cierran los ojos y se ponen a roncar. Los piratas se miran desconcertados.*)

PATA DE PALO.—No hagáis ruido que pueden despertarse... ¡Chits!... (*Los piratas se retiran en punta de pies.*)

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

# LOS FIELES SERVIDORES

*(Arreglo de Almícar Estrella)*

*E. Lloret.*

*PERSONAJES:*

*GARDUÑA y*
*HURON, pícaros de comedia antigua.*
*BOROMBON, falso magnate.*

**ACOTACIONES:** Borombón, vestirá pantalón corto, en forma de jubón, medias largas, casaca en colores fuertes, con cinturón de cuero y una gran hebilla. En la cabeza un sombrero pequeño con una gran pluma. Los bocamangas y el cuello, con grandes blondas. Hurón y Garduña, con el traje de época de los pajes.

ESCENARIO.—Vasto vestíbulo con puertas laterales y puerta al fondo, que da a la calle.

(*Aparecen Garduña y Hurón recostados en sendos sillones.*)

GARDUÑA.—¿Empieza un nuevo día o acaba un día viejo? (*Bosteza dos veces.*)

HURON.—Gracias. El segundo bostezo era por mí. Ahora desperézate el brazo izquierdo. Lo tengo dormido. Gracias.

GARDUÑA.—Estoy pensando que ahora que nos hemos

puesto a trabajar ha llegado el momento de descansar...

HURON.—Feliz idea, porque eso de tener que cambiar de postura cada media hora... debemos elegir un amo de sillones más blandos...

GARDUÑA.—¡Ah, hermano mío!: en estos tiempos es harto difícil dar con un amo trabajador y dócil. Recuerda que en vano buscamos uno que estuviera a punto de partir para un viaje de un año y que nos dejara al cuidado de su despensa. El mundo va mal: buscábamos quien nos diera trabajo, y ¡lo hemos encontrado!

HURON.—(*Suspira.*) ¡Ay! ¿Si lo repartiéramos entre los dos?...

GARDUÑA.—¿El trabajo?

HURON.—¿El trabajo? ¿Cómo se te ha ocurrido tan absurda idea? ¿Quién ha pensado jamás en él? Si nos repartiéramos el descanso...

GARDUÑA.—¡A mí no me asusta el descanso! ¡Soy todo un hombre! Sería capaz de sobrellevar tu descanso y el mío.

HURON.—Si tuvieras una caña podrías restregarme el tobillo: ¡está tan lejos de mi mano!

GARDUÑA.—Parecida cosa pienso: si tuviese la nariz en la cadera no tendría que alzar la mano para rascármela. (*Golpes en la puerta del fondo.*)

HURON.—¿Llaman o lo he soñado?

GARDUÑA.—Tranquilízate: lo hemos soñado. Decíate, pues, que debimos conformarnos con este Borombón que, por lo menos, parece rico. Verdad que tiene la mala costumbre de dar órdenes. ¡Infeliz! Todavía no sabe que el silencio es oro... Parece hombre muy importante...

HURON.—Pero demasiado precipitado. Ayer nos tomó y ayer mismo pretendió que encendiéramos las luces, sin darnos siquiera unos días de tregua.

GARDUÑA.—Yo tuve que sacarle una bota, ¡toda una bota!, en cuclillas, y me quedó el cuerpo tan dolorido por el esfuerzo que resolví dejar la otra bota para la semana que viene, si hace buen tiempo. (*Golpes más fuertes en la puerta.*)

HURON.—Llaman.

GARDUÑA.—Llaman. Decíate, pues...

HURON.—Ya lo dijiste. No me obligues a escuchar dos veces lo mismo. ¿Crees que soy de hierro?

GARDUÑA.—...que un hombre tan rico — tiene centenares de naves todavía en el mar — nos pagará espléndidamente. (*Recios golpes en la puerta; los criados no se mueven.*) ¿Vas tú o voy yo?

HURON.—¿Voy yo o vas tú?

GARDUÑA.—Dejemos de lado, hermano mío, este motivo de discusión. ¡Paz entre nosotros! Decíate, pues, que recompensará con opulencia de nabab nuestros fieles servicios.

HURON.—Fidelísimos: hasta ahora no nos hemos movido de su casa ni en su casa. (*Más golpes en la puerta.*) Si vas tú, no voy yo.

GARDUÑA.—Si tú vas, yo no voy... Y es seguro que, como acostumbran los caballeros con sus escuderos, al cabo de años, o más bien, al cabo de días, nos deje una cuantiosa herencia... (*Fuertes golpes y vociferaciones afuera; los dos se incorporan lentamente.*) ¿Por qué no me dijiste a tiempo que ibas a levantarte? Me hubieras ahorrado el trabajo de levantarme.

HURON.—Eso mismo digo. Ahora es tarde. Ya ves a lo que me expone tu precipitación. ¡Que uno, a la edad que tiene, no pueda pasar un rato tranquilo! ¡Es un horror!

GARDUÑA.—¡Un horror! Pero lo afrontamos con entereza, oponiéndole el escudo de nuestra indiferencia. Ven. Ayú-

dame a ponerme de pie. (*Más golpes en la puerta; se ponen de pie.*)

HURON.—(*Hacia la puerta.*) ¿Qué furiosa prisa es ésta? ¿Hay incendio?

GARDUÑA.—(*Hacia la puerta.*) ¿Te corren los moros? ¡Calma, hombre!

HURON.—Nuestro amo es incapaz de conservar la sangre fría. Parece un endemoniado. Lo denunciaré a la Inquisición. (*Se encaminan hacia la puerta, deteniéndose a cada paso para conversar.*)

GARDUÑA.—Y con esa herencia adquiriremos camas de cinco colchones...

HURON.—Y una carroza...

GARDUÑA.—Y una casa a orillas del mar...

HURON.—Con una mesa bien servida...

GARDUÑA.—Y su estufa siempre encendida...

HURON.—Donde al fin podremos llevar una vida descansada...

GARDUÑA.—Con la tranquilidad del hombre honrado que disfruta al fin de su bien ganado reposo. ¡He dicho!

HURON.—No hables tanto que te fatigarás los dientes. (*Golpes repetidos furiosamente.*)

GARDUÑA.—Será preciso abrir, tarde o temprano, porque este energúmeno no respeta la tranquililad ajena. Vayamos.

HURON.—Todavía no. Medita siempre antes de hacer una cosa. (*Los dos se quedan inmóviles, meditando.*)

GARDUÑA.—¡Ya está! Y tú, ¿has acabado de meditar?

HURON.—Sí; y se me ha ocurrido la mejor idea de mi vida: pediremos a don Borombón que nos dé por adelantado la herencia con que ha pensado recompensar nuestros fieles servicios. Considerá que si nos la da hoy — y no ha de ne-

garse a tan justa demanda, — mañana mismo podremos comenzar la descansada vida de que hablábamos...

GARDUÑA.—¡Brillante y centellante idea! Vayamos a abrir. Una hoja entre los dos y poco a poco...

HURON.—Es mi lema: despacio para que salga bien. (*Se aproximan a la puerta y cuando se disponen a poner en ella las manos, se abre violentamente y entra furioso Borombón.*)

BOROMBON.—¡Tunantes, bergantes, pillos y bribones!

HURON.—Señor: somos dos solamente.

GARDUÑA.—¡Tus palabras nos dejan petrificados!

BOROMBON.—¿Por qué no corristeis?

HURON.—¡Correr, señor! ¿Crees que somos galgos?

GARDUÑA.—¿O potros salvajes? ¡Somos personas muy reposadas!

HURON.—Sí: ¡muy reposadas!

BOROMBON.—¡Moveos!

GARDUÑA.—¿Cómo quieres que nos movamos, señor, si tus palabras nos han dejado petrificados?

BOROMBON.—¿Sí? Pues mis puños os dejarán fragmentados.

GARDUÑA.—Si eso es una amenaza, con toda dignidad te digo que no la aceptamos como tal. ¡Y amigos, como siempre!

HURON.—No la aceptamos. Pero, en cambio, recibiremos por adelantado la cuantiosa herencia.

GARDUÑA.—Sí, la recibiremos de buen gusto lo más pronto posible.

BOROMBON.—(*Cambiando de tono.*) ¿Estáis por recibir una herencia? Os congratulo. ¡Contad! ¡Contad!

HURON.—Danos, danos, primero y contaremos y contaremos hasta la última moneda.

BOROMBON.—¿Dar yo? ¡Ah, de buen grado!...

GARDUÑA.—(*A Hurón.*) ¿No te dije que era un generoso señor?

BOROMBON.—(*Con ira reconcentrada.*) Pero no he traído el garrote.

GARDUÑA.—Si eso es una amenaza, señor, te digo formalmente que no la aceptamos como tal. ¡Y amigos como siempre!

BOROMBON.—¿Amigos? ¡Mil demonios!... ¿Está hecha la cena?

GARDUÑA.—Y más que hecha...

HURON.—...digerida. La hicimos y la comimos. Gracias.

BOROMBON.—¿Y yo?

GARDUÑA.—No estabas. ¿Estas son horas de llegar?

HURON.—Oímos decir que un señor de tus dimensiones cenaba en el palacio del rey.

BOROMBON.—(*Cambiando de tono.*) ¿Eso dicen? En efecto, cené en palacio, con el rey. como de costumbre... Supongo que comieron bien... sin dejar nada, ¿eh?

GARDUÑA.—Dejamos los platos, pero no te preocupes: no hay prisa en lavarlos.

HURON.—Ninguna prisa, señor: por ahora, descansa...

BOROMBON.—(*Reprimiendo un terno.*) ¡Grrr! ¡Grr!!

GARDUÑA.—¿Se te ha roto la cuerda, señor?

HURON.—No; mira: parece que se desinfla.

BOROMBON.—¡Pues ahora os desinflaré y aplastaré y pulverizaré! (*Se abalanza furioso.*)

GARDUÑA.—Si esto es una amenaza...

BOROMBON.—¡No es una amenaza, tunante, es un chichón! (*Le aplica un puñetazo en la cabeza.*)

GARDUÑA.—No la aceptaré como tal. ¡Y amigos como siempre! (*Gira, camina tambaleándose y se desploma en un sillón.*) ¡Ay!

HURON.—¿Qué has hecho, señor?

BOROMBON.—Lo repetiré para que lo sepas. (*Se adelanta, amenazador. Hurón gira, se tambalea y se deja caer en el otro sillón.*) ¿Dos pájaros de un tiro? ¡Si a este no lo toqué!

HURON.—(*Con acento solemne.*) ¡No me tocaste, déspota! ¡Pero hay gestos que matan sin hierro! Soy enfermo del corazón. No puedo soportar emociones fuertes. ¡Me toma un síncope! (*Se deja caer.*)

BOROMBON.—Esto se pone serio. ¿Qué hago yo con dos sincopados en casa? ¿Sincoparme yo también? ¡Ah! (*Sale apresuradamente por la puerta de la izquierda y regresa con un vaso que acerca a la boca de Hurón.*) Bebe, buen hombre. Es un excelente cordial. Un vino añejo que guardaba para mi cumpleaños.

GARDUÑA.—(*Incorporándose.*) ¡Chits! ¡Chits!... ¿Sabe que me siento mal del corazón? Parece que el chichón se me ha bajado... (*Se deja caer.*)

BOROMBON.—Un momento, buen hombre. (*Sale otra vez, regresa con el vaso y da a beber a Garduña.*) ¿Te sientes mejor?

GARDUÑA.—Sí, señor. Sólo que el vino se me ha ido al estómago y el mal es en el corazón. Quizás otro vasito para el corazón...

BOROMBON.—No hay más. Este año me quedaré sin cumpleaños.

HURON.—(*Poniéndose en pie.*) ¿Qué me diste? ¿Vino? Me ha mareado. No puedo tenerme en pie. Tendré que irme a acostar.

GARDUÑA.—(*Idem.*) A mí también. Ya no me sostengo. Tendré que meterme en cama en seguida. ¡Ayudémonos. Hurón! (*Los dos compinches se toman del brazo y se encaminan hacia una puerta lateral. Volviéndose.*) Pero antes de

que nos acostemos, dinos, señor, si necesitas algo... Con toda confianza... Aquí estamos para servirte.

HURON.—Con fidelidad y diligencia. (*Bosteza.*)

BOROMBON.—¡Necesito mil diablos que os lleven!

(*Se retiran de la escena abrazados y tratando de afirmarse uno al otro, mientras el señor Dueño de Casa, se desploma en un sillón y exclama:*) ¡Compadecedme, señores, compadecedme!...

TELON

# MATAMOROS

(*Arreglo de Blanca Dalla Torre Vicuña*)

*E. Lloret.*

*PERSONAJES:*

*ESCAPIN.*
*MATAMOROS.*
*PANTALON.*
*CAMPESINO.*

ESCENARIO.—Una plazuela; casas en el fondo. Es de noche.

MATAMOROS.—(*Arrastra capa y espadón, grandes botas, grandes bigotes y gran sombrero de pluma larga.*) ¿Qué te dice este silencio?

ESCAPIN.—(*Chaquetilla y calzón corto a rayas blancas y verdes, daga de madera, sombrerito con dos plumas.*) Es un silencio muy callado. No me dice nada.

MATAMOROS.—Y esta soledad, ¿qué te dice?

ESCAPIN.—¿Qué quieres que me diga si no hay nadie?

MATAMOROS.—Sábelo y repítelo, bruto: que a mi alrededor se hace un silencio de muerte y una soledad de peste. Todos huyen, todos se esconden.

ESCAPIN.—¿Y qué peste traes? ¿Escarlatina?

MATAMOROS.—Es el terror de mi brazo y el terror de Lucifer, mi devastadora espada. La gente oye mi nombre, abre la boca...

ESCAPIN.—. . .bosteza y se va a dormir. Pues lo cierto es que en este momento todos duermen. (*Maúlla repentinamente un gato.*)

MATAMOROS.—(*Corriendo hacia la izquierda.*) ¿Tigre aquí? ¡Voy a buscarlo!

ESCAPIN.—(*Corriendo hacia la derecha.*) ¡Por fortuna, el mundo es grande! (*Ambos se detienen antes de salir del escenario y se devuelven.*)

MATAMOROS.—¿Por qué huyes, follón? ¿No sabes que yo te protejo? ¿Cómo quieres que te proteja si te vas lejos?

ESCAPIN.—¿Huir yo? ¡Qué disparada, digo, que disparate! Iba a buscar las jaulas.

MATAMOROS.—¿Las jaulas? ¿Vendes chingolos?

ESCAPIN.—Las jaulas para los tigres que pudiste haber debido cazar.

MATAMOROS.—¡Bandejas, debiste ir a buscar!

ESCAPIN.—¿Bandejas? ¿Tomaremos sorbetes?

MATAMOROS.—Para recoger los tigres. Pues sabe, bruto, que mi Lucifer los iba a convertir en una alfombra de rebanadas. Es mi costumbre con las fieras. Cierta vez, en Asia, me encontré de pronto con un cocodrilo colosal y un león descomunal. . .

ESCAPIN.—. . . Y te fuiste en seguida al Africa.

MATAMOROS.—Se me abalanzaron por sendos lados, pero mi espada comenzó a hender los aires a diestra y siniestra con rapidez vertiginosa, y a cada golpe volaba una tajada de fiera, dirigida de tal modo que cada rebanada de cocodrilo iba a parar a las fauces del león y cada rebanada de león caía en las fauces del cocodrilo. Así los hice entredevorar y el campo quedó libre de monstruos.

ESCAPIN.—Y tú, ¿cómo quedaste?

MATAMOROS.—¿Yo? ¡A mí, ni siquiera se me apagó la pipa!

ESCAPIN.—Pero... ¿quedaste vivo?

MATAMOROS.—¡Bah! Eso es mi costumbre. No te imaginas cuántas veces he quedado vivo. (*Se abre una ventana alta y se asoma Pantalón.*)

PANTALON.—¡Eh, tú! Pon zapatillas a esa olla que arrastras. No se puede dormir.

MATAMOROS.—¡Bombas y bombardas! ¡Llamar olla a mi Lucifer! ¡Lavaré esta ofensa!

PANTALON.—Pues ahí tienes, el agua. (*Le arroja una palangana de agua y toalla.*)

MATAMOROS.—¡Diez mil bombas! ¡Esto traerá un mar de sangre! (*A Escapín.*) La toalla es para mí. (*A Pantalón.*) ¿Sabes que hablas conmigo? ¿Sabes quién soy?

PANTALON.—Sí, el de las rebanadas, el fabricante de "sandwiches". (*Cierra la ventana.*)

MATAMOROS.—¡Bombardas y bombardeos! ¡Ah villano! Te derrumbaría la casa, pero te salva la vida el ser uno solo. ¡Yo jamás peleo con uno solo! (*Se envuelve majestuosamente en la capa y se atusa los mostachos.*)

ESCAPIN.—Capitán, no soy gato para pasar las noches al sereno... ¡Me voy!

MATAMOROS.—(*Alarmado.*) ¡Eh! ¿Vas a dejarme solo... y de noche?... ¡Pues iré contigo, porque he jurado protegerte.

ESCAPIN.—Me contrataste para hacerte compañía, pero entendí con casa, comida y ropa limpia.

MATAMOROS.—¿Estás loco? ¡Ropa limpia!

ESCAPIN.—Bien; la ropa puede esperar lavado. La tengo acostumbrada a esperar; pero ¿la casa donde dormir? Resulta que no tienes casa.

MATAMOROS.—(*Con arrogancia.*) ¡Mi casa es el mundo entero!

ESCAPIN.—Pero las camas son ajenas. ¿Y la comida?

Sólo me diste un mondadientes, que engaña para afuera, pero no para adentro.

MATAMOROS.—¡Bah! ¡Futileza es la comida!

ESCAPIN.—Pues me zamparía una olla de futileza estofada.

MATAMOROS.—Preséntate ante cualquier villano, y en mi nombre, intima, ordena y exige que te dé de comer. ¿Quién se resistirá apenas oiga mi nombre?... Y tráeme lo que te den. No sea que te empaches. Yo he jurado protegerte.

ESCAPIN.—Esperaré a que salga el sol... Ya asoma.

MATAMOROS.—Bien; déjalo que salga. No le haré nada. (*Se pasea con gran porte.*)

ESCAPIN.—¡Capitán, capitán! Allá viene un campesino. Es de los que salen al alba para vender en el mercado.

MATAMOROS.—¡Duro con él! ¡Amenázalo terriblemente! No olvides que detrás de ti está mi espada.

ESCAPIN.—Sería mejor que estuviera delante del otro. (*Aparece un campesino, con una cesta cerrada.*)

ESCAPIN.—(*Saliéndole al encuentro.*) ¡Villano: te amenazo terriblemente!

CAMPESINO.—Igualmente. Gracias.

ESCAPIN.—(*A Matamoros.*) Y ahora, ¿qué sigue?

MATAMOROS.—(*Adelantándose, con voz terrible.*) ¿Sabes quién soy?

CAMPESINO.—Hum... Bájate los bigotes para que pueda verte la cara. Por lo pronto, se ve que tú me conoces, porque no haces más que mover la cola debajo de la capa.

MATAMOROS.—¿La cola? ¡Ah, villano! Eso que llamas cola es mi fulminante espada—¡tente quieta, Lucifer!—que se agita ansiosa por salir y avanzar a través de tu cuerpo. ¡Tente quieta, Lucifer!

CAMPESINO.—¿A través de mi cuerpo? No hay necesidad: yo me haré a un lado y la dejaré que siga su camino.

MATAMOROS.—¡Tente quieta, Lucifer! ¡Sujétala, Escapín! (*Escapín se apresura a aferrar, sobre la capa, la espada inquieta.*)

CAMPESINO.—Atala a un poste.

MATAMOROS.—Poste necesitarás tú para no caerte cuando oigas mi nombre. ¡Me llamo Matamoros!

CAMPESINO.—Mucho gusto. ¿Y la familia? Yo me llamo Matambre.

ESCAPIN.—(*Suelta la espada y se dirige hacia el campesino con los brazos extendidos.*) ¡Bienvenido, Matambre! (*Lo abraza.*) ¿Qué llevas en la canasta?

MATAMOROS.—(*Con vozarrón impresionante.*) América, Asia, Europa y demás suburbios dejé maravillados de mis hazañas y de mis... (*El campesino ha abierto la canasta, que contien morcillas. Adelantándose vivamente y cambiando de tono.*) ¡Morcillas! (*Al igual que Escapín, lleva una mano a la canasta.*)

CAMPESINO.—(*Benévolamente.*) Poco a poco, señores: una en cada mano.

MATAMOROS.—¡Tente quieta, Lucifer!

(*El campesino entrega una morcilla a cada uno, estos las reciben con una cortesía cómica. Se saborean antes de comerlas, con gestos exageradísimos. El campesino hace señas inteligentes al público. Las morcillas, son esas de papel que se usan en las carnicerías para atrapar las moscas. El campesino consciente de su picardía, se retira en puntas de pie y se va riendo y burlándose con el público.*)

ESCAPIN.—(*Con desmedida avaricia.*) A ti te tocó la más grande...

MATAMOROS.—(*Ofendido.*) Quieto, Lucifer, mira que puedo matarte... ¡Dadme la mitad de tu morcilla!... (*Gritando.*) ¡Dadme la mitad de tu morcilla!... (*Da un manotón a la de Escapín, que este pobre, con desenfrenada gula, se ha*

*aferrado con sus dos manos a la morcilla y no puede soltarla. Matamoros, al ir a quitársela, queda también prendido a la morcilla de Escapín.*)

LOS DOS AL MISMO TIEMPO.—¡Nos han burlado!...

MATAMOROS.—Y lo peor que no puedo ir a matar al infame, porque tengo trabadas las manos. Sí, tengo trabadas las manos.

ESCAPIN.—La vez que te decides a matar a uno, tienes trabadas las manos...

(*Se quedan cómicamente tristes en medio del escenario, con las manos puestas en la morcilla.*)

TELON

# LA MANCHA DELATORA

*E. Lloret.*

*PERSONAJES*:

*GENDARME.*
*ARLEQUIN.*
*ASTROLOGO.*
*CHIQUILLO.*
*PANTALON.*

**ACOTACIONES:** Los personajes han de hacer muchas muecas y tratarán de dar gran vivacidad a la escena, recalcando las ironías que hay en la obra.
El Astrólogo hablará con voz ronca y con aire de suficiencia.
Arlequín, modales finos y elegantes.
Gendarme, voz de trueno.
Chiquillo, voz aflautada.

ESCENARIO.—Una calle; en el fondo, casas; la del centro con una ventana alta al pie de la cual se desarrolla la escena.

GENDARME.—(*Solo, se pasea de un lado a otro, con porte majestuoso; mira a derecha e izquierda.*) ¡Nadie!... ¡Nadie!... Mi presencia basta para ahuyentar a los malhechores. Al ruido de mis botas veteranas huyen o se esconden. (*Vuelve a mirar a ambos lados.*) ¡Nadie!... ¡Nadie!... ¿No

hay en este pueblo personas honradas? Ninguno se atreve a salir. Ojalá fuera así, porque si no hubiese delincuentes, ¿para qué serviría el gendarme?

CHIQUILLO.—(*Se asoma a la ventana e imita, burlándose del gendarme, el canto de un pájaro.*) Pipipí, pipipí, pipipí. (*Al volverse rápidamente para ocultarse da de narices en el marco de la ventana.*) ¡Ay!

GENDARME.—¡Atención, Gendarme! Has oído un ave de rapiña. Será preciso que la atrapes. Porque si sigue el pueblo tan vacío, Gendarme, no te quedará otro recurso que detenerte a ti mismo. ¿Para qué sirve un gendarme que no prende a nadie?

ARLEQUIN.—(*Aparece por la derecha caminando de puntillas junto a la pared. El chiquillo se asoma a la ventana, da un cabezazo en el aire y se oculta rápidamente.*)

GENDARME.—(*Vozarrón.*) Siento olor de carne humana y no es la mía. (*Dase vuelta y ve a Arlequín que iba a pasar detrás de él; lo aferra de un hombro.*) ¡Alto! ¿Cómo te llamas?

ARLEQUIN.—Arlequín, señor Gendarme: me conoces bien.

GENDARME.—No importa que te conozca. Responde a las preguntas de la ley. ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Nacionalidad? ¿Profesión? ¿Casado?

ARLEQUIN.—Vengo...

GENDARME.—¡No me contestes! ¡Nada me importa! ¡Calla y responde!

ARLEQUIN.—Voy...

GENDARME.—¡Ni te vas ni te irás! No he de dejar escapar esta magnífica oportunidad.

ARLEQUIN.—Es la primera vez que me llaman magnífica oportunidad.

GENDARME.—Desde este momento eres un delincuen-

te. Hace dos semanas que estoy esperando uno. Llegas tú: no te dejaré escapar. Bienvenido y ¡preso! ¿Dónde está el producto del robo?

ARLEQUIN.—Eso es lo que yo también deseo saber. Si me dices dónde está no te denunciaré.

GENDARME.—(*Después de acercarse a mirar el bicornio de Arlequín; impresionado.*) ¡Esa mancha en el sombrero te delata! ¡Sangre! ¿Dónde está el muerto?

ARLEQUIN.—¿Muerto?

GENDARME.—Bien; el herido, pero grave. ¿Dónde está el herido? ¡Tú eres el asesino!

ARLEQUIN.—¿Y quién es el asesinado, ¿Lo he visto alguna vez?

GENDARME.—¡Esa mancha de sangre en el sombrero te acusa y te condena! ¡Te espera el hacha del verdugo!

ARLEQUIN.—Avísale que no podré ir... ¿Qué es esto? (*Se agacha como para mirar de cerca las botas del gendarme.*) ¡Oh! ¡Oh!

GENDARME.—Es inútil que te arrojes a mis pies. ¡No habrá perdón! Necesito un buen malhechor para cobrar mi sueldo con toda conciencia.

ARLEQUIN.—¡Mira tu bota! ¡Una mancha de sangre! ¡Esta mancha de sangre te delata! ¡Gendarme asesino!

GENDARME.—(*Desconcertado.*) ¡Oh! ¿Sangre en mi bota?

ARLEQUIN.—¡Te espera el hacha del verdugo! ¿Dónde está tu muerto? ¡Confiesa!

GENDARME.—(*Preocupado.*) ¿Dónde está mi muerto?... Tengo ahora dos malhechores... Esta situación es grave: en el pueblo no hay más que un gendarme y soy yo. ¿Quién me detiene a mí?... Oye, muchacho.

ARLEQUIN.—¡No habrá perdón!

GENDARME.—Ponte mis botas. Te las regalo. Serás así

un doble criminal y yo podré prenderte con toda conciencia.

ARLEQUIN.—¿Un gendarme sin botas? ¡Que no se diga! Siempre los he conocido embotados.

GENDARME.—Desprecias el primer regalo que hago en mi vida. ¡Me lo pagarás!... ¡Y esta mancha de sangre que acompaña mis pasos!... (*Entra Pantalón, alegre y vivaz, restregándose las manos. Se detiene junto a los otros al pie de la ventana en la que aparece y desaparece el Chiquillo.*)

PANTALON.—¡Buen día, señor Gendarme! ¡Buen día, señor Arlequín! Disfrutando del fresco de la mañana, ¿eh?

GENDARME.—¿Cómo te llamas, señor Pantalón?

PANTALON.—¿Que no me conoces?

GENDARME.—Legalmente, no.

PANTALON.—¡Bah! Dame tu mano de amigo. (*Le tiende la mano.*)

GENDARME.—(*Tras un sobresalto de asombro, imperioso.*) ¿Dónde está la víctima? ¡Asesino!

ARLEQUIN.—(*Asombrado.*) ¡Tú también! ¡Asesino!

PANTALON.—¿Son éstas maneras de decir "buen día"?

GENDARME.—¡Esa mancha de sangre que tienes en la mano...

ARLEQUIN.—...te delata..., te delata...!

PANTALON.—¿Sangre en la mano? ¡Oh! Ver sangre me causa vértigo.

GENDARME.—¡Pero no tuviste vértigo para cometer el crimen! ¡Es inútil que lo niegues! ¡Vienes con la prueba en la mano!

ARLEQUIN.—Eh, gendarme: no trates así a un cómplice. Basta con que le digas que lo espera el hacha del verdugo.

PANTALON.—¿A mí? ¿Es ésa otra manera de dar los buenos días? (*Abrese la puerta de la casa a que corresponde la ventana; aparece el Astrólogo.*)

ASTROLOGO.—Señores: basta de bulla en la puerta de mi casa. Me están embrollando las estrellas.

GENDARME.—Bienvenido, señor Astrólogo. Tú que explicas los misterios, nos dirás dónde está el muerto. Tenemos la sangre, pero nos falta la víctima del crimen.

ASTROLOGO.—¿Qué muerto? ¿Qué sangre? ¿Qué crimen?

ARLEQUIN.—¿No lo sabes? ¡Falsa es, pues, tu ciencia que pretende penetrar todos los misterios!

ASTROLOGO.—Afirmo que todos los sabe y a todos los revela.

GENDARME.—En ese caso, si no nos dices al instante dónde está la víctima, serás culpable de encubrimiento e irás a la horca... ¡Mira! ¡Mancha de sangre en el sombrero, y en la bota y en la mano... ¡Oh! ¡Y en la nariz! ¡Otra más!

ASTROLOGO.—(*Se pasa la mano por la nariz y la retira manchada de sangre.*) ¡Sangre! ¡Yo que nunca la he usado fuera del cuerpo!

ARLEQUIN.—¡Y estas manchas de sangre nos delatan! Son la prueba de un crimen. Tú también has metido la nariz en este asunto.

ASTROLOGO.—¡Un momento! Explicaremos este misterio de la manera más conveniente para nosotros y que, por lo menos, nos libre de la horca y del hacha del verdugo. Bien sabéis que las estrellas lloran.

GENDARME.—¿En este pueblo? Nunca he recibido denuncia al respecto.

ASTROLOGO.—Sí: lo que llamamos gotas de rocío, son las lágrimas de las estrellas. ¿Y no oísteis decir: "llorar sangre"? El mundo anda tan mal, que es posible que las estrellas, afligidas por demás, se hayan puesto a llorar sangre.

ARLEQUIN.—¡Haberlo sabido a tiempo! Un paraguas me habría librado de este aprieto en que me veo.

CHIQUILLO.—(*Desde adentro, arriba.*) ¡Papá! ¡Papá!

ASTROLOGO.—Una voz de lo alto me dice...

ARLEQUIN.—Papá: ya lo hemos oído.

ASTROLOGO.—...que esta sangre viene de arriba, cosa que confirma mi ciencia profunda, asegurándome que si hubiese venido de abajo la tendríamos en la suela de los zapatos y no en la nariz.

CHIQUILLO.—(*Asomándose a la ventana.*) ¡Papá! ¡Papá! ¡Ea!: se me paró la sangre que me salía de la nariz. Y ni una sola gota dejé caer dentro del cuarto. Todas las eché fuera.

ARLEQUIN.—¡Oh! ¡Oh! ¡La mancha no nos delata! ¡Somos inocentes!

GENDARME.—¿Inocentes? ¿De modo que este gendarme no sirve para nada?

ASTROLOGO.—¿No os dije que mi ciencia explicaría el misterio? Al instante me di cuenta de que esa sangre venía de arriba.

PANTALON.—Pero de una nariz. ¿Y qué tiene que ver una nariz con las estrellas?

ASTROLOGO.—¿Qué tiene que ver? ¡De una nariz que ha visto las estrellas!

TELON

# ESCAPINO Y BOROMBON

*Almîcar Estrella.*

*PERSONAJES:*

*ESCAPINO.*
*BOROMBÓN.*

ESCENARIO: Calle de ciudad antigua; en el fondo, un portal.

ESCAPINO.—(*Solo.*) Hete aquí, Escapino, y no hete allá, donde soñabas. No te queda más que tu afilado ingenio, y, por ahora, nada tienes que cortar. Pon las manos en los bolsillos. Será el único consuelo de tener algo en ellos. ¡Levántate, espíritu!. (*Se yergue en punta de pies.*) ¿Te cansas, espíritu? Bien; déjate caer. ¡Pobre Escapino! Eres como una hoja seca que el viento arrastra y deja en un rincón. (*Se deja caer en un rincón del portal.*) Duerme, hoja seca, y sueña con el tiempo en que eras verde, al lado de la flor. (*Largo suspiro.*)

VOZ RETUMBANTE, AFUERA.—¡Oíd, hombres, mujeres, niños y tutti cuanti. Está por llegar nuestro amo, el magnífico y magnánimo don Borombón de los Borombones, poderoso señor!

ESCAPINO.—(*Incorporándose.*) ¿Qué trueno habla? ¿Y qué poderoso señor es éste cuyo nombre deja la calle zumbando?... Allá veo venir un ser humano... Un extraser extrahumano, grande y majestuoso como un galeón con las velas desplegadas. (*Aparece Borombón.*)

BOROMBON.—¡Oye, tú, si eres alguien! ¿No viste pasar mis heraldos, y tras mis heraldos mis postillones, y tras mis postillones mis lacayos, y tras mis lacayos mi carroza...?

ESCAPINO.—Todavía no, pero ya iba a empezar a soñar...

BOROMBON.—Y... tras mi carroza mis guardias, y tras mis guardias...

ESCAPINO.—Soy muy joven, señor: no pude ver pasar tanto...

BOROMBON.—¿No oíste, siquiera, anunciar aquí mi llegada?

ESCAPINO.—Eso sí: todavía me zumban los oídos. Y tú también lo oíste, puesto que lo gritabas tú mismo.

BOROMBON.—Te diré... Es, a saber... Sí: tuve el gran honor de servirme a mí mismo. Mis criados me dejaron, quizás para convertirse en señores gracias a las remuneraciones, mercedes, regalos, donativos y etcétera, etcétera, con que los he colmado.

ESCAPINO.—(*Para sí.*) Este parece ser el viento que levantará la hoja seca. (*Alto.*) ¿Remuneraciones, mercedes y etcétera? ¿Cuánto les pagabas?

BOROMBON.—¿Crees que cuento cuánto? ¿Crees que miro las onzas? ¡No soy de los que las miran!

ESCAPINO.—Lo mismo me ocurre a mí desde hace tiempo.

BOROMBON.—Mi generosidad caía sobre ellos como una lluvia, los cubría, los empapaba.

ESCAPINO.—(*Para sí.*) ¡Ojalá te encuentre en estado de tormenta! (*Expletivo.*) ¡Cáleme hasta los huesos esa lluvia!

BOROMBON.—(*Prontamente.*) ¿Qué? ¿Te sientes capaz de elevarte al honor de servirme? Me tomas tan munificiente, que voy a concederte el favor de que me sirvas.

ESCAPINO.—Este..., si cuentas cuánto...

BOROMBON.—Comprendo tu confusión. Te marea tanto honor. ¡Valor, muchacho! ¡Saca el pecho, que en este instante eres nada menos que el criado de Borombón de los Borombones! Me seguirás como sombra al cuerpo y te alcanzaré gran parte de los honores que me tributen. Cuando me aclamen, tu vendrás detrás y podrás oír las aclamaciones y aún quedarte con muchas de ellas. Cuando me arrojen flores, tú vendrás detrás y alguna te dará en la cabeza. Cuando me tiendan dosel, tú, detrás de mí, sombra tendrás, y en los banquetes, tú, detrás de mí, disfrutarás del aroma de los manjares exquisitos. Piensa, muchacho, y no te turbes, que cuando la multitud me contemple con admiración, más de una mirada llegará hasta ti.

ESCAPINO.—Sí..., pero..., cuánto...

BOROMBON.—¡Cuánto honor!, ¿eh? No lo digas. Basta con que lo pienses. Por lo pronto, vete al puerto, y si han llegado mis naves, dirás a mis capitanes que... (*Escapino se dispone a salir.*) ¡No, espera! Corre al palacio de los senadores y di que no tiendan la alfombra de púrpura porque me presentaré de incógnito. (*Escapino va a salir.*) ¡No, escucha! Corre a decir, de mi orden en el albergue, que me preparen posada y cena para dos.

ESCAPINO.—¡Feliz idea! ¡Gracias!

BOROMBON.—Pues has de saber que yo como por dos: grande hombre soy.

ESCAPINO.—¡Ah! (*Se le caen los brazos. Para sí:*) Grandísimo hombre soy, pues comería por cuatro. (*Va a salir; se vuelve.*) Poderoso señor: en el albergue suelen cobrar por adelantado.

BOROMBON.—¡Me lastima tan vil costumbre!

ESCAPINO.—¡Ah, señor! Aquí nos lastiman todos los días. Yo estoy cubierto de esa clase de magulladuras... Pero,

si me prestaras, señor, tu anillo con el sello, que algo ha de valer, el posadero...

BOROMBON.—Dile que vas de orden de Borombón de los Borombones. Eso sobra...

ESCAPINO.—Señor: el posadero es sordo.

BOROMBON.—...Y que le haré el favor de hospedarme en su casa y que tal honor vale más que un puñado de gastadas monedas. Pero, ¡corre! ¡Debes ser el rayo de mis órdenes! Oye: para ir más ligero, déjame la capa. Algo ha de valer, ¿eh?

ESCAPINO.—¡Ni lo pienses!

BOROMBON.—Déjame la capa. No te pesará.

ESCAPINO.—Ciertamente, si me la quitas, dejará de pesarme. Pero la capa es casi todo yo. Es mi aspecto. Todos me conocen por ella. Nadie me ha visto por dentro. Abandonarla, ¡nunca!

BOROMBON.—Si nadie te conoce sin ella, yendo sin ella te creerán cuanto digas, como a hombre nuevo.

ESCAPINO.—(*Luego reflexiona.*) ¡Ingeniosa idea! Porque en esta ciudad, basta que me vean la capa para que me digan que no, antes de que mueva los labios. Tienes razón. (*Le da la capa.*) ¿Conque posada y cena? ¡Al punto voy! (*Sale corriendo.*)

BOROMBON.—(*Gritándole.*) Y luminarias. (*Solo.*) Una capa más. Y van cinco en media tarde. Al parecer, estoy condenado a especializarme en la cosecha de capas. (*Se palpa el abultado cuerpo.*) Llevo aquí la del gendarme, que huele a tabaco; la del boticario, que huele a alcanfor; la del posadero, que huele a guisado, y debajo de ellas, la del alcalde, cuyos gruesos dobladillos me acanalan la carne. Me dan, por cierto, una soberbia corpulencia y, de paso, una soberbia sofocación. ¡No hay grandeza sin sudores! Bien; es el principio de mi flota, pues con cinco capas ya hay paño para una vela de

nave. Y cuando hay vela conviene aprovechar el viento. ¡A navegar a todo trapo! (*Vase rápidamente.*) (*Llegan, muy excitados, el posadero y Escapino.*)

POSADERO.—¡Pues sí! ¡Es el mismo! Me ordenó, con acento de emperador, que extendiera mi capa entre el emparrado para que el sol no lo molestase, y cuando volví de la bohardilla, adonde me mandó para que viera si aparecía en el camino su tropa de servidores, no vi ni sol, ni capa, ni señor.

ESCAPINO.—¿Ni sol, ni capa, ni señor...? Algo muy parecido me está pasando a mí. El sol no me importa, el señor no me importa, ¡mi capa! ¡A esto vienen a parar honores de gran señor! a perder una capa... ¿Y qué piensas hacer?

POSADERO.—Desde el primer momento adopté una enérgica resolución y la cumplí y la cumpliré: renegar mañana, tarde y noche.

ESCAPINO.—Mas yo no puedo renegar de mi amo. Como fiel criado, cumpliré su orden: iré tras él. ¡Puede que lo alcance! (*Sale corriendo.*)

TELON

# EL VERDUGO BONDADOSO

*Almícar Estrella*

*PERSONAJES:*

*EL VERDUGO.*
*EL AYUDANTE.*
*LOS GENDARMES.*
*CONDENADOS.*
*EL REY.*

ESCENARIO: Sala del tormento y de las Ejecuciones; varios aparatos de tortura; en la pared del fondo, un cartel: "Al Buen Verdugo. Grandes ocasiones por mensualidades". En el centro de la sala, sentado en cómodo sillón, el verdugo, obeso, de antifaz negro, blusa y delantal negros; a su lado, de pie, el ayudante, alto y flaco, vestido de túnica y bonete amarillos. A la izquierda, en el suelo, un montón de instrumentos de tortura: hachas, alfanjes, tenazas, garfios, cuerdas).

VERDUGO.—(*Canturreando.*) Traralalá, trirililí... A propósito de trirililí: ¿pusiste el fieltro en el árbol para que los pajaritos que se posen no tengan frío en los pies? No olvides que están descalzos.

AYUDANTE.—Sí, señor verdugo; y sobre el fieltro se echó el gato con un pajarito adentro.

VERDUGO.—¡Horror! ¡Y yo que lo había acostumbrado a comer lechuga y a dormir con una sardina de cartón entre las patas! Nunca le hizo daño. ¡Qué hipócrita! (*Se sobresalta.*) ¡Ay!

AYUDANTE.—¿Qué te pasa, señor?

VERDUGO.—¡Quita de mi vista esa hacha tinta en sangre.

AYUDANTE.—Es sangre de tarro. Todas las semanas le doy una mano de pintura roja de aquel tarro, para mantenerla en aspecto de uso.

VERDUGO.—En adelante, píntala de sangre de príncipes.

AYUDANTE.—¿De príncipes?

VERDUGO.—Azul, hijo mío, azul. ¡Lejos, lejos de mí la sangre roja!

AYUDANTE.—Con el debido respeto, señor verdugo, diré ¡je!

VERDUGO.—¿Qué significa ese ¡je! sardónico y afónico?

AYUDANTE.—¡Lejos la sangre, dices, y tienes tu propio cuerpo lleno de sangre! ¡Je!

VERDUGO.—(*Desconcertado.*) ¿Yo? ¡Oh!... Debió de ser hace mucho tiempo, porque desde años, todos los días la estoy substituyendo con cerveza.

AYUDANTE.—Cuando una persona tiene tanta aversión a la sangre, no debe aceptar el cargo de verdugo.

VERDUGO.—¡Bah, bah! No soy verdugo de nacimiento. Yo soy repostero de nacimiento. Cierta vez, de servicio en la cocina del palacio, andaba yo con sueño o con cerveza que se me fué la mano, o el olfato al punto de preparar una torre de merengue con huevos echados a perder. Y sucedió que en aquella ocasión el rey daba un banquete al embajador del emperador de la China, el cual embajador, apenas probado el meren-

gue, alzó tres veces los índices como señal de delicia, y sin pedir permiso, se acercó la fuente y se devoró íntegra la torre de merengue. No sé cuántas horas más vivió el tal embajador; pero lo cierto es que tuvo tiempo para regalar al rey un puñado de perlas bastante artificiales y decirle que era ese presente una pobre retribución por el postre maravilloso. A su vez, el rey, para recompensarme por haber preparado semejante manjar, resolvió ascenderme. Pero la única vacante que había por entonces era la de verdugo... Y aquí estoy, sin hacer mal a nadie...

AYUDANTE.—¡Pero yo no soy repostero de nacimiento! Vine aquí para perfeccionarme en el oficio de verdugo, para educarme en el arte de quebrantar huesos y arrancar carnes con salvajismo y ferocidad irreprochables.

VERDUGO.—¡Oh, oh, oh!

AYUDANTE.—Y cuando todo mi ser clama por cortar algo, ¡me dices que te corte los cabellos, y eso, uno por uno, para no hacerte daño! Mira los instrumentos de tortura. ¡Nuevos, nuevos, todavía!

VERDUGO.—Tienes razón. No me había fijado. Podemos venderlos y sacar buen precio. ¡Son nuevos!

AYUDANTE.—Yo no he nacido para esto. Déjame, siquiera, matar moscas para no perder la mano.

VERDUGO.—¡Eso nunca! ¡No y no!

AYUDANTE.—¿Qué dirá el rey cuando sepa que la tanda de condenados que te manda todos los principios de mes...

VERDUGO.—¡Ah, sí! Yo los descondeno. ¿Qué dirá el rey? Cuando lo diga lo sabremos. Por ahora, no hay prisa en preguntarlo.

*(Se abre bruscamente la puerta de la izquierda y aparecen los dos gendarmes que arrastran entre ambos un condenado, lo arrojan con violencia y va a caer del otro lado del sillón.)*

GENDARMES.—¡Ejecutor de las altas obras! De orden

del rey, cortarle los brazos y todas las orejas que tenga.

VERDUGO.—¡Ja, ja, ja! (*Los gendarmes se retiran, cerrando la puerta.*)

AYUDANTE.—Señor verdugo; esa risa no es suficientemente siniestra. Los gendarmes se llevarán una mala impresión.

VERDUGO.—(*Al condenado.*) ¿Te has hecho daño?

CONDENADO.—No. Durante un mes me estuvieron entrenando para chocar con el suelo.

VERDUGO.—(*Al ayudante.*) Vuelvo a decirte que hay que poner en el piso almohadones de plumas.

(*Se abre la puerta; reaparecen los gendarmes con otro condenado; lo arrojan violentamente; cae sobre el primer condenado.*)

GENDARMES.—Orden del rey; a éste cortarle la cabeza.

VERDUGO.—¡Ja, ja, ja! (*Vanse los gendarmes.*)

AYUDANTE.—¡Hum! Esa risa no es todavía bastante infernal...

VERDUGO.—¡Qué fácilmente dicen esos señores: "cortar la cabeza", y no se dan cuenta de que el pobre no tiene más que una. ¿Verdad hijito?

CONDENADO 2.o.—Dos.

VERDUGO.—¿Dos?

CONDENADO 2.o.—Sí, señor: la mía y otra que corté. Por la otra me mandaron aquí. (*Se abre la puerta. Los gendarmes arrojan al tercer condenado.*)

GENDARME.—Orden del rey: ¡a éste arrancarle la carne con tenazas al rojo!

VERDUGO.—¡Ja, ja, ja! (*Vanse los gendarmes.*)

AYUDANTE.—¡Por favor, señor: ruge, aúlla! ¿Qué idea se harán de nosotros con esa risa de pajarito? (*Reaparecen bruscamente los gendarmes y arrojan otro condenado, que cae sobre los demás.*)

GENDARME.—Orden del rey: ¡a éste, quebrantarle los huesos!

VERDUGO.—¡Ja, ja, ja!... Pero, ¡eh!, ¡oh! ¡Poco a poco! ¿Estos vienen en ristra? ¡Basta por hoy! Mañana será otro día y pasado mañana otro...

LOS GENDARMES.—(*Autoritariamente.*) ¡Somos los terribles gendarmes!

VERDUGO.—(*Irguiéndose.*) ¡Y yo soy el terrible verdugo! (*Los gendarmes huyen.*) Cierra bien la puerta. Me parece que estos pobres están en una corriente de aire.

AYUDANTE.—¿Has oído, señor? ¡El pito de la fábrica! Es hora de empezar a trabajar. Material no nos falta.

VERDUGO.—¡Ah, trabajar!... Lo difícil es empezar. Y yo nunca he empezado.

AYUDANTE.—(*Con acento feroz.*) ¿Pongo las tenazas al fuego?

VERDUGO.—No; hoy no tengo ganas de rizarme el cabello... Si no hay más remedio, empezaremos a trabajar. (*Llamando con un dedo.*) ¡A ver, amiguito, ven aquí! (*El condenado 1.o se levanta y se acerca al verdugo.*) ¡A qué se debe tu visita?

CONDENADO 1.o—Se debe a que me trajeron.

VERDUGO.—Tienes razón. No se me había ocurrido. Pero, ¿por qué te trajeron?

CONDENADO 1.o—Porque eran siete; pero maté nada más que a tres.

VERDUGO.—(*Reflexionando.*) Parece cosa seria... En fin, ¡no vuelvas a matar! Y ahora, ¡vete!

CONDENADO 1.o—¿Qué?

VERDUGO.—¡Vete! Sal por esa puerta y que te vaya bien.

CONDENADO 1.o—¿Que me vaya? ¿Y para qué me han hecho caminar diez cuadras y esperar aquí un cuarto de ho-

ra? ¿Irme como he venido? (*Cada vez más indignado.*) ¿Crees que a un terrible criminal como yo se le puede tratar como a un chiquillo: "vete a jugar a la puerta de calle". ¡Me iré, sí; pero sabrá todo el mundo que no sirves para nada! (*Se va, dando un portazo.*)

VERDUGO.—No se va conforme... Debí darle unas monedas.

AYUDANTE.—Me parece que, a este paso, para ejecutar, tendré que comprarme una flauta.

VERDUGO.—(*A condenado 2.o, que se ha aproximado respondiendo a una señal.*) Y tú, ¿qué haces?

CONDENADO 2.o—Ni bebo, ni fumo, ni canto, ni bailo.

VERDUGO.—Pero, por lo menos, ¿tocas la gaita?

CONDENADO 2.o—Ni alto, ni bajo, ni poco, ni mucho.

VERDUGO.—Quiero decir, ¿qué hacías? ¿Por qué te condenaron?

CONDENADO 2.o—La curiosidad es un defecto muy feo, señor verdugo. Las preguntas me molestan. Arráncame los brazos y déjame tranquilo.

VERDUGO.—Pero..., pero..., no llevemos las cosas a esas extremidades. Siempre hay modo de entenderse... No querría que te fueras como el otro..., con las manos vacías.

CONDENADO 2.o—No te preocupes... Una vez que me arranquen los brazos, poco me importa que las manos se queden vacías.

VERDUGO.—¡Ah! ¿De modo que necesitas los brazos? ¡Haberlo dicho antes, amiguito! ¡Ahí los tienes! Son tuyos. A cada cual lo suyo, y asunto concluído.

CONDENADO 2.o—De manera que...

VERDUGO.—Sí, te perdono. Vete.

CONDENADO 2.o—En ese caso, yo también te perdono. Adiós. (*Vase rápidamente.*)

AYUDANTE.—Esto va mal. La clientela no deja nada. Ni un brazo.

VERDUGO.—¿Es hora o no de cerrar?

AYUDANTE.—¡Si apenas empezamos!

VERDUGO.—Ya hemos despachado a dos. ¡Ah!, sólo yo sé lo penoso y abrumador que es este oficio de verdugo. Cansa antes de empezar. Me parece que tengo derecho a echar un sueño.

CONDENADO 3.o—(*Poniéndose en pie.*) ¡Ciertamente, señor! Por mí, no te molestes. No me gusta dar trabajo a nadie. Ni a mí mismo. No te incomodaré más. Duerme tranquilo. (*Caminando de puntillas, se dirige hacia la puerta y desaparece.*)

VERDUGO.—¡Qué amable muchacho! ¡Qué atento!

CONDENADO 4.o—(*Se levanta.*) Con tu permiso, verdugo. Voy a acompañar al que acaba de salir, porque la noche es muy obscura. Como es un excelente salteador, ha de aprovecharla y es posible que necesite una ayuda. (*Se dirige rápidamente hacia la puerta.*)

AYUDANTE.—¡Ah, no! ¡Es demasiado! ¡No se escaparán! (*Se precipita hacia la puerta en el momento en que el otro la traspone. Ciérrase la puerta y queda el ayudante con un brazo afuera y apretado por ella.*) ¡Este, por lo menos, no se me escapará! ¡Lo tengo aferrado de los cabellos! (*Se abre bruscamente la puerta y rueda al suelo el ayudante, arrastrando en su caída al rey, a quien tiene tomado de la barba.*)

EL REY.—(*Incorporándose, con gran cólera, las ropas en desorden.*) ¡Con media barba, imbécil! ¡Este asesino, esta fiera me ha arrancado la mitad de la barba! ¡No me mires la cara, imbécil, porque aquí no está! La tiene ese criminal en la mano. ¡Ah! ¡Pero pagarás con la vida este inaudito, este increíble atentado contra su rey y señor! ¡Pronto! Arrojadlo a la hoguera! ¡Achicharralo con doble fuego!... ¿Quién habría de suponer que recibiría esta vergonzosa acogida? Venía

restregándome las manos, de contento, para refocilarme con la tortura de los cuatro condenados que te mandé... Y, a propósito, ¿dónde están?

VERDUGO.—(*Confuso.*) Este..., este..., salieron a ver si llovía...

EL REY.—¡Vil pretexto! Pero, no importa: me refocilaré con éste. ¡Arrójalo al fuego! ¡Qué deliciosa música será el chirrido de su carne asada!

VERDUGO.—(*Hincándose a los pies del rey.*) ¡Oh, señor: jamás, por nada del mundo, me atreveré a quemar una parte de la persona de mi amado rey!

EL REY.—¿De mi persona? ¿Eh? ¡Imbécil! ¡Arroja al fuego a éste! A este criminal, te he dicho.

VERDUGO.—Sí, señor; pero este criminal tiene en la mano la mitad de la barba de mi rey! ¡Y no la suelta!

AYUDANTE.—(*Vivamente.*) ¡Ah, claro! ¡No la suelto, ni la soltaré! ¡Jamás la soltaré!

REY.—(*Mira a uno y a otro; se rasca, pensativo, la cabeza; cambiando de tono.*) El asunto es embrollado. ¿Qué opinas, verdugo

VERDUGO.—Que debes afeitarte toda la cara y dejar que te crezca barba nueva.

REY.—Excelente idea. Digna de un verdugo. Y ahora, ¿de qué manera haremos morir a éste?

VERDUGO.—¡De ninguna manera!

REY.—¡Y tú me dices tal cosa! ¿Acaso piensas salvarle la vida?

VERDUGO.—Naturalmente, señor: ¡para algo soy verdugo!

REY.—No se me había ocurrido. ¡Otra excelente idea! Como recompensa, te ampliaré el establecimiento...

VERDUGO.—¡Oh, sí!, con una bombonería. Gracias, señor.

TELON

# LA LUNA

*Julio González Cuervo.*

*PERSONAJES:*

*ESCAPINO.*
*POLICHINELA.*
*PATACON.*

ESCENARIO: A la derecha, una calle; en el medio, del fondo al frente del escenario, una pared en ruinas con los huecos de una puerta y una ventanita; esta última está cubierta por una capa que cae sobre un trozo de caño, apoyado en la ventana, transversal a la pared y sostenido a uno y otro lado por dos palos.

ESCAPINO.—(*Se pasea, del lado de la calle.*) El establecimiento está montado, pero yo estoy a pie, como de costumbre. ¿Dónde podré conseguir una luna, aunque no fuese luna nueva, cualquier luna usada? En el cielo, lo sé bien. Pero tú, Escapino, nunca irás al cielo. (*Se aproxima al caño y mira por él.*) ¡Cielo santo! Pero es preciso que haya algo. De lo contrario: ¡Escapino vacío! ¡Quién iba a decir, Luna, que me darías de comer, cuando la Tierra no me lo da!

(*Se aparta. Llega Polichinela, corriendo.*)

POLICHINELA.—¡Ruin Escapino! ¡Ruin acción! ¡Ro-

bar un caño ¡El caño que yo tenía preparado para llevármelo!

ESCAPINO.—¿Pensabas tú robarlo?

POLICHINELA.—¡Oh, no! ¡Horror! Cambiarlo de lugar solamente, para que conociera otros aires. Dicen que es bueno para la salud.

ESCAPINO.—Y tan bueno que, como ves, no tiene su antiguo aspecto. Ya no es caño. No le des ese nombre vil.

POLICHINELA.—Lo llamaré tubo, pero devuélvemelo.

ESCAPINO.—Lo llamarás telescopio y no te lo devolveré.

POLICHINELA.—¿Y por qué he de llamarlo telescopio si desde su más tierna infancia caño ha sido y caño será hasta que le salgan canas?

ESCAPINO.—Un caño so capa... ¿No ves que lo cubre la capa? Lo llamarás telescopio, porque te conviene, nos conviene y me conviene.

POLICHINELA.—Lo primero basta.

ESCAPINO.—Un caño sólo sirve para que pase el agua, y un telescopio puede servir para que pasen monedas y, de paso, para ver la Luna. Créeme que la gente pagará por ver la Luna.

POLICHINELA.—¿No la ve gratis todas las noches?

ESCAPINO.—Nada gratis llama la atención.

POLICHINELA.—Bien; si pagan, me sacrificaré por un amigo y seré tu cobrador.

ESCAPINO.—¡Oh, no! Tengo para ti un cargo mucho más alto. Tú serás la Luna. Más alto no puede ser.

POLICHINELA.—¿Eh? ¿Qué? ¿Yo? ¿La Luna? ¡Nunca he trabajado de eso! Ni siquiera sé hacer un eclipse. ¿Por qué no usas la verdadera, que no cobra nada?

ESCAPINO.—Es muy vieja. Ya no sirve. Por otra parte, se va cuando uno más la necesita. Se cubre de negras nu-

bes, y tú comprenderás que no convienen negras nubes en un brillante negocio.

POLICHINELA.—Pero..., pero..., pero..., pero...

ESCAPINO.—¡Punto en boca! Te vas al otro lado de la pared, acercas la cara al extremo del caño y te quedas quieto. Naturalmente, cara de luna.

POLICHINELA.—Soy muy feo...

ESCAPINO.—¡A las mil maravillas! Desde este momento, son montañas. Debes saber que la Luna tiene montañas... Trabajarás de Luna en cuarto menguante.

POLICHINELA.—Y estos granitos... Tengo tres verrugas.

ESCAPINO.—No te preocupes: ¡casitas en un valle!

POLICHINELA.—Mira que son todo un sarpullido.

ESCAPINO.—Bien; serán una ciudad. ¡Ve presto, amigo Polichinela, que oigo recios pasos como de caballo! Por los pasos, parece buen cliente.

POLICHINELA.—Pero..., pero..., pero..., pero...

ESCAPINO.—¡Pronto! ¡A tu puesto, Luna! (*Se abalanza y descarga dos terribles puñetazos en la cabeza de Polichinela, que se tambalea.*) ¿Comprendes, ahora?

POLICHINELA.—Comprendo... ¡Qué claro veo todo! Pero, ¿dónde estoy? (*Se palpa la cabeza.*) Tengo dos montañas más. Casi una cordillera.

ESCAPINO.—(*Empujándolo.*) ¡Vete al diablo, digo al cielo, digo al telescopio! (*Polichinela pasa al otro lado de la pared y acerca la cara al extremo del caño. Escapino se apresura a ponerse a mirar por el otro extremo.*) ¡Oh, oh! ¡Ah, ah! ¡Quién lo hubiera creído! ¡Es realmente una cara con ojos, nariz, boca y hasta dientes postizos! ¡Maravilloso instrumento! (*Llega por la derecha, paseándose, Patacón; se detiene sorprendido.*) ¡Oh! ¡Ah! Sabíase que era una cara, pero sólo ahora con este maravilloso aparato se ven todos los detalles. Aho-

ra la Luna será cara conocida. Te felicito, genial inventor. (*Se palmotea el pecho.*) ¡Realmente una cara! ¡Parece que habla! ¡Oh, oh! ¡Ah, ah!

PATACON.—(*Con arrogancia, dando un puntapié a Escapino.*) ¡Oye, escarabajo! ¿Qué significan tantos oes y tantos aes si todavía no me has visto?

ESCAPINO.—¡La Luna, señor! ¡Se ve la Luna cara a cara! Parece increíble; pero te juro que se ve la cara a metro y medio. ¡Maravilloso instrumento! ¡Además, cura el resfrío!

PATACON.—(*Arrogante.*) Veamos esa tal Luna de que se habla en el mundo tanto como de mí. ¡Quítate de la Luna!

ESCAPINO.—Si no lo tomas a mal, págame primero, que yo lo tomaré bien.

PATACON.—¡Soy Patacón! (*Con orgullo.*) ¡Nunca he pagado a nadie!

ESCAPINO.—Se trata de una sola moneda de plata...

POLICHINELA.—¡Y otra para mí!

PATACON.—¿Quién habló?

ESCAPINO.—El eco, señor, que todo repite. Repitió el precio. Efectivamente, una sola moneda es muy poco para un aparato que tiene a un lado una cosa tan grande como la Luna, y al otro un señor tan grande como Patacón.

PATACON.—¡Tienes razón! (*Simula pagarle y se aproxima al caño.*) Pero, ¿es verdad que veré la Luna en pleno día?

ESCAPINO.—Mejor que de noche, porque hay más luz.

PATACON.—¡Tienes razón! (*Mirando por el caño.*) ¡Oh, oh, oh!

ESCAPINO.—(*Alarmado.*) Esos oes que pueden convertirse en ayes...

PATACON.—¡Oh! ¡La Luna tiene gorro!

ESCAPINO.—Es un mundo tan frío que no ha de sor-

prenderte que se abrigue... (*Polichinela se quita rápidamente el gorro.*)

PATACON.—¡Oh! ¡Se ha quitado el gorro!

ESCAPINO.—Te ha conocido, Patacón, y te saluda. Hasta ella llegó tu fama.

PATACON.—En verdad que se parece a una cara humana: tiene ojos, nariz y hace por lo menos una semana que no se afeita... ¡Asombroso! Pero yo he visto esta cara en alguna parte...

POLICHINELA.—¿Qué dice? ¿Que me ha visto? ¡Hola! Yo también creo conocerlo.

PATACON.—¡Oh! Parece que habla...

ESCAPINO.—¿Mentí acaso? ¿No te lo dije? Está tan cerca que parece que habla. Pero no hagas caso de habladurías. Obsérvala. Contémplala. Esos ojos son lagos, esa frente es un desierto, esa nariz monstruosa...

POLICHINELA.—¡Ah! ¡Monstruosa!

PATACON.—¿Quién habló?

ESCAPINO.—El eco.

POLICHINELA.—¡El eco, sí, hombre, el eco!

PATACON.—Parece que hablara a sordos.

ESCAPINO.—Es un eco reforzado. Este instrumento aumenta todo. Te decía que esa graciosa nariz es un volcán. ¿Y no ves a un lado cinco prominencias que parecen verrugas?

POLICHINELA.—¡Tres solamente! ¡Mira! (*Hace un movimiento con la cabeza.*)

PATACON.—¡Oh! ¡La veo de perfil! ¡Asombroso!

ESCAPINO.—¿Sí? ¡Ah, sí! En un instante pasó de Luna llena a cuarto menguante. Este aparato acorta el tiempo. Y además, cura el resfrío.

PATACON.—Pues te advierto que visto de cerca el perfil de la Luna es más bien horrible. Parece la caricatura de un truhán que anda por ahí, un tal Polichinela.

POLICHINELA.—¡Caricatura! ¡Truhán!

PATACON.—¿Quién me insulta! ¡Mil bombardas!

ESCAPINO.—¡Oh, no! Es el eco..., habla en sueños.

PATACON.—¡Curioso! ¡Otra vez la Luna llena! La veo de frente. Pero, ahora, ¡qué cara ceñuda! Se diría que parpadea.

ESCAPINO.—Posible... Ha de ser Luna de tormenta. (*Polichinela lanza un formidable estornudo.*)

PATACON.—(*Apartándose bruscamente del instrumento.*) ¡Oh! ¿Y esto?

ESCAPINO.—Sin duda una erupción de la nariz que, según te dije, es un volcán...

PATACON.—(*Estornuda.*) ¡Atchís! ¡Me ha contagiado! ¡Atchís!

ESCAPINO.—¡Te ha contagiado el resfrío! ¡Asombroso instrumento. Estabas demasiado cerca de la Luna. Te lo advertí, a un metro y medio.

PATACON.—Me dijiste que curaba el resfrío.

ESCAPINO.—Y lo repito. Pero el tratamiento es largo. Quince o veinte aplicaciones. ¿Estás conforme?

PATACON.—¡Atchís! ¡Atchís!

ESCAPINO.—Que sí, que sí... Bien; vete pronto a acostar, arrópate bien, toma una tisana y vuelve mañana. (*Empujándolo suavemente lo lleva hacia la derecha.*)

PATACON.—¡Atchís!

ESCAPINO.—¡Sí, sí! De acuerdo.

TELON

# LA TIENDA DE CASACA

*W. Spring.*

*PERSONAJES:*

*PANTALON.*
*ARLEQUIN.*
*CURIOSOS.*

ESCENARIO: Una calle; tres casas; en la del centro, la puerta de un tenducho. Se abre esa puerta y aparece Pantalón.

PANTALON.—Si es verdad que he acabado de despertarme, ese que viene es Arlequín.

ARLEQUIN.—(*Aparece por la derecha.*) ¿Eres tú, Pantalón? (*Silencio de Pantalón.*) ¿Eres tú, Pantalón?

PANTALON.—Debes saber que esta es la primera vez que hablas con don Casaca.

ARLEQUIN.—¡Ah! ¿Ahora eres Casaca? ¿A qué se debe tu elevación?

PANTALON.—¿No lo ves? He abierto un establecimiento. Soy comerciante.

ARLEQUIN.—¡Ah! ¿Esta tienda es tuya?

PANTALON.—No lo sé.

ARLEQUIN.—¿No lo sabes?

PANTALON.—No. Si el dueño no dice nada, haré cuenta que es mía.

ARLEQUIN.—¿Qué vendes?

PANTALON.—No lo sé. Todavía no tengo mercancía ni dinero para adquirirla. Empiezo, pues, con dos grandes ventajas: sin exponer capital y sin una mercancía que puede echarse a perder o que habría que dar al fiado o que pueden robármela. ¡Grandes, grandes ventajas!

ARLEQUIN.—¿Qué tienes, pues, en tu establecimiento?

PANTALON.—Lo principal: el comerciante.

ARLEQUIN.—¿No crees que también son necesarios los clientes?

PANTALON.—¡Magnífica idea! No se me había ocurrido. Pero, ¿dónde encontrar un cliente? Aunque fuera medio cliente. Lo bastante para desayunarme.

ARLEQUIN.—(*Dándose una palmada en el pecho.*) ¡Aquí! Te lo explicaré. Pero, entremos: estas cosas hay que hablarlas entre cuatro paredes.

(*Entran y cierran la puerta. Un momento después y reaparecen gesticulando y hablando con gran animación. En ese instante llegan dos curiosos, dos campesinos, cada uno con una cesta llena de hortalizas, y se detienen para ver y escuchar a los compinches*).

ARLEQUIN.—¡Sí! ¡Sí! ¿Cómo he de olvidarlo si es lo principal? Espolvorearlo con pimienta y canela a la luz de la luna nueva y decir siete veces triquitraca y tres veces tracatrí... Siete triquitracas..., tres tracatrís..., luna nueva..., pimienta y canela... ¡Gracias, gracias, don Casaca! Ahora dormiré tranquilo. Todos mis ahorros vendrán a parar aquí. ¡Es el secreto con que he soñado toda mi vida!

PANTALON.—Pero, ¡cuidado! No olvides que la clave del secreto es sólo para ti. Si lo revelaras a otra persona, mis poderosos medios de encantamiento impedirán la transformación de la mercancía y te quedarás sin nada.

ARLEQUIN.—Sí; ya lo sé. ¡Gracias, señor Casaca! ¡Este es el día más feliz de mi vida!

(*Entretanto han llegado otros curiosos que forman un grupo. Arlequín se retira atravesando el grupo y simulando llevar algo cuidadosamente con los brazos cruzados sobre el pecho. Dirigiéndose a los curiosos*):

ARLEQUIN.—¿Qué llevo?

CURIOSOS.—Nada.

ARLEQUIN.—¡Ah! ¡Muy bien! ¡Ahora estoy seguro! ¡Ahora sé que es cierto! Hoy empieza mi fortuna. (*Sale: desde fuera, grita:*) ¡Muchas gracias, señor Casaca! (*Se aleja canturreando alegremente.*)

PANTALON.—(*Como hablando consigo mismo.*) Se va demasiado contento... ¡Hum! Eso no me gusta... Semejante contento me inquieta... Desde el primer momento me pareció que ese individuo sabía más que yo... No sé por qué, tengo la sospecha de que él estaba vendiendo la mercancía que le vendía. En ese caso he hecho un mal negocio... (*Animándose, con acento afligido.*) ¡En ese caso me ha engañado, y decididamente voy a la ruina! ¡A la ruina completa! (*Ademanes de desesperación.*)

UN CURIOSO.—¿Qué le ocurre, buen hombre?

PANTALON.—Ante todo, no soy un buen hombre. Soy el gran Casaca, descubridor y dueño de un ansiado secreto que exploto para bien de la humanidad.

CURIOSOS.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

PANTALON.—Sí; asómbrense. Es lo mejor que pueden hacer.

UN CURIOSO.—¿Te han robado el secreto?

PANTALON.—¡Peor! Temo que ese pillastre posea un contrasecreto. No puedo explicarles a ustedes cosas tan im-

portantes. Pero se las explicaré. Vendí a ese individuo dos pañuelos por dos monedas de plata y otras dos monedas en pago del secreto. Pero ese individuo se iba demasiado contento. Sospecho, por eso, que se ha llevado, en vez de dos pañuelos, dos mantones de la China, que valen cuarenta monedas de oro.

UN CURIOSO.—Pero, ¿cómo? ¿No veías tú lo que le dabas?

PANTALON.—¡Imposible! ¡Ay! ¡Lo que debía ser la fuente de mi riqueza viene a ser el motivo de mi ruina! Toda la mercancía de mi tienda es invisible.

VOCES.—¿Invisibles?

PANTALON.—Naturalmente, y ese es el gran secreto. Por supuesto que antes de convertirla en invisible coloqué la mercancía, según la clase, en determinados estantes: aquí el brocato, allá la cachemira y en aquel rincón los recamados de plata. Pero ese pícaro me distrajo dándome charla y seguramente en vez de pañuelos le he dado mantones que, lo recuerdo bien, había puesto en el estante vecino al de los pañuelos. ¡Qué pérdida, qué pérdida!

UN CURIOSO.—Fácil te será comprobar si te faltan los mantones; vuelve a convertir en visible lo invisible.

PANTALON.—No puedo todavía..., hasta..., la luna llena. ¡Ah, ya dije parte del secreto! No me obliguen a decir más. Mis palabras valen mucho dinero. ¡Ay de mí! ¡No he de quedarme en este pueblo un día más! Liquidaré el negocio. Tiraré esta riquísima mercancía por lo que quieran dar. ¡Es una pena: artículos tan preciosos!...

UN CURIOSO.—¿Para qué sirve un objeto que no se puede ver?

PANTALON.—¡Ah, cabeza de corcho! ¡Para que no te lo roben! Ahora mismo puedes tú llevarte a tu casa un manto guarnecido de perlas y pasar sin peligro entre los

bandoleros y luego dormir tranquilo con las puertas abiertas sin temor que nadie te quite el traje más lujoso del mundo.

VOCES.—Tiene razón.

EL CURIOSO.—Sí; pero cuando necesite el traje para ponérmelo...

PANTALON.—¡Vaya el inconveniente! Lo haces visible y ya está. Naturalmente, para eso se necesita conocer un secreto que... cobraré bien, porque tiene siempre incalculable valor. (*Uno de los campesinos, en voz baja a los otros.*) ¡No! No le compren el secreto. Nosotros lo sabemos.

CAMPESINO 2.o—(*En voz baja.*) Sí y lo daremos gratis. Triquitraca, pimienta y canela, luna nueva. (*Dirigiéndose a Pantalón.*) ¿Y qué tiene para vender? Veamos. (*Los curiosos se agrupan cerca de la puerta.*)

PANTALON.—Nada de "veamos". El mérito está en no ver. ¿Cuánto tienes? Eso sí, veamos.

CAMPESINO 2.o—Por ahora no traje más que estas tres monedas de plata; pero en casa...

PANTALON.—¡Pronto el negocio! Colgada allí tengo unas botas rojas con borlas verdes. Valen veinte monedas, pero te las daré por tres. Y en aquel rincón, aquella colcha que tiene bordadas grullas y peonías. Vale achenta monedas. Rebajaré el precio...

CAMPESINO 2.o—Si vale más y me las das por tres...

PANTALON.—¡Voy a la ruina! Pero, en fin, ¡llévala! (*Entra en la tienda, vuelve a salir y simula entregar al Campesino 2.o algo que éste recibe con los brazos extendidos.*) Y por el secreto te cobraré otras tres monedas a condición de que no lo reveles a nadie.

CAMPESINO 2.o— ¡Bah! Lo compraré otra vez, o en tal caso me pasaré sin él.

PANTALON.—¡Pasarte sin él! ¡Oh! ¿Ignoras que sin

el secreto no podrás hacer visible esa espléndida colcha? Será como si no la tuvieras.

CAMPESINO 2.o—(*Despectivamente.*) No te preocupes. Yo me arreglaré. (*Se aproxima al campesino* 1.o *y le habla al oído.*)

CAMPESINO 1.o—(*Adelantándose.*) Te compraría algo, pero no traigo dinero. Si aceptaras como pago esta cesta de hortalizas, y la de mi amigo.

PANTALON.—¡Hum!... Bien; quiero irme de una vez de este pueblo. Tengo una alfombra que vale no dos cestas, sino dos mercados de hortalizas.

CAMPESINO 1.o—No sé qué es una alfombra; pero si dices que vale tanto y me la das tan barato...

PANTALON.—¡Déjame las cestas! (*Entra y reaparece agobiado como si trajera algo muy pesado.*) No hay en esta comarca palacio que tenga una alfombra como ésta. Acércate. (*Deja caer pesadamente las manos sobre un hombro del campesino* 1.o, *que se queda inclinado como si cargara un gran peso. El campesino* 2.o, *siempre con los brazos extendidos, habla en secreto con los otros curiosos. Uno de ellos se adelanta.*)

CURIOSO.—Aguardaos. Iremos a casa a buscar con qué comprar tu mercancía.

PANTALON.—Me quedan mantas bordadas y gorros de piel con bellotas de oro. Tengo aún muchas cosas.

CURIOSO.—No las vendas. Aguárdame. ¿Aceptas animales en vez de dinero, o coles?

PANTALON.—Sólo un caballo que corra mucho. Pero será mejor que vuelva mañana. Voy a cerrar.

VOCES.—¡No cierres! ¡No tardaremos!

PANTALON.—¡Lo dicho, dicho! (*Entra y cierra la puerta; los curiosos se retiran; al cabo de un momento Pantalón entreabre la puerta y da un silbido; Arlequín llega corriendo.*)

PANTALON.—(*Saliendo.*) Es la primera vez que realizo un negocio sin que acabe en palos y chichones.

ARLEQUIN.—Lo mismo digo: la primera vez. Mientras vendías ricas telas que no se veían recios palos. Este feliz resultado es un milagro.

PANTALON.—¿Sabes por qué? Porque esta gente, a la que engañamos, a su vez, pensaba en engañarnos. Y... mano a mano, no merece palos...

ARLEQUIN.—Lo creeré cuando pase la luna nueva con pimienta y canela.

TELON

# III

# Teatro Libre

---

## LA TRIBU DE TUPALCAPE

*Pieza en un acto.*

*Ramón García Guidice.*

*PERSONAJES*:

*LUIS*: (*Niño de* 11 *años.*) *Espíritu enérgico y brillante. Muestra ya condiciones de líder.*
*JUAN*: (*Niño de* 11 *años.*).
*PEDRO*: (*Niño de* 10 *años.*)
*RAMON*: (*Niño de* 9 *años.*)
*VICENTE*: (*Niño de* 8 *años.*)
*TITO*: (*Niño de* 7 *años.*)
*MARIANO*: (*Niño de* 11 *años.*) *Este personaje debe dar la impresión del niño que ha sufrido mucho. Sus gestos son tímidos como los de aquellos seres que viven atemorizados por alguien.*

*Varios niños más de distintas edades y tipos.*

(*Todos los personajes son niños de un barrio proletario de la ciudad. Van pobremente vestidos cuando llegan a la escena, sus atavíos indígenas son pintorescos, hechos de bolsas viejas pintadas y adornados con plumas de plumero y latas recortadas. Los del Cacique Tupalcapé* (*Luis*) *son especialmente recargados.*)

ESCENARIO.—Interior de un terreno baldío de un barrio proletario de Buenos Aires. Al fondo una tapia medio derruída lo separa de la calle. Allí han construído los protagonistas tres toldos semejantes a los que se suelen ver en las historias de indios, con bolsas viejas y deco-

rados con pintorescos dibujos de colores. Por todos lados divísanse trastos viejos, tachos oxidados y demás desperdicios característicos de los terrenos deshabitados. Es en este lugar donde suele reunirse diariamente la pandilla de niños que se dedica a juegos guerreros y de conquistas indígenas.

Al levantarse el telón el escenario aparece vacío, luego se oyen voces lejanas de niños que se acercan más y más y, por último, llegan corriendo Luis, Juan y Pedro. Los tres se muestran fatigados.

LUIS.—(*Yendo a su carpa, se detiene a la entrada.*)—¡Uf! Creí que nos dejaban en penitencia.

JUAN.—Y casi... casi.

PEDRO.—Y nos salvamos por milagro; pero tú tuviste la culpa. (*Señala a Luis.*)

LUIS.—Fué completamente sin querer. Yo no tuve intención de tirarle a la maestra. Quise pegarle a Ricardo porque se estaba riendo y molestando otra vez a Mariano, la honda se me desvió y zaz, fué a pegar justamente en el pizarrón.

PEDRO.—Di que la maestra es tolerante, que si no quién sabe para cuantos días hubiera tenido penitencia todo el grado.

JUAN.—¿Y por qué se reía Ricardo de Mariano; por lo de siempre?

LUIS.—Por lo de siempre. Hoy tenía moretones en el cuello y eran más grandes que los anteriores. Según me dijo Mariano, el padre se había emborrachado anoche más que de costumbre, y cuando llegó a la casa se puso furioso porque no había más comida.

JUAN.—¿No la había preparado la madre?

PEDRO.—¿Y con qué la iba a preparar? ¿Con nada?

LUIS.—Don Manuel no le da ni un centavo de lo que gana.

JUAN.—De lo poco que gana; porque dicen que hace sólo unas changuitas, porque como es un borrachón ya nadie le quiere dar empleo. Y cuando tiene algunas monedas se va a la fonda y se las gasta en vino y a la casa no lleva nada. Se emborracha de lo lindo y después...

LUIS.—Sí, eso es. Así pasó la otra noche. Al ver que no había comida se enfureció, agarró una escoba y apaleó a la madre hasta desmayarla. Después lo tomó a Mariano por el cuello y le dió tantas sacudidas y bofetones que casi lo mata. Después de ponerlos en ese estado salió a la calle y nadie sabe a dónde ha ido.

JUAN.—Es horrible... Pobre Mariano. Con razón que estaba hoy tan pálido y nervioso.

PEDRO.—Sí. Cuando la maestra le preguntó la lección de Botánica no contestó nada.

LUIS.—Y ella no le reprendió.

PEDRO.—Claro. Porque se dió cuenta de todo. (*Se oyen otras voces de niños en el interior. Llegan Carlos, Vicente, Ramón y Tito. Luego varios chiquilines más.*)

RAMON.—(*A Luis.*)—De la que te salvaste.

CARLOS.—¿Por poquito, eh?

LUIS.—Bueno, basta. La tribu debe vestirse para empezar la tarea.

TITO.—Me imagino que vamos a festejar la escapada de hoy.

LUIS.—Veremos lo que dice el Consejo.

VICENTE.—El Consejo tomará chicha y se bailará la danza sagrada. (*Empieza a obscurecer.*)

LUIS.—Hoy va a obscurecer pronto, antes de la siete. Tú, Ramón, serás el encargado de encender el fuego sagrado.

RAMON.—(*Protestando.*) ¿Otra vez yo? ¿Por qué?

LUIS.—(*Enfáticamente.*) Os lo ordena vuestro cacique. Obedeced.

RAMON.—Está bien (*Sale. El resto de los chicos va a los toldos y entran en ellos a fin de vestirse con las prendas indias. En el ínterin entra Mariano, lenta y tímidamente. Permanece esperando un momento, observa todo con atención y curiosidad sin moverse del lugar donde aguarda. Luego sale el Gran Cacique Tupalcapé.*)

LUIS.—Mariano. ¿Qué hacés por acá?

MARIANO.—(*Tímidamente.*) Vine a verlos.

LUIS.—Pero es que no puede venir nadie que no pertezca a la tribu de Tupalcapé.

MARIANO.—Ya lo sé. Pero... hoy no me vas a echar. Quiero pedirles un favor.

LUIS.—Se consultará al Consejo, y si te admiten ellos, yo acepto. (*La obscuridad se hace cada vez mayor. Luis llama:*) Hijo de la Sierra. Hijo de la Sierra. Venid Pronto. Hace falta fuego y luz.

RAMON.—(*De adentro.*) Ya voy, ¡oh Tupalcapé! (*Entra.*) Ya estoy aquí. La sequía ha sido grande este año y hay poca vegetación. (*Deposita las ramas y se sorprende al ver a Marianito.*) Marianito.

LUIS.—(*Severamente.*) Id a vestiros, Hijo de la Sierra. (*Ramón saluda y entra en uno de los toldos. Luis llama.*) Viento Blanco. (*Juan sale del toldo con un pintoresco atavío indígena y saluda.*) Encended la hoguera sagrada. (*Juan al ver a Mariano, le guiña un ojo haciéndole una señal amistosa y comienza a hacer un montoncito de leñas en el centro del escenario. Todos sus gestos descontorsionados y grotescos hacen ver una burda imitación de un ritual exótico. A medida que enciende el fuego van saliendo de los toldos todos los otros indios y acomodan los trastos viejos para construir el trono donde ha de sentarse el cacique. Todos los gestos y actitudes son*

*cómicos y solemnes en extremo. El trono debe tomar por último una apariencia ridícula y risible. El fuego se ha encendido y las sombras de la tarde son cada vez más profundas. Toda la acción anterior se ha desarrollado en silencio y con gran solemnidad; Luis y Mariano han permanecido a un lado observando la tarea. Terminados los preparativos, el Cacique taña un instrumento de percusión improvisado con una cacerola vieja. Los súbditos se apartan a un lado y se ordenan en fila y en semicírculo a fin de oír las órdenes que se van a impartir.)* Trusca Yusca.

TODOS.—(*Levantan las manos, giran sobre sí mismos y cantan para iniciar la sesión.*)

Trusca Yusca
Impa Huasa
Alpa, Alpa
Pacha Mama Hui...i...i...

LUIS.—Bebed la chicha, la bebida que da fuerza y bríos y ansias de guerra. (*Eleva en alto una ánfora pintarrajeada, bebe él primero con gran solemnidad, luego gira sobre sí mismo y grita:*) Hui... i... i... (*Alcanza el recipiente a Carlos, el cual repite la misma operación, y así siguiendo uno por uno hasta que todos han bebido, excepto Mariano, que no lo hace por no pertenecer a la tribu. Mientras esto se efectúa, los demás cantan:*)

Trusca Yusca
Impa Huasa
Alpa, Alpa
Pacha Mama Hui...i...i...

(*Terminado el rito se hace un silencio.*)

LUIS.—(*Solemnemente.*) Hijos del Sol. Ha llegado a nosotros un hijo de la tribu del otro lado de la montaña (*Señala el paredón del fondo*) y pide que le permitáis permanecer en esta reunión de Tupalcapé. Os pregunto: ¿Le permitís?

TODOS.—Hui... i... i... (*Comienza la danza alrededor del fuego, acompasada danza ritual que debe ser acompañada por violín, flauta y un instrumento de percusión—Tamboril o caja incaica—que puede ser ejecutado por uno de los indios en la escena para dar mayor realismo al juego teatral. Luis se dirige, mientras tanto, al trono, acompañado de Mariano. Terminada la danza, con el grito "Hui... i... i...", los indios se sientan en semicírculo, dando las espaldas al público, y Luis permanece sentado en el trono con Mariano de pie a su lado.*)

LUIS.—(*Poniéndose de pie.*)—Hijos del Sol. Tengo que informar que con el dinero ahorrado por todos vosotros en estos últimos meses se ha comprado ayer un uniforme al indio Pluma Blanca. Así hoy ha podido trabajar de chocolatinero en el cine de la calle Tortosa. La mamá vino a verme ayer y está muy agradecida por lo que hemos hecho por ellos y dice que en cuanto Pluma Blanca gane lo bastante nos devolverán el dinero. ¿Lo aceptaremos de vuelta?

TODOS.—(*Levantando las manos.*) Hui... i... i...

LUIS.—Tupalcapé está orgulloso de vosotros, porque la tribu no quiere hacer limosnas, ya que ella es una vergüenza, porque rebaja al que la recibe, sino que quiere mostrar un amplio espíritu de solidaridad, cooperación y ayuda para la sociedad, y sobre todo para aquéllos que no poseen nada. Por eso dimos nuestro dinero como préstamo y no como limosna.

TODOS.—(*Con las manos en alto y en manifestación de alegría.*) Hui... i... i...

LUIS.—Y ahora vos. (*A Mariano.*) Hombre de las llanuras más allá de las montañas, (*señala la tapia*) ¿qué queréis de nosotros?

MARIANO.—(*Cohibido y saliéndose de las normas del ritual, que desconoce.*)—Yo vengo a pedirles ayuda. Tú, sabes, Luis, que papá se emborracha todas las noches. En mi casa no

hay nada para comer porque él se gasta la plata en vino. Viene borracho y enfurecido, la golpea a mamá y después a mí. Por mí no me importa, porque ya estoy acostumbrado, pero mamá se queda toda la noche tendida en el suelo, llorando. Anoche nos pegó mucho y después se fué. No sabemos dónde estará, pero seguro que esta noche volverá y nos matará a palos. Ya hemos pedido ayuda a alguna gente, pero nadie nos hace caso porque le tienen miedo a papá. Yo quiero pedirles a ustedes que me ayuden ahora.

LUIS.—Para eso estamos: para ayudar. Y la tribu de Tupalcapé no tiene miedo a nada. ¿No es así?

TODOS.—Hui... i... i...

MARIANO.—Quiero sacarla a mamá de casa, para que él no la encuentre.

LUIS.—Veamos. (*A la tribu.*) ¿Alguno de vosotros conoce un lugar donde puedan ir Mariano y su mamá hasta tanto se arregla su situación? (*Un silencio y después Ramón se pone de pie.*)

RAMON.—¡Oh soberano Tupalcapé! Yo y el resto de vuestra tribu estamos siempre listos para ayudar a nuestros compañeros sociales. En mi casa podrán estar por algunos días. Estoy seguro de que mis padres no se negarán a ello.

LUIS.— Orgulloso estoy de vosotros. Iréis, pues, con el hombre de las llanuras más allá de las mon... (*En este momento cae una piedra en el centro del escenario, que ha sido arrojada del otro lado de la tapia, y se sienten los rezongos de un hombre ebrio. Todos se ponen de pie y miran hacia el lugar de donde provino la piedra.*)

VOZ INTERNA DE HOMBRE EBRIO.—Atorran... tes... Les... voy... a... dar... yo...

MARIANO.—(*Asustado.*) ¡¡Papá!!... ¡¡borracho otra vez!!...

VOZ INTERNA.—Los... voy... a ... matar... a... todos. (*Cae otra piedra.*)

LUIS.—(*Con decisión de líder.*) ¡Ramón: vete con Mariano a la casa de él y llévate a la mamá a tu casa! ¡¡Pronto!! (*Salen corriendo Ramón y Mariano. A los demás:*) Nosotros vamos a atajar al borracho para que no llegue a la casa. (*Salen todos.*)

(*Detrás del tapial se oye un griterío, las voces del borracho imprecando, después un silbato de agente de policía y más tarde un grito de niño provocado por un dolor. Después silencio. Entran, luego de un momento, los niños, trayendo a Vicente herido en la frente. Lo sientan en el trono.*)

LUIS.—Pronto... el botiquín. (*Algunos van a los toldos y vuelven con la caja de primeros auxilios. Empieza la cura.*)

JUAN.—¡¡Qué pedrada!!

PEDRO.—Estaba furioso.

LUIS.—Bueno, ya se lo llevó el vigilante. Esta noche, por lo menos Mariano y su mamá dormirán tranquilos.

PEDRO.—¡¡Lo que hace el alcohol!!

JUAN.—Pierde la cabeza completamente.

LUIS.—El padre de Mariano era un buen hombre hasta que tomó ese vicio. Todos vivieron felices hasta entonces.

TITO.— Trabajaba en la fábrica de alpargatas y dicen que era un obrero muy bueno. Después lo despidieron porque se peleaba con todos los compañeros de trabajo.

PEDRO.—¡Hasta donde ha llegado hoy!...

CARLOS.—(*A Vicente.*) ¿Cómo estás?

VICENTE.—Bien. No ha sido casi nada. (*Baja del trono con la cabeza vendada.*)

JUAN.—Bueno, vamos a casa.

LUIS.—No, todavía no. La tribu sigue reunida. (*Toman sus posiciones anteriores. Luis, en el trono, sentado; luego se*

*pone de pie. Solemnemente.*) Tribu de Tupalcapé. Ha sido hoy un gran día para esta sociedad de indios. Desde hoy Mariano y su mamá empezarán a ser felices nuevamente, porque nosotros trataremos de que lo sean. Hay que internar al padre en uno de esos hospitales para que le quiten ese horrible vicio.

TITO.—El doctor González trabaja en uno de esos hospitales. El nos puede ayudar.

LUIS.—Vos os encargaréis de ello.

(*Tito saluda ampulosamente acatando la orden.*)

VICENTE.—(*De pie.*)—¡Oh soberano Tupalcapé! Por la herida que recibí tengo derecho a pediros una cosa.

LUIS.—Así es. Pedid.

VICENTE.—Quiero pediros que admitáis en nuestra tribu al hombre de la llanura más allá de la montaña.

LUIS.—Tribu: ¿aceptáis?

TODOS.—(*Con los brazos en alto.*)—Hui... i... i...

LUIS.—Mañana haremos la fiesta para aceptarlo.

JUAN.—Propongo que lo llamemos Vuelo de Aguila.

LUIS.—Tribu: ¿aceptáis?

TODOS.—(*Con los brazos en alto.*)—Hui... i... i...

LUIS.—Mañana habrá fiestas.

PEDRO.—Bailaremos la danza de Pacha Mama y después tomaremos la chicha de la alegría y la amistad.

LUIS.—¡¡No!! No habrá chicha nunca más para esta tribu. La chicha es una bebida alcohólica y ya hemos visto hoy las tragedias que trae el alcoholismo.

PEDRO.—(*En tono de mofa.*)—Pero si la chicha que tomamos nosotros es agua.

LUIS.—No importa. Decíamos que era chicha y entonces... era chicha. Desde hoy yo, Tupalcapé, decreto que será penado con diez azotes todo indio que no combata el uso de ese veneno que se llama alcohol.

JUAN.—¿Y con qué brindaremos a partir de hoy?

LUIS.—Con agua y miel. Y llevaremos al mundo nuestro lema: GUERRA AL ALCOHOL. Ahora destruíd las ánforas de chicha.

(*Comienza la música, los indios empiezan a bailar alrededor del fuego una danza salvaje, toman el ánfora y con solemnidad la rompen. Gritan y cantan. Luis de pie en el trono, contempla con aire satisfecho la fiesta, levanta los brazos en alto mientras cae muy lentamente el TELON.*)

---

# LA CASA GRANDE

*(Diálogo en un cuadro)*

*Blanca Dalla Torre Vicuña.*

*El niño realiza lo total ante el mundo; por eso el niño es bueno. Cuando deja de serlo, es porque ya lo han deformado los grandes.*

*PERSONAJES:*

*ABUELO.*
*NIETO.*

ESCENA.—El abuelo está leyendo. La luz alumbra el escritorio y parte de la habitación. Anochece. El nene mira estampas, figuras, revistas, etc. Tendrá un álbum voluminoso sobre el escritorio. Las estampas son de la guerra. El nene inquiere:

EL NENE.—Abuelito, estos dibujos ¿qué son?

EI ABUELITO.—(*Prestando atención.*) No son dibujos, son fotografías.

EL NENE.— ¿Y esos nenes? ¿Qué les pasa? ¿Por qué están tristes?...

EL ABUELO.—Porque el enemigo ha venido a esa aldea y huyen todos los que habitan en ella.

EL NENE.—¡Qué feo, abuelito! ¿Y quiénes son esas señoras que van con los nenes esos?...

EL ABUELO.—(*Tomando más interés por las fotografías, se acerca a la mesa, se acomoda los anteojos y, conjuntamente con el niño, examina el álbum. Las dos cabezas se unen para mirar las fotografías.*)

EL ABUELO.—(*Con mucha curiosidad.*)—¿A cuáles te refieres?

EL NENE.—A estas, abuelito. ¿Ves? Estos nenes, ¿van con sus mamás o son otras señoras?

EL ABUELO.—(*Con más interés y mirando fijamente las fotografías.*) Esas parecen ser las mamás. Espera, voy a leer lo que dice: "Bombardeo de una aldea en China. Los enemigos en las horas de la madrugada han tomado la aldea. Los habitantes huyen para salvarse. Madres, mujeres y niños corren en busca de refugio."

EL NENE.—Explícame bien, abuelito. No te distraigas mirando las otras fotografías.

EL ABUELO.—(*Abstraído, sigue leyendo.*)

EL NENE.—Abuelito... (*Le tironea la manga del saco.*) Abuelito...

EL ABUELO.—(*Rezongando.*)—Espera, hijo mío. Espera un momento.

EL NENE.—(*Espera un instante y comienza a impacientarse. Se le acerca más al abuelo y decididamente participa en la lectura.*)

—¡Ooooh!.. abuelito, mira: hasta las casas están completamente rotas. ¡Pobrecitos! ¿Y dónde van esos nenes con sus mamás?

EL ABUELO.—(*Melancólico.*) —¡Quién sabe!...

EL NENE.—¿Cómo, abuelito? ¿Entonces se quedan sin nada de casa?

EL ABUELO.—Sí, mi nieto. Los soldados enemigos han invadido la aldea y han bombardeado las casas. ¿No ves que no queda ninguna en pie?...

EL NENE.—(*Con mucha tristeza.*) —¡¡Qué malos son los soldados!!... Yo no los quiero... ¿Y por qué hacen eso, abuelito?...

EL ABUELO.—Nene, los soldados no son malos; ellos tienen que cumplir las órdenes.

EL NENE.—¿Cómo? ¿Las órdenes?

EL ABUELO.—Sí, hijito. Los soldados de otro país, enemigos de éstos, han mandado que destruyan esta aldea que estamos mirando. Los soldados no son malos, hijo mío, ellos cumplen con su deber: ¡matar!

EL NENE.—¡¿Matar?! ¡Ooooh! ¡Qué feo!

EL ABUELO.—Sí, matar; esa es la única misión del soldado: matar...

EL NENE.—(*Animado por la charla, se le acerca. El abuelo deja de mirar las fotografías y se dispone a conversar con su nieto.*) ¡Cómo, abuelito! ¡¿Que matar es un deber?!

EL ABUELO.—Cuando hay guerra, sí es un deber.

EL NENE.—Y entonces, ¿por qué llevaron preso a aquel hombre que mató a su mujer? ¿Te acuerdas, abuelito? ¿Te acuerdas cuando lo vimos en el diario?

EL ABUELO.—(*Ríe complacido.*) —¡Qué nene este! Todo lo quiere saber. (*Le acaricia la cabeza.*) (*El nene, con los ojos brillantes y entusiasmado por la conversación, quiere seguir otra serie de preguntas. El abuelo se ha quedado pensando.*)

EL NENE.—(*Con insistencia.*) —Abuelito, entonces ¿todos, todos los nenes de esa aldea se han quedado sin nada, pero sin nada de casa?... ¡Ooooh! Y entonces, ¿dónde van a comer y a dormir?

EL ABUELO.—(*Pensativo.*) —Eso nadie lo sabe. Comerán donde puedan y dormirán donde los encuentre la noche.

EL NENE.—(*Con evidente preocupación.*)—¡¡Pobrecitos!!... Qué malos son con esos nenes... ¡Pobrecitos!...

(*Se queda un rato pensativo y después empieza a lloriquear.*) Abuelito. yo no quiero que haya guerra... ¡Yo no quiero a la guerra!

EL ABUELO.—Así es, hijito. ¿Pero qué le vamos a hacer?

EL NENE.—Cómo, abuelito, ¿Y no se podría hacer algo para que no mataran a tantos nenes y mamás?

EL ABUELO.—Oh, eso es muy difícil... El mundo está cada día más loco. Los pueblos se dividen, luchan, se odian y hacen guerra por cualquier cosa.

EL NENE.—(*Empezando a comprender.*) ¡Aaah!... Ahora sí comprendo, abuelito... Ahora sí...

(*El abuelo se quita los anteojos, saca su pipa, la llena de tabaco, la enciende y empieza a fumar.*)

EL NENE.—(*Siempre en el mismo tema.*) Abuelito, yo no quiero que el mundo pelee... yo no quierooo...

EL ABUELO.—Eso no puede evitarse, hijo mío.

EL NENE.—(*Con angustia.*)—¿Por qué, abuelito?

EL ABUELO.—(*Con escepticismo.*)Porque pedir eso, es pedir algo imposible...

EL NENE.—(*Se ha quedado pensativo. A los pocos minutos, con un gesto resolutivo, dice.*) Cuando yo sea grande, no voy a pelear nunca, pero nunca, nunca, nunca, aunque haya guerra.

EL ABUELO.—Y si te dan un fusil, un uniforme y te obligan a que vayas, ¿qué vas a hacer?...

EL NENE.—(*Con decisión.*) ¡¡No iré, no iré y no iré!! (*Alzando los hombros con gesto despectivo.*) ¡Qué me importa que me manden!...

EL ABUELO.—(*Sonriendo con escepticismo.*) Es que no van a consultarte, tendrás que ir a la fuerza...

EL NENE.—(*Con más energía.*) Es que yo no iré, no iré y no iré. (*Con alegría inteligente.*) Mira: cuando sepa que

va haber guerra, me voy a disparar lejos... (*con los ojos soñadores,*) pero bien lejos... (*Haciendo ademán con el brazo.*) ¡Pero bien lejos!...

EL ABUELO.—(*Riendo.*) ¡Qué nene éste!...

EL NENE.—(*No escuchando lo que dice el abuelo y con gesto soñador.*) Mira: me voy a ir a una parte donde no haya guerra, donde todos, todos, se quieran. (*Con los ojos brillantes por el entusiasmo que va poniendo en la frase.*) ¿Sabes? Y me voy a llevar a todos mis amigos. A todos. A todos, a todos, a toodiitos... ¡qué lindo!! ¿Sabes, abuelito?

EL ABUELO.—(*Fuma, fuma y escucha complacido al nieto.*)

EL NENE.—Abuelito, ¿sabes lo que voy a hacer cuando sea grande? Me voy a comprar una casa grandota, pero bien grandota, bien grandota... así... (*abre los brazos con exageración.*) Y cuando venga la guerra, voy a meter en ella a todos los nenes y mamás que se queden sin casa. (*Con alegría explosiva.*) ¡¡¡Cómo me voy a reír de la guerra y de los soldados!!! (*Saltando con gozo incontenible.*) ¡¡Cómo me voy a reír con todos los nenes cuando huyamos lejos, lejos... y nos escondamos en esa casa grande... grande... ¡¡pero bien grande!!...

(*El abuelo, mientras el niño delira con su CASA GRANDE, fuma, fuma y sonríe. Lentamente va cayendo el TELON.*)

# IV

# Teatro Circo

---

## RADIO FARSA

*(Propaganda para ser transmitida por la radio farsa.)*

*Sabás Aparicio.*

*PERSONAJES:*

*SPEAKER.*

**ACOTACIONES:** La Radio-Farsa tendrá por escena una broadcasting. El personaje que haga de "speaker" ha de ir meticulosamente trajeado. La mímica y la voz han de ser afeminadas. Antes de empezar la función, simulará transmitirla por radio. En los intervalos pasará la propaganda.

*S. A.*

*Avisos comerciales*

Sra.: Si está alta la carne, búsquese una escalera y la baja.

---

Sea patriota: compre trajes marca arpillera y zapatos marca alpargata; encontrará estos artículos en la Farmacia Curalotodo.

---

*Noticia de Carroza*

Acaba de fallecer el hombre más bueno del Globo terrestre. ¿Saben ustedes lo que ha dejado al morir? Al morir ha dejado nada menos que quince hijos al asilo de huérfanos. ¡Qué amable!

---

*Descubrimiento sin descubrir*

No se sabe todavía si la cebra es un animal negro con rayas blancas o un animal blanco con rayas negras.

---

*Noticias negras*

El carbón ha subido.

---

*Propaganda musical*

Sras, y Sres.: ¿Quieren pasar un domingo alegre y con música? Cómprense un despertador.

---

# LOS GRANDES HOMBRES

(*Diálogo*)

*Sabás Aparicio.*

*PERSONAJES*:

*PULGARCITO.*
*MERENGUE.*

MERENGUE.—Te digo que no.

PULGARCITO.—Te digo que sí. Yo lo vi. En la puerta de la casa decía así: "Aquí murió Sarmiento".

MERENGUE.—Pero es claro. Eso es para recordar que en esa casa murió el célebre educacionista Sarmiento.

PULGARCITO.—Así que ese letrero es para recordar que allí murió Sarmiento.

MERENGUE.—Perfectamente.

PULGARCITO.—También en Chile hay una casa que tiene un letrero que dice: "Aquí nació Vicuña Mackenna".

MERENGUE.—También, para recordar que allí nació el hombre de ciencia don Benjamín Vicuña Mackenna.

PULGARCITO.—¡Ah! En Buenos Aires hay un letrero en otra casa que dice: "Aquí vivió San Martín".

MERENGUE.—También, para recordar que allí vivió el gran conquistador don José de San Martín.

PULGARCITO.—Está bien. Así que el letrero quiere decir que allí vivió José de San Martín.

MERENGUE.—Sí.

PULGARCITO.—Muy bien. También en mi casa hay un letrero que dice...

MERENGUE.—(*Con ironía.*) Ya sé... dirá: "Aquí vive el tonny Pulgarcito"... seguramente.

PULGARCITO.—¡No, hombre!

MERENGUE.—¿Y qué dice, entonces?

PULGARCITO.—Se alquila una pieza por diez pesos...

# PULGARCITO DE PORTERO

*Sabás Aparicio.*

*PERSONAJES:*

*PULGARCITO.*
*CUYANITO.*
*JUAN.*
*LAUREL (Flaco).*
*HARDY (Gordo).*
*BOCHA.*
*JUANA.*
*BERTA.*
*ALICIA.*
*PEDRO.*

CUYANITO.—(*Sale a la escena.*) —Atención señores: vamos a dar una función, pero necesitamos una persona que sea competente para servir de portero. Si hay por ahí alguna persona interesada que tenga el bien de subir aquí. ¿Nadie quiere pasar? A ver tú (*Señalando*) ven acá ¿No quieres? Qué le vamos a hacer, buscaré otra persona. Allá estoy viendo otra persona que parece que va a servir. (*Llamando.*) Venga. ¡Tampoco quiere venir! ¡Qué poco coraje! Allá estoy viendo uno que parece que tiene coraje, mire, a Ud. le hablo, venga. (*Pulgarcito se encuentra sentado en una de las butacas.*)

PULGARCITO.—¿Quién yo?

CUYANITO.—Sí, Ud., tiene cara de cómico.

PULGARCITO.—¿Quién yo?

CUYANITO.—Si usted, he dicho cómico, además. Ud. va a hacer reír a la gente.

PULGARCITO.—Cuidado, cuidado con lo que dice compañero, mire que soy la persona más seria que conozco.

CUYANITO.—Pero si Ud. es un talento.

PULGARCITO.—Bueno, bueno. empiecen ligero la función o me devuelven la plata que ya se me está subiendo la sangre a la cabeza.

CUYANITO.—Pero no sea ignorante amigo. Bueno; yendo al grano venga y mañana lo llevaré a pasear hasta las nubes en vapor.

PULGARCITO.—¡Ah! Entonces sí, acepto. ¡Qué lindo será llegar hasta las nubes en vapor. (*Sube arriba del escenario.*)

CUYANITO.—Buenas tardes.

PULGARCITO.—Buenas tardes.

CUYANITO.—¿Quiere decirme su gracia?

PULGARCITO.—(*Le toma la mano.*) Muchas gracias.

CUYANITO.—Entienda lo que le digo: le he dicho que me diga su gracia.

PULGARCITO.—Muchas gracias.

CUYANITO.—No sea tan pavo.

PULGARCITO.—Ya comprendo. De nada.

CUYANITO.—Su gracia quiere decir su nombre.

PULGARCITO.—Me hubiera dicho más antes. Me llamo Pulgarcito Pocholo, a mis órdenes.

CUYANITO.—Está bien Pocholito.

PULGARCITO.—¿Qué hay que hacer aquí?

CUYANITO.—Lo que tiene que hacer es ponerse en esa puerta y no dejar pasar a nadie que no traiga la entrada correspondiente. Desde ahora usted será el portero. ¿Entiende?

PULGARCITO.—No entiendo... e... s... te... sí... entiendo. Pero, ¿después me llevará en vapor hasta las nubes?

CUYANITO.—Sí hombre, lo llevaré. (*al público*) aunque sea en camilla.

PULGARCITO.—¿Qué dice?

CUYANITO.—Haremos un pequeño ensayo. Supóngase que yo soy una persona del público y quiero entrar, entonces Ud. me ataja y me dice: ¿La entrada correspondiente, señor?

PULGARCITO.—¡Ah, sí comprendo!

CUYANITO.—Atención, prepárese.

PULGARCITO.—Aquí no pasan ni las moscas porque yo soy un portero, con diploma. (*Pasa el empresario sin ser visto por Pulgarcito que se distrae conversando con el público.*)

CUYANITO.—Pero hombre, he pasado y Ud., no me atajó; tiene que atajarme y decirme: ¿La entrada correspondiente, señor?

PULGARCITO.—Me hubiera dicho más antes. Pero, me llevará Ud. en vapor o...

CUYANITO.—Sí hombre; lo llevaré, pero ahora preste atención.

PULGARCITO.—Yo no la presto, la regalo.

CUYANITO.—Déjese de pavadas, ya sabe, tiene que pedirme la entrada correspondiente.

PULGARCITO.—Muy bien; (*al pasar Cuyanito.*) La entrecortada escarbadiente, señor o si no no pasa.

CUYANITO.—Qué entrecortada escarbadiente, hombre, tiene que decir "La entrada correspondiente, señor". Y sea más fino.

PULGARCITO.—Me hubiera dicho más antes.

CUYANITO.—Repítalo otra vez. Ya sabe; sea más fino. (*Pulgarcito se estira.*) ¿Para qué se estira?

PULGARCITO.—¿No me dice usted que sea más fino? Me estiro porque soy grueso y tengo que ser fino.

CUYANITO.—Preste atención cuando yo pase. (*Se prepara el empresario para pasar y lo ataja Pulgarcito.*)

PULGARCITO.—¿La entrecortada escarbadiente, señor?

CUYANITO.—¡Otra vez! Tiene que decir (*Recalcando*) ¿La en-tra-da co-rres-pon-diente, señor?

PULGARCITO.—¡Ah! Ahora sí comprendo.

CUYANITO.—Espero que lo hará bien ¿verdad?

PULGARCITO.—Sí; sí lo haré muy bien.

CUYANITO.—Quédese de portero. Yo me voy porque ya va llegando el público. Sepa conducirse; sea muy amable.

PULGARCITO.—Ahora soy... soy, ¿qué soy? potrero... no... mortero... tampoco... portero.. si eso es, soy portero y al primero que venga tengo que pedirle él... (*haciendo memoria.*) Pedirle el... escarbadiente .. sí, eso es...

PULGARCITO.—¿Adónde va Ud., amigo?

JUAN.—A la confitería.

PULGARCITO.—Si no trae la entrecortada escarbadiente yo lo mando a la farmacia.

JUAN.—¡Qué campeón amigo!

PULGARCITO.—Lo soy hasta de trompo.

JUAN.—¿Quiere jugar un partido?

PULGARCITO.—No: Ud., se va a colar.

JUAN.—¿Colar yo? ¡Qué esperanza!

PULGARCITO.—(*Al público.*) ¡Qué cara de colador que tiene éste...

JUAN.—Jugamos o no.

PULGARCITO.—Si no se cuela acepto.

JUAN.—¡Qué esperanza! Lo que pasa es que usted ya está temblando de miedo...

PULGARCITO.—Bueno, juguemos un partido.

JUAN.—Así me gusta, coloque allí el trompo, cuidado que largo, cuidado.... ¿eh?..(*Se cuela.*)

PULGARCITO.—Pero... ¡Eh! ¿Dónde va? Uno que se me coló. Pero ahora no se me cuela ni uno más. Me pondré a leer: aquí. (*Toma un periódico y lo pone al revés.*) (*Laurel caracterizado de flaco, mientras que el gordo se quedará escondido entre bastidores esperando que el flaco hable.*)

PULGARCITO.—¿Dónde va usted?

LAUREL.—Al cine.

PULGARCITO.—Si no trae el escarbadiente yo lo mando a la asistencia.

LAUREL.—Mire, lea.

PULGARCITO.—(*Lee.*) "Un hombre fué" ¿Conque se quiere colar? Venga acá, Flaco.

LAUREL.—(*Llora*). Ya verá, voy a venir con mi hermano.

PULGARCITO.—¡Fuera! (*Lo saca.*) Soy valiente. Cuando digo que no se me cola ni uno más, lo cumplo, Seguiré leyendo. (*Entra un niño de delantal, se cuela y le grita:*)

BOCHA.—¡Hasta luego, Catalina!

PULGARCITO.—¿Qué? ¿Qué pasó? Otro que se coló; ya no se cuela ni uno más y todavía me dice, hasta luego Catalina. (*Entran Juana, Berta y Alicia, que vienen con una pequeña máquina fotográfica.*)

PULGARCITO.—¿Adónde van Uds?

ALICIA.—Al cine.

PULGARCITO.—Si no traen el escarbadiente no pueden pasar.

JUANA.—¡Oh, qué pose más artística! (*Con burla.*) ¡Qué elegante! (*Continuando la burla de su compañera.*)

BERTA.—¡Oh! Parece Adolphe Menjou.

PULGARCITO.—(*Que se lo ha tomado en serio.*) Sí... Soy Adolfo Menjunge en persona.

ALICIA.—¿Quiere que le saquemos una foto? (*Preparan la máquina.*)

PULGARCITO.—(*Con ridícula vanidad.*) Bueno; ya que son tan exigentes acepto.

JUANA.— Súbase a la silla.

BERTA.—Póngase en pose artística. (*Pulgarcito lo hace mal.*)

ALICIA.—Así no, póngase así (*La chica se sube arriba de la silla en una postura ridículamente coqueta.*) (*Pulgarcito quiere imitarla y vuelve a subirse en la silla. Esta escena tiene que ser muy cómica.*)

JUANA.—Cuando cuente se baja.

PULGARCITO.— Muy bien.

ALICIA.—Una... dos... y... (*Se escapan y se cuelan.*)

PULGARCITO.—(*Al público inocentemente.*) Qué lindo tener que salir a lo Adolfo Menjunge pero... ¿Cómo se demoran en decir tres... diga... quiere... ¡Eh! Dónde van yú yú. Se colaron pero no se me va a colar ninguno más. (*Laurel y Hardy entran.*)

LAUREL.—Mira, Gordo, ese me pegó.

GORDO.—Usted le pegó a mi hermano Laurel ¿Verdad?

PULGARCITO.—Y... o... sí... o... s...

GORDO.—No tirite, conteste a mi pregunta.

PULGARCITO.—Sí... no... ti... ri... to..., te... go... chucho.

GORDO.—Le pegó o no le pegó.

PULGARCITO.—Sí... pero...

GORDO.—Si Ud. le pegó se lo merece... hasta luego (*se cuela.*)

PULGARCITO.—Se coló, y todo por el flaco.

LAUREL.—(*Desesperado ha ido a refugiarse al lado del escenario. Se tapa las orejas porque teme que a su hermano lo maten.*) ¡Lo mata mi hermano a Pulgarcito!...

PULGARCITO.—Conque sí me ha matado ¿eh? Toma

¡paft! (*Lo saca nuevamente del escenario.*) Soy valiente. Yo siempre me impongo; yo no le tengo miedo a nadie. Ahora sí que se me ha subido la sangre a la azotea. Al primero que venga le dejo como picadillo y si no lo hago, que me corten la lengua.

PEDRO.—Un lado amigo.

PULGARCITO.—(*No lo ve*) ¿Un lado? Ya verá, a la una a las dos y las... las... las... e... s... t... e...

PEDRO.—Deme paso.

PULGARCITO.—(*Le hace un ademán y Pedro lo ve.*)

PEDRO.—¿Qué significa eso?

PULGARCITO.—Nada, es que iba a limpiarle el saco.

PEDRO.—¡Déjeme quieto!

PULGARCITO.—¡Pase, sí o no...!

PEDRO.—¡O si no qué!

PULGARCITO.—Nada, le iba a decir que si no pasa estaría afuera todavía... Se coló... Ya sé cual es el mejor medio de que no se cole nadie. Tomaré un palo, me pongo detrás de la puerta, y al primero que venga le derramo la yerba del mate. Ahí se acerca uno... a la una a las dos y...

CUYANITO.—¿Qué está haciendo con ese palo?

PULGARCITO.—E...s... que estaba matando moscas.

CUYANITO.—Cuánto dinero recolectó de las entradas.

PULGARCITO.—Nada, señor.

CUYANITO.—¿Qué dice?

PULGARCITO.—Es que todos se colaron.

CUYANITO.—Razón tenía yo al decir que eras un novicio.

PULGARCITO.—Es que esos tipos parecen embrujados. (*Entra Laurel de fantasma.*)

CUYANITO.—¡¡¡Ay!!! Auxilio... socorro... el brujo...

PULGARCITO.—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! En cuanto dije embrujado salió disparando. Es que es muy novicio todavía... grita, ¡ay! yo no tengo miedo. Soy valiente. Yo nunca grito así. ¡¡¡Ay!!! El brujo. El espíritu de mi tía Pancrasia... (*Se da vuelta y huye.*)

LAUREL.—(*Se saca la sábana.*) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! qué susto les di. Ahora puedo colarme sin permiso.

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

# LOS TRES PARES DE BOTAS

*Sabás Aparicio.*

*PERSONAJES:*

*COCOLICHE (Payaso).*
*MERENGUE (Excéntrico).*
*PULGARCITO (Tony).*

COCOLICHE.—¡Cómo le va mi amigo, Merengue!

MERENGUE.—Aquí andamos, señor Cocoliche. Yo desearía ahora desquitarme de todas las adivinanzas que Ud., me ganó la otra vez.

COCOLICHE.—Perfectamente; hable no más.

MERENGUE.—Muy bien; empezaré. (*Entra Pulgarcito sin ser visto.*)

MERENGUE.—Me podría decir Ud., una palabra que empieza con *un* y termina con *s*.

COCOLICHE.—Unos.

MERENGUE.—No.

COCOLICHE.—Unas.

MERENGUE.—Tampoco.

COCOLICHE.—Ya sé: un disfraz.

MERENGUE.—No.

COCOLICHE.—Entonces qué diablo es.

MERENGUE.— Un par de botas.

PULGARCITO.—Pero hombre, qué tonto, sí empieza con *un* y termina con *s* —un par de botas.

MERENGUE.—Ha visto, señor, Merengue: Pulgarcito es más inteligente que Ud. A ver Pulgarcito vete afuera.

PULGARCITO.—Bueno, me voy.

MERENGUE.—Le diré a Ud., otra adivinanza.

COCOLICHE.—Diga no más.

MERENGUE.—Perfectamente. Una palabra que empieza con *dos* y termina con *s*.

COCOLICHE.—Dos casas.

MERENGUE.—No.

COCOLICHE.—Dos docenas.

MERENGUE.—No.

COCOLICHE.—Dos cuadernos.

MERENGUE.—Tampoco.

COCOLICHE.—Dos mesas.

MERENGUE.—No hombre: tampoco. (*Entra Pulgarcito por atrás.*)

COCOLICHE.—Entonces qué diablo es.

MERENGUE.—Se lo diré. — Dos pares de botas.

PULGARCITO.—Pero claro, hombre, "dos pares de botas" quién no sabe eso empieza con *dos* y termina con *s*, "dos pares de botas". ¡Salga hombre, tan chiquito y tan grandote que no sepa!...

COCOLICHE.—Pero cómo voy a saber si no las he visto nunca.

MERENGUE.—Está comprobado: Pulgarcito es más inteligente que usted.

COCOLICHE.—Es claro. El repite lo que Ud. dice: dígale ahora una adivinanza a él para ver si es tan inteligente como Ud. dice.

MERENGUE.—Muy bien: atención Pulgarcito: una co-

sa ovalada que ponen las aves, la tiras para arriba. cae y se hace una tortilla.

PULGARCITO.—¡Qué fácil! "Tres pares de botas".

MERENGUE.—Tonto— ven para acá. (*Pulgarcito huye y lo siguen Merengue y Cocoliche.*)

# PULGARCITO, ADIVINO

*Sabás Aparicio.*

*PERSONAJES:*

*PULGARCITO* (*Tony.*)
*MERENGUE.* (*Payaso.*)

MERENGUE.—¿Qué te pasa Pulgarcito?

PULGARCITO.—Es que pienso irme.

MERENGUE.—¿Y por qué?

PULGARCITO.—Es que yo ya sé muchas cosas. Me voy a ir en jira.

MERENGUE.—¿Y qué sabes?

PULGARCITO.—¡Uff! Yo puedo hacer desaparecer diez centavos, veinte centavos, etc. Sé también adivinar el destino.

MERENGUE.—¿El qué?...

PULGARCITO.—¡El destino!

MERENGUE.—Y qué sabes hacer tú para adivinar el destino.

PULGARCITO.—¡Uff! Yo sé mucho. Sé adivinar lo que tú has sido, lo que eres y lo que serás.

MERENGUE.—Me gustaría saber lo que voy a ser.

PULGARCITO.—Perfectamente. pero yo cobro adelantado.

MERENGUE.—¿Cuánto me cobrarás?

PULGARCITO.—Cien pesos.

MERENGUE.—(*Asustado*) ¡Qué bárbaro! ¿No me puedes hacer una rebajita?

PULGARCITO.—Bueno, te haré una rebajita. Te cobraré cinco pesos.

MERENGUE.—Perfectamente. ¿Qué debo hacer?

PULGARCITO.—Tú tienes que hacer lo que haga yo.

MERENGUE.—Perfectamente.

PULGARCITO.—Bueno. No tienes nada más que dar un paso al frente y decir: "¡Oh, Dios, mío, cuál será mi destino!..." (*Lo hace.*)

MERENGUE.—Lo haré. ¡Oh, Dios mío, cuál será mi destino!

PULGARCITO.—¡No, hombre, así no! Tienes que hacerlo con más sentimiento. ¡Así! ¡Oh, Dios mío, cuál será mi destino!...

MERENGUE.—Ahora comprendo. ¡Oh, Dios mío, cuál será mi destino!...

PULGARCITO.—Tampoco. Fíjate cómo lo hago yo. ¡Oh, Dios mío, cuál será mi destino!!!

MERENGUE.— (*Con mucho énfasis.*) ¡Ah! Ahora sí que lo sé. (*Gritando.*) ¡¡Oh, Dios mío, cuál será mi destino!!...

PULGARCITO.—Comer porotos a la parrilla. (*Se escapa.*)

MERENGUE.—¡Vení acá, sinvergüenza! (*Lo corre.*)

TELON

# LA HERENCIA DE LA TIA

*Eduardo Martín.*

*PERSONAJES:*

*PULGARCITO.* (*Tony.*)
*CUYANITO* (*Excéntrico.*)
*COCOLICHE* (*Payaso.*)

ESCENA: Una sala modestamente arreglada.

CUYANITO.—(*Arreglando la habitación.*) Hoy experimento en mi cuerpo una extraña alegría, por lo cual se ve que voy a recibir una buena noticia.

PULGARCITO.—(*Entra precipitadamente.*) ¡Cuyanitooo, Cuyanitooo!... ¡Ah!, estás aquí. Tanto tiempo que te andaba encontrando y no te podía buscar...

CUYANITO.—¿Me andabas buscando y no me podías encontrar?

PULGARCITO.—Eso mismo; para mí, buscar y encontrar es la misma cosa.

CUYANITO.—Bueno, vamos al grano. ¿Cuál es el motivo por el que me andabas buscando?

PULGARCITO.—(*Riendo.*) ¿No sabes, para qué? ¿No sabes? Te traigo una noticia importantísima.

CUYANITO.—(*Asombrado.*) ¿Importantísima, dices? A ver. ¿Cuál es la noticia?

PULGARCITO.—¿Quieres saber la noticia? ¡Mira, te lo voy a decir; traigo un telemagra.

CUYANITO.—(*Asombrado.*) ¡Un telegrama!, querrás decir...

PULGARCITO.—Sí, eso es; un telemagra.

CUYANITO.—No, un telegrama. A ver, repite:

PULGARCITO.—Un telemagra.

CUYANITO.—Di despacio: te... te... te...

PULGARCITO.—Te... te... te... te con leche, pan y manteca para uno.

CUYANITO.—(*Fastidiado.*) ¡Pero, no!... Repite ligero, telegrama.

PULGARCITO.—Ligero telemagra...

CUYANITO.—Pero, ¿no puedes decir telegrama?

PULGARCITO.—Yo no puedo decir telegrama.

CUYANITO.—¿Y cómo lo has dicho ahora?

PULGARCITO.—¡Lo dije! ¡Lo dije!

CUYANITO.—¡Sí!

PULGARCITO.—Entonces no me he dado cuenta.

CUYANITO.—Bueno; dejémonos de pavadas y dame rápido el telegrama, que estoy impaciente por saber la noticia.

PULGARCITO.—¡Ah!, sí, aquí está. (*Mete una mano en uno de los bolsillos; la extrae vacía. Gestos de desagrado de Cuyanito.*)

CUYANITO.—¡Pero cómo! ¿Lo has perdido? ¿Dónde está? Rápido, que estoy ansioso por leerlo.

PULGARCITO.—(*Vuelve a meter la mano en el bolsillo y encuentra el telegrama.*) Aquí está, lo encontré. (*Se lo pasa a Cuyanito.*)

CUYANITO.—(*Toma el telegrama y ansioso intenta leerlo. Se dirige a un costado, mira el telegrama y empieza a llorar. Pulgarcito, al ver que Cuyanito llora, se asombra.*)

PULGARCITO.—(*Llorando.*) ¿Qué te pasa, Cuyanito? ¿Se te han perdido diez centavos?

CUYANITO.—(*Llorando.*) Algo peor.

PULGARCITO.—(*Sigue llorando.*) ¿Has perdido el ómnibus?

CUYANITO.—Algo peor... (*Se va hasta el otro extremo de la escena, da vuelta el papel y lo mira por todas partes y sigue llorando.*)

PULGARCITO.—(*Lo sigue de atrás.*) Cuya... ni... to... ¿Qué... Qué... te pasa? ¿Te han dejado una herencia?

CUYANITO.—Al... go... pe... or... (*Sigue llorando.*)

PULGARCITO.—¿Te... despide... la... no... via...?

CUYANITO.—Algo peor...

PULGARCITO.—Pero, ¿qué es lo que te pasa?

CUYANITO.—¡Que no sé leer!

PULGARCITO.—(*Lo mira estupefacto.*) ¿Que... que... no sabes leer? ¿Y por eso me haces llorar una hora? ¡Pero no tienes vergüenza! ¡Un grandote tan chico y con dientes en la boca!... ¡Trae para acá eso; debía darte vergüenza! Pero, qué rabia. Me lo... lo... comería con cáscaras y todo. (*Le arrebata el telegrama.*) ¡No saber leer!

CUYANITO.—Y bueno; léelo tú, que sabes leer tan bien.

PULGARCITO.—Claro que sí. (*Toma el telegrama, lo empieza a dar vueltas. Cuyanito espera ansioso la noticia. Pulgarcito sigue dando vueltas el papel.*) Pero, no tener vergüenza, tan chico y tan grandote y no saber leer! A ver. (*Llama adentro.*) ¡Cocoliche!... ¡Cocoliche!

## ESCENA II

### *DICHOS Y COCOLICHE.*

COCOLICHE.—(*Aparece por lateral derecho.*) ¿Me llamabas, Pulgarcito? ¿Qué deseas?

PULGARCITO.—Sí, te llamaba; ven acá (*lo mira a Cuyanito.*) ¡Pero que no sepas leer! (*A Cocoliche.*) A ver, toma, lee este telegrama. (*Se lo da.*)

CUYANITO.—(*Lleno de asombro*). Pero cómo, ¿tú tampoco sabes leer?

PULGARCITO.—No sé leer; pero puedo aprender.

CUYANITO.—Y entonces, ¿por qué criticabas tanto?...

PULGARCITO.—Porque me daba rabia verte que no sabías leer.

COCOLICHE.—(*Impaciente.*) ¿Y a qué me han llamado? ¿A sentir discusiones?

PULGARCITO.—No, no, lee ese tele... tele... (*le hace señas a Cuyanito que lo diga él.*)

CUYANITO.—Telegrama.

COCOLICHE.—¡Ah! Muy bien. (*Lee.*)

"Señor Cuyanito:

La presente tiene por objeto hacerle saber que su querida tía falleció el día siete del corriente mes, a causa de un resfrío y catarro fulminante.

Acompaño a usted en el sentimiento.

Pancrasio Roncafuerte".

CUYANITO.—(*Mira asombrado a Pulgarcito y empieza a llorar.*) ¡Ay!, pobre tía, tan buena que era; la alegría que hoy sentía era para... recibir... malas... noti... cias!

PULGARCITO.—(*Abraza a Cuyanito y empieza a llorar.*) ¡Ay, Cuyanito, pobre tía, tan buena que era!

COCOLICHE.—Cálmense ustedes, los acompaño en el sentimiento.

PULGARCITO.—¡Eh! ¿Qué dice que le pongamos cimiento?

COCOLICHE.—No, les acompaño en el sentimiento.

CUYANITO.—¿No dice... nada m...ás... el tele... gra... ma..

COCOLICHE.—(*Sigue leyendo:*) "También debo comunicarle que al morir declaró como únicos herederos de toda su fortuna a sus sobrinos: Cuyanito y Pulgarcito"...

CUYANITO.—¡Ah! ¡Qué lindo! (*Al público.*) ¿No dije yo que tenía que recibir buenas noticias?...

PULGARCITO.—¡Ay, qué lindo, Cuyanito! (*Se abrazan los dos.*) ¡Ah!, ahora somos millonarios. (*Se dirige a Cocoliche, dándose mucha importancia.*) Diga: ¿quiere seguir leyendo?, que está muy interesante.

CUYANITO.—Sí, lea; después nos pasará la cuenta.

COCOLICHE.— (*Leyendo:*) "Además, deja a pagar unas pequeñas facturas".

CUYANITO.—Oiga, ¿quiere leer bien?

PULGARCITO.—Me parece que se ha equivocado.

COCOLICHE.—(*Lee en alta voz:*) "Además, deja a pagar unas pequeñas facturas". (*Pulgarcito y Cuyanito se miran asombrados.*) "Las cuales son las siguientes: Un hermoso acompañamiento de primera, tirado por mula, $ 100; Una corona ramas de sauce, $ 10; Sepultura, $ 2,890.

CUYANITO.—¡Eh!

PULGARCITO.—¿Qué?

CUYANITO.—Pero, ¿usted sabe lo que está leyendo?

PULGARCITO.—Lea bien, ¿quiere?

COCOLICHE.—"Sepultura, $ 2,890".

CUYANITO.—¡Así será, entonces!

PULGARCITO.—Debe ser eso no más; siga leyendo.

COCOLICHE.—"Coches, $ 500. Su generosidad era tanta, que al morir deja al asilo de huérfanos $ 5.500".

PULGARCITO.—¡Ah!

CUYANITO.—¡Eh!, pero si no sabe leer, avise.

PULGARCITO.—(*Con mucho gusto.*) Lea otra vez esa parte, que está equivocado.

CUYANITO.—Sí, a mí me parece lo mismo.

COCOLICHE.—(*Impaciente. Lee la misma frase.*)

CUYANITO.—¿Está seguro de que dice así?

PULGARCITO.—¿Ha leído bien?

COCOLICHE.—¡Sí, sí, sí, sí!

CUYANITO.—Será como usted dice...

PULGARCITO.—Así será; qué le vamos a hacer. Siga.

COCOLICHE.— "A la cocinera le regala, por haberla comprendido, $ 2.000. (*Pulgarcito se mira con Cuyanito.*) A la mucama, por ser viuda, le regala $ 1,000".

CUYANITO.—¡No puede ser!

PULGARCITO.—¡Claro que no!

COCOLICHE.—Aquí dice eso; si les gusta bien, y si no, también.

CUYANITO.—Bueno; total, somos millonarios. ¡Qué nos vamos a fijar en esas pequeñeces!

PULGARCITO.—Tienes razón; eso es poco para lo que vamos a recibir. Así es que siga leyendo sin temor de que nos vayamos a disgustar.

CUYANITO.—Sí; lea tranquilo.

COCOLICHE.—"Y por último, encarga se le rece una misa que cuesta 5,000 pesos."

CUYANITO.—Bueno; eso es poca cosa.

PULGARCITO.—Sí, y en vez de una le haremos dos, tres, cuatro, cin...

CUYANITO.—¡Eh! Basta, nos vamos a fundir en misas. Diga: ¿cuánto suman las facturas?

COCOLICHE.—(*Leyendo:*) "El total de todas las facturas es el siguiente: $ 12,000 moneda nacional".

CUYANITO.—¿Nada más? ¿Y la factura suya? ¿Cuánto es? Con $ 5.00...

PULGARCITO.—Poca cosa para la fortuna que nos ha dejado, le vamos a regalar 100,00 pesos.

CUYANITO.—Y la herencia, ¿cuánto?

COCOLICHE.—Son 10,000 pesos.

PULGARCITO.—¿Cuánto nos queda?

COCOLICHE.—Ustedes deben 2,800 pesos.

CUYANITO.—¡Ah!

PULGARCITO.—¡Eh!

CUYANITO.—¡Cómo!

PULGARCITO.—¿Por qué?

COCOLICHE.—Deben ustedes 2,800 pesos.

PULGARÇITO.—Agárrame, Cuyanito, que me ha causado pena la muerte de la tía. (*Llorando.*) ¡Ay, pobre tía!

CUYANITO.—(*Llorando.*) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ayayayay! Pobre tía. Venir a morirse ahora que empezábamos a tomarle cariño.

PULGARCITO.—Pobre tía, ¡ay, que me desmayo, que me desmayo, que... me... des... ma... yo...

CUYANITO.—Yo... Yo... tam... bién...

COCOLICHE.—Bueno, yo me retiro; deben abonarme la cuenta. (*Cuyanito y Pulgarcito siguen llorando.*) Que me paguen la cuenta les digo. ¿No oyen, ustedes?

CUYANITO.—¡Pobre tía, pobre tía! ¿Por qué se habrá muerto?

PULGARCITO.—Yo, que ya empezaba a quererla.

COCOLICHE.—¿Me pagan o no me pagan? (*Al público.*) Yo los voy a enseñar que pongan la tinaja antes que maduren las aceitunas. Les repito por última vez: ¿sí o no?

CUYANITO.—Pero, ¿con qué le vamos a pagar si no tenemos plata?

COCOLICHE.—¿Y la fortuna que les deja su tía?

PULGARCITO.—Déjame Cuyanito, yo le voy a pagar. Diga: cómo los quiere, ¿cantante o sonante?

COCOLICHE.—¡Qué ocurrencia! Cómo lo voy a querer: sonante.

PULGARCITO.—(*Toma el bastón.*) ¿Sonante? Muy bien, ¡tome! (*Le pega con el bastón.*) Este suena bien...

COCOLICHE.—¡Bueno! Basta, les perdono la cuenta. ¡Ay, ay, ay! ¡Pobre tía, ella no haría esto, pobrecita!

CUYANITO.—¡Ay, sí, pobre tía! (*Llora.*)

PULGARCITO.—(*Suelta el bastón.*) ¡Pobre tía! (*Abraza a Cuyanito y empieza a llorar. Cocoliche se abraza a los dos y llora. Los tres a coro:*) ¡Pobre tía! ¡Pobre tía! ¡¡Pobre tía!!

TELON

# CHUCHO, ASISTENTE

*(Escena cómica)*

*P. G. Alemandri.*

*PERSONAJES:*

*(Trajes característicos de payaso.)*

*CANUTO.*
*CHUCHO.*

CHUCHO.—(*Entra haciendo bulla con un tambor y sigue dando vueltas por el escenario; camina desacompasadamente.*)

CANUTO.—(*Entra poco después y observa atentamente a Chucho, molesto por la bulla que hace con el tambor.*)

CHUCHO.—(*Sigue golpeando sin advertir a Canuto.*)

CANUTO.—(*Después de algunos gestos de desagrado.*) ¿Hasta cuándo, amigo, va a seguir atormentando?

CHUCHO.—(*Suspende de tocar. Observando a Canuto y luego:*) Estoy ensayando para seguir la carrera militar.

CANUTO.—¿Usted, tiene coraje?

CHUCHO.—(*Mira a todos lados y luego dice:*) Sí, señor. Ayer de un puñetazo maté una mosca.

CANUTO.—¡Qué barbaridad! ¡Qué coraje!... ¿Usted me conoce? No..., ¿eh? ¡Bueno! Yo soy comandante de un regimiento.

CHUCHO.—¿Usted es el que manda: ¡una ¡dos!? (*Marcando el paso.*)

CANUTO.—Sí, ese mismo. Necesito asistente. ¿Quiere entrar a mi servicio?

CHUCHO.—¿Qué me va a dar de comer?

CANUTO.—¡Eso es lo de menos! Al mediodía, porotos y fideos; a la tarde, fideos y porotos; y a la noche, porotos y fideos.

CHUCHO.—¡Qué rico! ¡Me gusta mucho! Porotos y fideos... Fideos y porotos... Porotos y fideos... ¡Muy rico! ¡Muy variado! ¿Y cuánto me va a pagar?

CANUTO.—Diez pesos a la entrada y diez pesos a la salida .

CHUCHO.—(*Muy contento.*) Está bien, entro hoy y salgo mañana.

CANUTO.—Ah! Eso no. Tiene que quedarse hasta el 25 de mayo, para ir al desfile.

CHUCHO.—Bueno; iré al desfile.

CANUTO.—¿Cómo se llama usted?

CHUCHO.—Yo no me llamo nunca.

CANUTO.—(*Gritando.*) ¿Cómo se llama usted?

CHUCHO.—(*Gritando más fuerte.*) Yo no me llamo nunca. A mí me llaman.

CANUTO.—Bueno, hombre. ¿Cómo lo llaman a usted?

CHUCHO.—A mí me llaman Chucho.

CANUTO.—¿Dónde vive?

CHUCHO.—Vivo con mi hermano.

CANUTO.—¿Y dónde vive su hermano?

CHUCHO.—¿Mi hermano? Vive conmigo.

CANUTO.—Pero, ¿dónde viven los dos?

CHUCHO.—¿No comprende? Los dos vivimos juntos.

CANUTO.—(*Desesperado.*) Pero, ¿en qué calle viven?

CHUCHO.—¡No vivimos en la calle!

CANUTO.—(*Pausadamente, pero en alta voz.*) ¿En qué calle está la casa en que vive usted con su hermano?

CHUCHO.—¡Ah! Vivimos..., frente a un mercado de frutas en la calle..., la calle... no me acuerdo... número 1... 2... 3... 4...

CANUTO.—¿Se va poner a contar?

CHUCHO.—No, es que el número de la casa es 1234. (*Con calma.*)

CANUTO.—(*Disgustado.*) ¡Está bien! ¡Basta! (*Con voz de mando.*) ¡Tome este fusil! (*Tomando la escopeta de juguete, que estará en el fondo del escenario.*)

CHUCHO.—¿Qué es esto?

CANUTO.—Esto es un máuser. (*Le apunta.*)

CHUCHO.—(*Corre por todo el escenario, desesperado.*) ¡No, no, no, con las armas no se juega!...

CANUTO.—No se asuste, hombre, no se asuste... Venga para acá.

CHUCHO.—(*Se acerca.*)

CANUTO.—¿Ve? (*Señalando las diversas partes del fusilito.*) Este es el cañón...; ésta es la boca...; ésta es la culata...; éste es el gatillo. ¿Sabe?

CHUCHO.—Sí, sí. ya sé, está bien, ya sé.

CANUTO.—¡Tome! (*Entregándole la escopeta.*)

CHUCHO.—(*Deja el tambor y toma la escopeta.*)

CANUTO.—Ahora se paseará de acá hasta allá y de allá hasta acá. (*Señala dos lugares extremos de la boca del escenario.*) Y cuando yo pase por allí (*Señala el foro*) usted apunta. (*Sale.*)

CHUCHO.—(*Se pasea como le ordenan; pero Canuto pasa por el foro, no le apunta.*)

CANUTO.—(*Entra.*) ¿No ha entendido? Cuando paso por allí (*señala*) usted apunta.

CHUCHO.—¡Ah, no! Yo no lo voy a matar.

CANUTO.—Pero suponga que yo soy su enemigo.

CHUCHO.—¡Ah, no! ¡No puede ser; yo no lo voy a matar.

CANUTO.—(*Al público.*) Este no entiende. (*Dirigién*

*dose a Chucho.*) Cuando yo pase por allí me muestra la boca. (*Sale.*)

CHUCHO.—(*Se pasea.*)

CANUTO.—(*Pasa por la puerta.*)

CHUCHO.—(*Abre bien la boca y saca la lengua.*)

CANUTO.—(*Entra.*) ¡Torpe! ¡Truhán! ¡Zopenco! ¡Párese firme! ¡Cuádrese, le digo!

CHUCHO.—Es que yo sé, mi comandante. (*Haciendo la venia con la mano izquierda, después con la derecha.*)

CANUTO.—¡¡Cállese la boca! ¡Párese firme! (*Habla ligero.*) Los talones juntos, las puntas de los pies separadas, el cuerpo rígido, el pecho saliente, los brazos naturalmente caídos al costado, de manera que el dedo meñique toque la franja del pantalón, la cabeza levantada, la barba recogida y la vista al frente... ¡Así! (*Se para firme.*) ¡¡Póngase así!!

CHUCHO.—(*Obedece, tratando de imitar; pero no acaba nunca de corregir sus posiciones. Primero no puede juntar los talones y separa las puntas de los pies, junta unos y otros; cuando consigue esto, busca las franjas del pantalón, inclinando el cuerpo, primero a la derecha, luego a la izquierda; por fin, consigue quedarse quieto, con la cabeza agachada, floja una pierna y el cuerpo echado hacia adelante.*)

CANUTO.—¡No, hombre! ¡Así no! ¡Levante la cabeza!

CHUCHO.—(*Levanta la cabeza, pero sacando exageradamente el abdomen.*)

CANUTO.—¡¡Uff!! ¡Uff! (*Con impaciencia se acerca a Chucho y lo acomoda.*) ¡Así!... ¡Ahora, a marchar!... Después de la voz de ¡marche!, usted camina siempre, mientras no tropiece... ¿Entiende? Atento! (*Mandando:*) ¡Paso redoblado!... ¡Marche!...

CHUCHO.—(*Marcha por el escenario marcando exageradamente el paso.*)

CANUTO.—(*Primero cuenta.*) ¡Uno, dos! ¡Uno, dos!...

¡Uno, dos! Dos... Dos... Dos... (*Al público.*) ¿Ven cómo aprende?... Dos... Dos... Dos, uno... Dos... Dos... (*Al público.*) ¡Ahora marcha bien!

CHUCHO.—(*Siempre marchando espera el momento que Canuto no lo mire para irse por el foro.*)

CANUTO.—¡Alto! (*Se vuelve gritando:*) ¡Alto! . . . (*Cuando no ve a Chucho, sale gritando siempre:*) ¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

TELON

# UN MUSICO SORDO

*(Motivo de circo)*

*Escena cómica*

*PERSONAJES:*

*CHIM.*
*POM.*
*SAM.*

CHIM.—(*Aparece en el escenario con traje de tony, con un instrumento musical de sonido fuerte; busca donde instalarse, sentándose y produciendo luego largos y estridentes sonidos.*)

POM.—(*Vestirá traje de payaso. Llega a poco a ver quién es el que produce tales sonidos; se aproxima a Chim, le toca en el hombro y le dice:*) ¡Amigo!, le ruego que no toque, porque va a despertar la gente que está durmiendo la siesta.

CHIM.—(*Deja de tocar y mira a Pom, simulando atender lo que éste dice.*)

POM.—(*Se retira del escenario.*)

CHIM.—(*Mira salir a Pom y luego vuelve a tocar.*)

POM.—(*Vuelve al escenario y dirigiéndose a Chim, palmeándole en el hombro.*) Ya le he dicho, amigo, que aquí no se puede tocar, porque la gente está durmiendo y usted la va a despertar.

CHIM.—(*Deja de tocar y asombrado mira a Pom, mientras éste le habla.*)

POM.—(*Se retira del escenario.*)

CHIM.—(*Le sigue con la mirada y vuelve a tomar su instrumento una vez que Pom ha salido.*)

POM.—(*Vuelve, reflexiona solo, mirando continuamente a Chim como examinándolo.*) ¿No entenderá? ¿Será extranjero?... Tiene tipo de italiano (*a Chim.*) "Qui non si puo sonare"...

CHIM.—(*Deja de tocar para mirar a Pom.*)

POM.—(*Con energía.*) "Qui non se puo sonare" (*y se retira del lado de Chim.*)

CHIM.—(*Vuelve a tocar desaforadamente.*)

POM.—(*Observándolo.*) No ha de ser italiano... Parece, más bien, francés... Le diré en francés. (*Acercándose a Chim:*) "Musiú, Ici on ne peut pas... toquer".

CHIM.—(*Deja de tocar para atender a Pom.*)

POM.—(*Irritado, dirigiéndose a Chim.*) "Musiú, Ici on ne peut pas... toquer"

CHIM.—(*Vuelve a tocar desaforadamente.*)

POM.—(*Mímica y gestos de desesperación porque Chim no lo entiende.*)

SAM.—(*Vestirá traje de arlequín. Entra rápidamente, se dirige a Pom.*) ¿Qué le pasa, amigo? ¿Por qué está así, tan sulfurado?

CHIM.—(*Siempre tocando, no se preocupa de la conversación de Sam y Pom.*)

POM.—(*Muy irritado.*) Es que este individuo está haciendo bulla y no puedo conseguir que se calle o se vaya. Ahora, no más, despierta a todo el mundo que está durmiendo la siesta.

SAM.—Pues, amigo, dígale que no toque más.

POM.—Pero sí ya se lo he dicho muchos veces. Se lo he dicho en castellano, no entiende...; se lo he dicho en italiano, no entiende...; se lo he dicho en francés..., no entiende... Ya no sé qué hacer.

SAM.—(*Observa a Chim.*) Tiene tipo de inglés... (*Dirigiéndose a Pom:*) ¿Por qué no se lo dice en inglés?

POM.—Dígaselo usted... Puede ser.

SAM.—(*En voz alta se aproxima a Chim.*) "Míster, aquí no se puede tocar en inglés"...

CHIM.—(*Deja de tocar para atender a Sam.*)

SAM.—(*Con aire de satisfacción dice a Pom:*) ¿Ha visto, eh?

CHIM.—(*Vuelve a tocar.*)

POM.—(*A Sam:*) ¿Ha visto, eh?

SAM.—(*Dirigiéndose a Pom.*) ¿Sabe lo que ocurre?

POM.—¿Qué?

SAM.—Que este individuo es sordo.

POM.—¡Ah! Es sordo y por eso hace bulla. Que sea sordo todo lo que quiera, pero que vaya hacer bulla a otra parte.

CHIM.—(*Siempre tocando.*)

SAM.—(*Situación ridícula de pensador.*) ¡Una idea!

POM.—¿Cuál? ¿Cuál?

SAM.—Le prendemos fuego al sombrero.

POM.—¡Sí, sí, sí; se irá inmediatamente! (*Hace ademán de buscar fósforos.*)

SAM.—(*Saca fósforos de su bolsillo y en compañía de Pom, por detrás de Chim, le prenden fuego al sombrero por encima de la copa. El sombrero de copa ha sido preparado con anticipación; sin tapa y en el interior, defendiendo la cabeza, una chapa de metal o madera delgada o cartón grueso, en la que se ha sujetado un pequeño algodón mojado en alcohol. Después se colocan siempre detrás de Chim, para no ser vistos.*)

CHIM.—(*Encendido el sombrero, da vueltas por el escenario, nerviosamente primero, desesperadamente después, y detrás de él, Pom y Sam.*)

POM.—(*Simulando asustarse, sale disparado de la escena después de la segunda vuelta y vuelve con una pequeña*

*escalera y un balde con agua. Da el balde a Sam y apoya la escalerita en los hombros de Chim. Intenta subir por sus escalones, lo que no conseguirá, porque Chim caminará siempre. Dan vueltas por la escena detrás de él, Pom con la escalera y Sam con el balde. Después de algunas vueltas, Chim sale de escena seguido de Pom y Sam).*

TELON

# ¡COMA...!

*P. G. Alemandri.*

*PERSONAJES:*

*MACO, Dueño de casa (Excéntrico).*
*COCHO, Amigo de Maco (Payaso).*
*TITO, Amigo de Cocho (Payaso).*

ESCENARIO: Escena cómica con trajes característicos. En el escenario: una mesa y sobre ésta un papel, tinta, lapicera y una bandeja con una torta.

MACO.—(*Aparece en escena, llevando una bacía, una navaja de barba, una brocha y un asentador de tamaño exagerado; una toalla y un papel. Deja todo sobre la mesa, y tomando luego la bacía y la brocha, prepara jabón para afeitarse; una vez preparado éste deja sobre la mesa la bacía y la brocha, toma la toalla y se la ata detrás y empieza a jabonarse la cara. Se siente golpear. Va hacia la puerta.*)

COCHO.—(*Hablando precipitadamente.*) ¡Buenas tardes, Maco. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? Tu familia, ¿buena? Tu papá, tu mamá, ¿todos bien?

MACO.—Sí, sí, todos bien; gracias.

COCHO.—Pues, te venimos a visitar.

MACO.—¿Cómo te venimos?... ¡Si estás solo!... ¿Y el otro?

COCHO.—El otro..., se quedó en la puerta..., es un poco tímido.

MACO.—¡Ah! Sí..., pero dile que entre.

COCHO.—(*Se vuelve y luego regresa tomando del brazo a Tito y tirándolo trata de hacerlo entrar.*)

TITO.—(*Entra de espalda al público.*)

COCHO.—(*Hace volver a Tito y se lo presenta a Maco.*) El amigo, Tito, un poco corto de genio; pero muy buen muchacho. (*Dirigiéndose a Tito.*) Mi amigo Maco.

MACO.—Mucho gusto.

TITO.—Un servidor. (*Hace una gran reverencia.*)

COCHO.—Por nosotros, no te interrumpas, continúa, y si en algo te podemos ser útiles, aquí estamos..., a tus órdenes.

MACO.—Gracias. Ya lo ven, estaba por afeitarme... En seguida escribiré dos líneas para enviar esa torta... (*La señala.*) Es un obsequio a un sobrino...

TITO.—(*Se dirige a la mesa y mira la torta con exagerados ojos de gula.*)

COCHO.—(*Dirigiéndose a Maco.*) Si aceptas, yo puedo afeitarte y Tito puede escribirte la carta, porque tiene muy buena letra.

TITO.—(*Interrumpiendo.*) Sí, señor, si usted me dicta, puedo escribirle la carta.

COCHO.—(*Se prepara para afeitar a Maco.*)

MACO.—(*Se sienta cerca de la mesa, pero de manera que le sea posible ver lo que hace Tito, sin volverse.*)

TITO.—(*Se sienta al otro lado de la mesa y se prepara para escribir sin dejar de mirar la torta. Pone cara lánguida, se pasa la mano por el estómago y se queda contemplando la torta.*)

COCHO.—(*Jabona la cara a Maco, luego asienta la navaja e inicia la operación.*)

MACO.—(*Dicta a Tito.*)

TITO.—(*Toma la lapicera, acomoda el papel y espera atento.*)

MACO.—(*Dicta.*) Buenos Aires, coma...

TITO.—¿Qué?

MACO.—Coma.

TITO.—¿Qué coma?

MACO.—(*Se impacienta.*)

COCHO.—(*Se interrumpe y hace gestos y ademanes exagerados.*)

MACO.—Sí, señor; coma, coma.

COCHO.—(*Reanuda su operación.*)

TITO.—Bueno, muy bien. (*Se pone en la boca un gran trozo de torta y mastica con exageración.*)

COCHO.—(*Se interrumpe al ver la acción de Tito.*)

MACO.—(*Continúa, dicta la fecha del día.*) Aparte. Querido Carlos. Dos puntos. Otro renglón. Las circunstancias, coma...

COCHO.—(*Vuelve a interrumpirse y hace indicaciones para que no se coma toda la torta.*)

TITO.—(*Simula constantemente comer la torta.*)

MACO.—(*Dicta.*) ... a pesar de mi mejor voluntad, coma...

TITO.—(*Come siempre con exageración.*)

COCHO.—(*Al ver que Tito devora la torta, pasa con brusquedad la navaja y raspa la cara de Maco.*)

TITO.—(*Hace ademán de guardar un pedazo en el bolsillo para Cocho.*)

MACO.—(*Mira incomodado a Cocho; pero sigue dictando.*)... me han impedido ir en persona a saludarte; punto y coma...

TITO.—(*Sigue como atragantándose.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...pero, coma... hoy, coma... todos nos hemos acordado que era tu fiesta. Punto y aparte.

TITO.—¡Un momento! ¡Un momento! No se apure. Tu fiesta. Punto y aparte.

MACO.—(*Dicta.*) Te envío por el portador una torta, coma que, coma...

TITO.—(*Escribe y come de la torta.*)

COCHO.—(*Sigue simulando afeitar.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...como de costumbre, coma...

TITO.—(*Escribe y come de la torta.*)

COCHO.—(*Simula seguir afeitando.*)

MACO.—(*Dicta.*)...ha sido hecha por María, coma...

TITO.—(*Come y escribe.*)

COCHO.—(*Suspende su trabajo, mira a Tito y con gestos le pregunta si le ha guardado torta para él.*)

TITO.—(*Contesta afirmativamente.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...mi hermana, coma...

TITO.—(*Come y escribe.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...de quien recibirás, coma...

TITO.—(*Termina de comer la torta.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...conjuntamente con el mío, coma...

TITO.—(*Se limpia la boca con las manos, sigue escribiendo.*)

MACO.—(*Dicta.*) ...el más afectuoso saludo. Punto.

TITO.—(*Termina de escribir y deja la lapicera. Toma el papel en que simula haber escrito. Mira después hacia la bandeja en que estaba la torta, recoge algunas miguitas, se las echa a la boca, mira alternativamente a Maco, Cocho, la bandeja y la carta.*)

COCHO.—(*Sólo ha afeitado media cara a Maco, debido a sus continuas interrupciones.*)

MACO.—(*Muy amable.*) ¿Quiere leérmela, a ver si está bien?

COCHO.—(*Al oír el pedido de Maco, deja de afeitarlo y se queda mirando a Tito.*)

TITO.—(*No sabe si leer o no. Se mueve en la silla, toma el papel y vuelve a dejarlo.*)

MACO.—¿Y?... Estoy esperando.

TITO.—(*Continúa sin saber qué hacer, hasta que por fin se decide, toma el papel y lee:*) Buenos Aires, (*fecha del día*). Querido Carlos.

MACO.—(*Hace signos de aprobación mientras lee la carta.*)

TITO.—Las circunstancias, a pesar de mi mejor buena voluntad, me han impedido ir en persona a saludarte: pero, hoy, todos nos hemos acordado que era tu fiesta. Te envío por el portador una torta que, como de costumbre, ha sido hecha por María, mi hermana, de quien recibirás (*interrumpiéndose*). Yo creo que aquí tiene que decir...

COCHO.—(*Hace esfuerzos para no reírse.*)

MACO.—(*Mira a Tito con gesto de sorpresa.*)

TITO.—Otra torta...

COCHO.—(*Se vuelve para reírse.*)

MACO.—(*Muy sorprendido se levanta.*) Cómo, ¿otra torta? ¡Yo no he dictado eso! (*Se acerca a Tito y le quita el papel de la mano.*)

TITO.—Usted no dictó eso..., sino que yo decía que su hermana debía mandar otra torta...

MACO.—(*Mira la mesa y se apercibe de que le han comido la torta.*) ¿Y la torta? (*Enojado pregunta a Tito*) ¿Dónde está la torta?

TITO.—(*Fingiéndose asustado toma su sombrero en actitud de irse.*) Usted decía... coma, coma, coma..., y yo... comía.

COCHO.—(*Deja la navaja y fingiendo miedo se va por el foro sin ser visto por Maco.*)

MACO.—(*Furioso.*) ¿Y usted no sabe qué es una coma?..... (*Amenazante mira fijamente a Tito... Luego, sin perder su gesto de amenaza, gira la cabeza buscando a Cocho en el escenario.*)

TITO.—(*Aprovecha la oportunidad de que Maco no lo mire para disparar por el foro.*).

MACO.—(*Sale enfadado persiguiéndolo.*)

TELON

# V

# Monólogos Escolares

---

## EL ULTIMO TRATO

*Rabindranath Tagore.*

Andaba yo, de mañana, por la pedregosa carretera, cuando, espada en mano, llegó en su carroza el rey. "¡Me vendo!" grité. Me tomó el rey de la mano, y me dijo... "Soy poderoso y puedo comprarte". Pero de nada le valió su poderío, y se volvió sin mí en su carroza.

Las casas tenían cerradas sus puertas en el sol de mediodía, y yo erraba por el sendero torcido, cuando un viejo me salió al paso con un saco de oro: "Soy rico y puedo comprarte". Una a una, ponderó sus monedas. Pero yo le volví las espaldas, y me fuí.

Era de noche y el seto del jardín estaba en flor. Una doncella gentil se apareció y me dijo: "Te compro con mi sonrisa". Pero su sonreír se desvaneció, palideciendo, en sus lágrimas, y desapareció, sola, otra vez, en la sombra.

Relucía el sol en la playa y las olas del mar rompían caprichosamente. Sentado en la arena, jugaba un niño con las conchas. Al pasar yo, levantó la cabeza, y, como si me conociera, me dijo: "Nada tengo; puedo comprarte con nada". Desde que, en un juego de niños, hice este trato, soy hombre libre.

# LAS PREGUNTAS DEL TIO

*Julio González Cuervo.*

# LAS PREGUNTAS DEL TIO

Julio González Cuervo.

*PERSONAJE:*

*ALBERTO.*

Escenario: Patio o habitación.

ALBERTO.—¡Vaya con mi señor tío! Un año sin verlo: voy a visitarlo, y en vez de hacerme pasar en seguida a los fondos de la casa, donde están los ciruelos, y dejarme a solas con las ciruelas — para eso había ido —, se pone a hacerme preguntas y más preguntas; pero, ¡verdaderas cosas de chico! Estoy por creer que el pobre viejo..., digo, mi buen tío, se ha olvidado de todo lo que aprendió en su vida o que nunca aprendió nada, y ahora, a su edad, necesita que yo se lo enseñe. Imagínese que me preguntó si no tenía tía. El debía saberlo mejor que yo, puesto que es su esposa. Sin duda, cuando le dije que sí, se acordó de que la tenía, porque me dijo: "Está bien de salud. Gracias". Después me preguntó si un niño toma asiento antes de que una persona mayor. Pensé un rato, recostado en el sillón, y le dije que no. "¡Ah!", exclamó, como si fuera algo que le asombrara; y debió asombrarle porque, como digo, parecía que ignoraba todo de todo y que empezaba a descubrir el mundo. Probablemente, me estaba descubriendo

a mí también, porque me examinaba de pies a cabeza, con entrecejo de gran curiosidad, y cuando yo esperaba que me dijese: "¡Ah!" ¿Eres tú, mi querido sobrino, para quien tengo guardada una alcancía que suena?" Salió preguntándome para qué servía el cepillo de uñas y con qué se lustraban los zapatos. A duras penas contuve la risa; el pobre no sabía con qué se lustran los zapatos, por la sencilla razón de que usa zapatillas de paño. Le contesté en serio; pero él, sin hacer caso de mi respuesta, me interrumpió para decirme la cosa más ridícula del mundo: que el sillón en que estaba yo sentado no era una gallina para desplumar, y que, por consiguiente, no había necesidad de que le arrancaran hilos de la tela. Sin duda se le ocurrió tan absurda idea de la gallina, porque me vió dos o tres hilos entre los dedos — uno tiene que entretenerse en algo cuando está delante de un tío de esa clase —, pero yo me di cuenta, en seguida, de que mi tío estaba, como se dice mal de la cabeza.

En casa ya me habían prevenido, pero no comprendí bien la advertencia. Me dijeron que me comportara correctamente, porque mi tío era hombre de excelente corazón, pero muy severo. Naturalmente, severo, quiere decir que está mal de la cabeza. Por otra parte, ¿por qué se va a portar uno correctamente cuando está lejos de su casa y sus padres no pueden decirle nada?

Bien; volvamos a mi señor tío. Y le digo: "señor tío", porque él mismo se puso a decir — no hablándome a mí, sino como jugando sólo al Gran Bonete — que un niño debe responder "sí, señor", "no, señor". ¡Qué ocurrencia! ¡Como si él fuera un niño! En esos momentos quizás se creía un niño, pues de pronto me preguntó: "¿Y cómo vamos de escuela, amiguito?" Por supuesto, con ese "vamos", hablaba de él. Yo no tengo que ver nada con la escuela, porque estoy de vacaciones. Por seguirle el gusto, le dije que muy bien. Desde luego, yo

me refería a él que se creía que iba a la escuela. De veras que lo necesitaba para aprender algo, en vez de preguntar tanto a un sobrino que va de visita a los ciruelos. "¡Ah!, ¿sí? Vamos a ver si sacamos estas cuentas". Así dijo, pero en vez de sacarlas, me tendió un papel con algunos números. ¡Pretendía que yo le enseñara a sacar la cuenta! Y ¡qué cómodo, mi señor tío!: ni siquiera escribió un solo número del resultado. Me daba el papel para que lo hiciera yo solo. Por seguirle el gusto, hice la cuenta y le devolví el papel. Lo miró, puso cara de asombro, como si en su vida hubiese visto una cuenta, y por fin me dijo: "Pero, usted, amiguito, ¿ha ido alguna vez a la escuela?" Estuve a punto de responder: "Más que usted, que me ha preguntado si para escribir se pone el dedo en el tintero". Pero me acordé de la alcancía, y sin hacerle caso me puse a leer unos papeles que había en el escritorio. Supongo que no le gustó que me quedara callado; pero lo disimuló dirigiéndome un elogio. En efecto, me dijo: "¿Leyendo mis cartas? ¡Admirable!" Francamente, yo no había hecho nada de admirable; pero no quise desengañarlo, y después de seguir otro rato con los papeles, mientras él exclamaba otra vez: "¡Admirable!", me entretuve con unas chucherías de un cajón del escritorio. Créanme que mi señor tío me miraba como si en su vida hubiese visto abrir un cajón de escritorio. Tanta era su sorpresa, que, por fin, dejó de dirigirme preguntas. Parecía absorto, como dicen. Pero se sobresaltó cuando cerré el cajón de un golpe. Continuó mirándome sin decir nada y, como, al parecer, iba a seguir así, no me quedó más remedio que decirle: "¿Tiene muchas ciruelas, tío?" "¡Ni una!", respondió con cierto tono de indignación que me hizo pensar que le habrían robado todas las ciruelas. Hasta ese momento no había dicho ni una palabra de la alcancía. "Tal vez tiene algo para mí..." dije, como quien no quiere la cosa. "¡Nada!", contestó, como si se acordara todavía de las ciruelas robadas. "Bien,

tío: chau". "¿Qué?" "Chau". "¿Qué palabra es esa?" Así me dijo: ¡a su edad, todavía no conocía el chau! Pero yo no tenía paciencia para seguir enseñándole. Me di media vuelta, y me puse lo más pronto posible lejos de las preguntas de mi señor tío. ¡Chau!

---

# PARA CONTAR AL HERMANITO

*Anónimo.*

Una vaca negra se puso muy orgullosa. Sólo miraba alto y lejos y nunca a su alrededor. También cuando comía miraba para arriba.

Antes de ser orgullosa, salió una vez a caminar por un camino del campo. Iba contenta y sin pensar en nada.

Un gato flaco cruzó el camino.

La vaca negra nunca había visto un gato, pero para que no creyeran que le asustaba un animal tan chico, quiso decir algo y dijo:

—¿Sabe usted decir... ¡muuú!?

*(El niño que escuche imitará los gritos de los animales que mencione el narrador, para lo cual éste hará una pausa.)*

—No. Yo sólo sé decir... ¡miauu!

La vaca alzó un poco la cabeza y siguió su camino. En eso apareció un gran sapo. No lo pisó, porque se paró asustada y porque el gran sapo saltó.

—¿Sabe usted decir... ¡muuú!?

—No. Yo sólo sé decir... ¡croa!, ¡croa!

La vaca siguió su camino con la cabeza más alta, hasta encontrarse con un corderito blanco que, al verla tan negra, dió un salto a un lado.

—¿Sabe usted decir... ¡muuú!?

—No. Yo sólo sé decir... ¡beé, ¡beé!

Desde ese momento la vaca miró sólo para arriba y vió pasar una golondrina.

—¿Sabe usted decir... ¡muuú!?

—No. Yo sólo sé decir... ¡grin, grin, grin!

Se fué la golondrina y la vaca se quedó sola.

—Yo soy la única en el mundo que sabe decir... ¡muuú!

Y se puso tan orgullosa, que no quiso ya mirar a nadie. Pero si un día se encontrase contigo y te preguntara:

—¿Sabe usted decir... ¡muuú!? ¿qué le dirías?

—¡Muuú!

—¡Ah!, entonces bajará la cabeza.

# ¿QUE DEBO SER?

*(Monólogo para niño).*

*R. Monner Sans.*

*PERSONAJE:*

*CARLITOS.*

*(De pie)*

¿Qué debo ser?

Esto me pregunto yo mismo hace ya años; sí, años, no se rían ustedes, porque a lo menos hace dos o tres.

Cuando era chico, me gustaba el oficio de vigilante, quizás porque les tenía miedo. ¡Llevar machete, y revólver y el pito! ¡Qué hombres — me decía yo — que no tienen miedo a nada ni a nadie!

Después me dió por admirar a los "motormen" de tranvías. Verlos de pie (*hace los ademanes*) en la plataforma delantera; dar fuerza con una mano, moderar o parar con la otra, golpear con el pie para que suene la campana anunciadora. ¡Esto sí que me entusismaba! Pero después supe que no todo son flores en el oficio: que los suspenden con frecuencia; que, a lo mejor, o peor, los llevan a la comisaría, y que algunos, ¡qué horror!, van a la cárcel.

Desistí entonces de mi idea, y ahora "ando como bola sin manija"... ¡No sé qué carrera escoger! Y ya es hora de que comience a pensar seriamente, como dice papá, en mi porvenir. ¿Seré médico? No es mal oficio; se gana mucha plata con poco trabajo. Cuando viene el doctor a verme, por el trabajo

de mirarme la lengua y hacer unos garabatos en un papel, se ha ganado cinco pesos. ¡Cinco pesos en cinco minutos! Sí; médico me parece bien. Ya está decidido; médico como Luis. Verdad que mi primo reniega de la carrera, y eso que está tan sólo en segundo año, pues dice que tiene el estómago revuelto y que no puede comer. Que en la sala de... de... ¿cómo se dice?, de operaciones. huele muy mal y se ven muchas porquerías. ¡Luego tanta sangre! ¡No, que no vengan a mí con sangre! Si el otro día estuve a punto de desmayarme porque mi hermanita se clavó una aguja en el dedo del corazón. Y esto será nada comparado con los chorros de sangre que se deben ver en el hospital. ¡Qué asco y qué lástima! No, nada de eso; quiero una carrera más limpia.

¿Y si fuese militar, como tío Manuel? ¡Qué gusto llegar a general y que los diarios hablen de uno! Y luego ir vestido de uniforme y hacer sonar las espuelas (*camina golpeando fuerte con los tacones*) al caminar y arrastrar el sable. Los días de parada montar a caballo y mandar a los soldados a todos... (*con voces de mando:*) "Batallón, camine ligero, mar. Alto... a la izquierda". ¡Linda carrera! y poco estudio. Cierto que tío Manuel, que estuvo con Roca en la conquista del Desierto, y no sé si en la guerra del Paraguay, no ha pasado de mayor; o bien que no asciende porque dice que el ministro le tiene envidia. Ya lo creo; como tío Manuel quisiera, de ministro de guerra lo habían ustedes de ver.

Guerra... Esto es lo único que no me hace gracia. Dicen que cuando va de veras, mueren muchos hombres, y más oficiales que soldados, porque los oficiales han de dar a la tropa el ejemplo de valor. ¿Y quién me asegura a mí que antes de que llegue a general no nos trencemos con el Brasil, o con Chile, o con Inglaterra, o con Alemania? No; no hay que reírse; lo que conviene es ser previsor y, francamente, maldita la gracia que me haría sacrificarme años y años para que,

de repente, ¡zás!, me mandaran al otro mundo. ¡Qué rabia! Si no era general, por no haber llegado a serlo, y si lo era, por dejar de serlo.

No; a mí me conviene una carrera segura; algo que no dependa de los otros, sino de mí.

Vamos a ver. (*Como pensando.*) A mí me gusta viajar; aunque joven, he viajado mucho ya: he ido al Tigre, al Pergamino, dos veces al Uruguay, al Monte. ¡Qué hermoso ir en buque! El capitán es el dueño del barco; que aquí quiero detenerme, me detengo; que el país no me gusta, me voy. Hace su santísima voluntad.

Nada; ya está resuelto: marino, pero no de guerra; particular. Ir y venir de Europa: unas veces a Inglaterra, otras a París, otras a España, otras a Italia. ¡Qué gusto! Ver países nuevos, nuevas costumbres; y luego al volver contarlo todo a los pobres que no se han movido de aquí.

Pero, alto, alto, alto. Ahora me acuerdo de los temporales: los he visto pintados y he sentido un miedo feroz. Papá tiene un cuadro grande (*señala*) que es una tempestad, y da horror. ¡Cuidado si ha de ser terrible! Porque de aquí a Europa se pasan, según me han contado, muchos días sin ver tierra. ¡Qué fastidio! ¡De manera que cuando uno va más tranquilo, se arma una tempestad, porque sí, y al agua todos, y al fondo el buque. Tampoco me gusta esto. Si suprimieran las tempestades, menos mal; pero, mientras las haya, la prudencia aconseja no ser marino.

Pero, entonces, ¿qué debo ser? (*Como perplejo.*)

¿Procurador? ¿Procurar para los demás? No; quiero procurar para mí.

¿Dentista? No me gusta.

¿Boticario? Oficio sucio.

¿Maestro? Nunca; eso de luchar con chicos, jamás.

¿Ingeniero? No me parece que tenga ingenio.

Pero, ¡Dios mío!, ¿qué debo ser? Yo quisiera un oficio con el que ganara mucha plata sin gran trabajo: una carrera en la que nadie me mandara.

Ayúdenme ustedes a pensar ahora que no está papá: ¿Qué debo ser?

TELON

# DESDE QUE SE FUE MAMA

(*Monólogo*)

*Matilde R. Ayerbe.*

ESCENA: — Al fondo del escenario una puerta que comunica con un cuarto o un patio; estará cubierta con cortinas desgarradas; en la habitación en que se desarrolla la escena, una pequeña cama cubierta con diversas piezas de ropa; en el centro una mesita con libros, cerca de ella un cajón hace el oficio de silla. La pieza tendrá un aspecto pobre y desordenado.

Norié, el canillita, estará vestido con un traje muy descuidado, presentando, sin embargo, aspecto simpático.

Una correa sujetará los diarios.

Al comenzar la escena se oyen gritos y golpes que parten del interior. Norié aparece agitado y con los diarios en desorden, cierra con violencia la puerta, da vuelta la llave y tira los diarios en un rincón.

(*Con indignación.*)—¡No quiero!, ¡no quiero! y ¡no quiero! Ya estoy cansado de vivir esta vida de injusticias. ¿Quién es ella y qué derecho tiene para golpearme? (*Camina siempre agitado.*)

Su perro y su gato tienen más suerte que yo; para ellos hay alimentos, para ellos hay caricias; para mí..., para mí, nada.

Mi deber (*con energía*) es levantarme a la mañana bien temprano, aunque sople el viento que corta la carne, aunque llueva a cántaros, por más crudo que sea el invierno o ardiente el verano, mi obligación es vagar por las calles, sin abrigo... (*con pena y despecho.*) ¡Qué digo sin abrigo!... Con unos andrajos que no cambian con las estaciones, como no sea para estar más agujereados cuando más falta hace que estén sanos!

Yo corro de aquí para allá, sin descansar un momento, grito hasta desgañitarme, me fatigo, me canso... y luego llego a este infierno... (*Con resolución.*) Si la bruja que lo habita quiere más dinero del que traigo — y eso ocurre siempre — son sus garras las que me acarician, sus gritos los que me conmueven, sus palos los que me alimentan!

(*Se sienta en el cajón y reflexiona.*) Esta es la más miserable de las vidas. Trabajar y no tener siquiera idea de lo que es la libertad, pregonar a voz en cuello: ¡La Prensa! ¡La Nación! ¡El Diario!, y no poder leerlos, porque ese es un crimen que se castiga severamente en esta casa; correr detrás de las personas y de los vehículos como si corriera detrás de un ideal, y después de alcanzar el centavo perseguido, venir a recibir como premio el ultraje a la dignidad del hombre...

Sí, porque el hecho de que yo sea un chiquilín no quiere decir que no sufra al ver pisoteados mis derechos.

Yo no quiero que crea esa mala mujer que estoy dispuesto a soportar sus caprichos... ¿Es que, acaso, el mendrugo de pan que recibo y este miserable cuchitril no están bien pagados con lo que yo gano? (*Se detiene.*) ¡Al fin!... ¡quién sabe si yo no pasaría mejor durmiendo como Pepe y Guitarrita, en los umbrales de una puerta (*con suavidad.*) Acaso la noche, ¿no es más amante, ya que nos cubre a todos por igual? (*pensativo.*) Ella, siquiera, es justa. Ella siquiera nos

muestra a todos su luna, sus estrellas; ella nos hace pensar que vale la pena de ser bueno!...

Dicen que al bueno lo premian; pero yo veo que a veces al bueno lo convierten en malo, y le cambian el corazón por el mendrugo duro que le arrojan para que viva... ¡Cuántas veces he pensado en vengarme de esta infame que me maltrata y me abruma!

Yo (*con seguridad*) podría hacerlo de muchas maneras. ¿No sería caso divertido hacerle pasar un mal momento? ¡Como que sólo se ocupa de charlar con sus vecinas, yo podría cerrarle las puertas..., llevarme la llave y dejarle encerrada..., fuera, (*con burla.*) Habría rabieta segura.

A su regreso del mercado y en un descuido, nada me costaría poner a su querida Mimí y a su adorado Tin-Tín en comunicación con sus provisiones, o podría hacer desaparecer a sus mimados, y entonces... Habría lágrimas, desmayos y pataleos (*acompaña lo dicho anteriormente con ademanes convenientes.*) ¿No sería gracioso disponer su cama de tal manera que a la noche, cuando fuera a descansar su enorme persona (*remeda el andar de una persona obesa*) ¡pataplúm!, se viniera con su cama abajo?... ¿No se fastidiaría bastante si yo me las arreglara para que el puchero saliera dulce y el mate salado? Todas éstas y otras muchas (*con convicción*) son diabluras que yo podría realizar fácilmente, y que si se repitieran a la par que sus palos, le harían pasar una vida desagradable..., y a mí también, ¡claro! Pero no quiero vengarme; el que se venga es ruin, es indigno; hay que perdonar el mal que se nos hace porque así lo decía mamá. ¡Mamá! (*con pena*). ¡Oh, mamá! Si tú estuvieras, yo sería feliz, si estuvieras conmigo en aquella casita tan limpia y tan clara, si me acompañaras como antes a la escuela y me enseñaras a hacer mis deberes...!

*(Se sienta en el borde de la cama y se toma la cabeza con las manos, así permanece un momento; pasa su mano por la frente, y se deja caer sobre la cama y los sollozos lo agitan. Después de un momento, levanta la cabeza y se enjuga las lágrimas.)*

*(Elige algunos libros de la mesa, toma uno)* En éste me enseñó a leer mamá (*lo besa.*)

*(Toma un pañuelo grande del cajón de la mesa, lo extiende en el suelo y va sacando de la cama algunas piezas de ropa que coloca en él, junto con los libros: arrodillado, mientras hace el paquete, habla.)*

Viviré en la calle, tendré frío, pero seré libre; no tendré abrigo, pero el cielo nos ampara a todos; no tendré hogar, pero el mundo será mío! (*Ata las puntas del pañuelo.*) Seré libre como los pájaros, a quienes no sujetan porque, si los encierran, se mueren de tristeza (*coloca el atado sobre la mesa*); libre como el viento, libre como el sol.

Nadie se burlará de mí (*arreglando los diarios que había tirado*) porque lea, ni porque escriba, ni porque piense, nadie dominará mi pensamiento ni mi corazón (*se coloca la correa con los diarios.*)

Mamá me mirará desde esa estrella que tanto quiero, porque me parece su alma y me verá desgraciado, pero digno; andrajoso, pero honrado; preso por la miseria, pero libre como la luz... ¡Libre como la luz!...

*(Se enjuga las lágrimas. Se levanta, toma su paquete, espía por la puerta, la abre con cuidado y se va.)*

---

# MAMA SE CASA

(*Monólogo*)

*Laura María Baratta.*

(Una mesa con un paquete de bombones y un estuche con un relojito o un prendedor).

(*Enojado.*) Que se los tenga, que se guarde para ella, esos bombones; no quiero ni probarlos. Y cuando diga una cosa, yo... ¡ah!, no soy como mamá... ¡Mamá!... ya... había jurado no casarse más, estar siempre vestida de luto. ¡ahora quiere casarse otra vez!... Y su esposo ha de ser el hermano de papá, el capitán.

¡Ah, señor tío!... Le gustaría ser el dueño de esta casa, ¿eh? ¿Le gustaría que yo le llamara papá? ¡Tendrá que vérselas conmigo, señor tío, señor capitán!

(*Tomando el paquete de bombones, luego vuelve a dejarlo caer sobre la mesa.*)

Que se los regale a mamá: yo no quiero nada de él. (*Contrariado.*) No puedo comprender qué necesidad haya de casarse dos veces... ¡Y precisamente mamá! ¡Oh!... Pero, Dios armará una guerra, y si el señor capitán volviese con las muletas, nada me importaría...; mamá, al contrario, ¡quién sabe cuántas lágrimas!

También cuando murió papá, se desmayó, sufrió mucho; yo, que la veía tan afligida, le decía: "Mamita, mamita linda, te quiero mucho". Entonces, mamita me abrazaba, me besaba, y entre nosotros dos se hablaba siempre de papá. Ahora..., ya no está triste... Ahora se le ocurre estar otra vez de novia. (*Conmovido.*)

¡Pobre papaíto de oro! ¡No merece este desaire! ¡Era tan bueno! ¡Me quería tanto..., tanto! Ahora está en los Cielos. ¡Oh! El verá, él sabrá que mamá se va a casar otra vez.

¡No, no quiero; me tomo yo el encargo de evitar ese matrimonio! Y si mamá no me escucha..., me voy; en esta casa tendría que sufrir demasiado. Esta noche diré a mamá que aliste mi baúl. ¡Gran cosa! ¡Me ganaré la vida en otra parte! Cuando a uno no le pesa el trabajo...

(*Toma el paquete.*) ¿Qué porquería habrá aquí dentro? (*Abre. Con alegría.*) ¡Oh, cuánto! Miren..., miren..., bombones..., chocolatines..., ¡qué lindos! Antes de devolver el paquete, quisiera probar uno. ¡Oh!... ¡Por un confite!... Nadie lo notará... (*Come uno.*) Ahora, un chocolatín. Ahora tengo más gana de comer...; ¡otro! (*Sigue comiendo mientras habla.*)

Hay que hacerle honor: es el primer regalo que el señor tío capitán me manda. (*Mira temeroso el paquete.*) ¿No habré comido demasiado?... Ahora ya no puedo decir mis razones. (*Con viveza.*) No importa; con mis treinta centavos compro otros y los pongo aquí dentro, debajo de éstos. (*Observa el estuche.*) ¿Y esto? ¿Qué será? (*Lo abre.*) ¡Un reloj! ¡Oh, qué hermoso!... Marcha..., hace tic, tac. Me lo guardo; al fin y al cabo es un regalo y los regalos no se deben rechazar.

¡Qué lástima que mamá quiera casarse otra vez; ella... que es viuda! Pero, si yo me opongo, tío sería capaz de retarme y querer de vuelta sus regalos. ¡Paciencia, los bombones!... Pero el reloj no me agradaría devolverlo. Francamente, también eso de contrariar a mamá, no me parece prudente... Ella podría sufrir..., enfermarse...

Y después..., si le da la gana de casarse..., a mí ¿qué me importa? Yo no tengo nada que ver en estas cosas. Yo soy chico y he de hacer la voluntad de los superiores.

¡Oh!..., pero..., que el señor capitán no se ponga en la cabeza que yo deba llamarlo "papaíto"... ¡oh, no!; lo llamaré sencillamente "papá"; así, mi papaíto que está en los Cielos no se disgustará.

Ya está resuelto el asunto. De seguro, también mamá me regalará algo.

¿Saben ustedes lo que voy a hacer? Compraré unas cintas blancas y celestes, y con ellas formaré una banderita para ofrecerla a los novios. Voy rápido.

(*Se va dejando todos los objetos. Vuelve.*)

¡Qué cabeza la mía! Por la prisa, me había olvidado lo más importante.

# EL GRAN INVENTOR

(*Monólogo*)

*Carlos Schaeffer Gallo.*

—Me llaman loco, pero es mentira. A todos los grandes hombres le pasa lo mismo: a Colón, a Sarmiento, a Cervantes, y a mí. Y, a propósito de Colón. Al gran navegante le llamaron genio, porque paró un huevo de punta, rompiéndolo. Yo, en cambio, he inventado el sistema de parar un huevo de punta sin romperlo. ¿Saben cómo? Pues poniéndolo en la huevera. En esto demuestro ser más genial que el gran genovés; es decir, no sé si será genovés o gallego. Hay muchas dudas al respecto. Lo único que se sabe de cierto es que descubrió América. Aunque dicen que ya la habían descubierto los chinos. Pero eso es un cuento chino. Y volviendo a los inventos. ¿saben que acabo de inventar un aparato para matar langostas? Será una revolución en la ciencia, por su costo y tamaño. Es muy sencillo. Se toman dos tablas de quince centímetros de largo por cinco de ancho, una con la mano izquierda, y la otra con la mano derecha, dándose con ésta un fuerte golpe sobre la que tiene el bicho. ¡Es infalible! ¡Ah!, pero el invento que me dará la gloria es un aparato que he creado para protegerse de la lluvia: es una armazón de alambre forrada en tela (*mejor si es en tela de seda*), en forma de techo, debajo del cual se guarece uno del agua, teniendo el aparato en una mano, por medio de un largo mango, que tiene un resorte que, al apretarlo, la armazón forrada se cierra...

¿Verdad que es un gran invento? Aquí lo traigo (*muestra un paraguas*). Y lo voy a abrir antes de que ustedes me manden una lluvia de proyectiles. ¡Ah!, me olvidaba decirles que este invento he resuelto llamarlo "paraguas". Gut bay!

# MONOLOGO CRITICON

*Enrique Escudero.*

MONOLOGO CRITICO

*PERSONAJE:*

*GUILLERMO*

Yo me llamo Guillermo, pero, en casa, me llaman CRITICON, ¿saben ustedes por qué?... Porque no puedo tolerar ciertos modales de los chicos como yo, sea en su manera de hablar, o en la forma en que se presentan delante de las personas mayores y en todas las oportunidades en que los niños y también niñas deben conducirse con naturalidad, sin afectación, sin darse importancia y... sin querer demostrar que saben lo que no han estudiado o no han podido aprender.

Pepito, un chico que vive al lado de casa, es de lo más huraño. Su mamá le dice: (*con suavidad imitando la voz de la madre*) "Pepito, ven a saludar a la vecina"... y Pepito camina para atrás, se pone el dedo en la nariz (*imitando*) "Tengo vergüenza"... (*imitando a la mamá*) Pero, Pepito, no seas huraño (*imitando al niño que llora*) Tengo vergüenza... a... a... a...!

¡Cómo no lo voy a criticar a Pepito si es un niño esquivo y llorón!...

Consuelito, una nena de siete años, está aprendiendo a recitar una poesía y ella la dice así: (*exagerando en la voz y señalando primero el cielo con el brazo izquierdo, luego la tierra con el brazo derecho y después abriendo los dos, sacándolos desde el pecho*). En el cielo las estrellas— En

la tierra las espinas—Y en el medio de mi pecho—La República Argentina...

Aquí viene una niña que es muy desatenta (*señala el recinto del público.*) Nunca sabe las lecciones; pero quiere hacer creer que las ha aprendido y empieza: (*con entonación y amaneramiento:*) Las partes variables de la oración son artículo, nombre, adjetivo, pronombre, esté... esté... esté... (*mira al cielo, a derecha, a izquierda, sacude las manos, se muerde los labios. Esté... esté... esté...* (*cambiando de voz imitando a la maestra*) "Niña, ¿Qué más?"—Esté... esté... Sí, señorita, sí, yo lo sé... esté... las partes variables de la oración son artículo, nombre sustantivo, nombre adjetivo, pronombre, adverbio, preposición, conjunción e interjección... (*con naturalidad*) Y, después de tanto esté, esté, esté y esté, sale con una barbaridad... .

Una niñita (*mira buscando entre el público*) hoy no ha venido: es una chismosa... "Señorita, (*levantando la mano con dos dedos estirados y señalando con la otra a algún niño*) este niño dice que no va a hacer los deberes"...

"Señorita, (*como en el caso anterior*) este niño dice que tiene un gato que canta"...

"Señorita, (*como en el caso anterior*) este niño me está diciendo cuentera".

"Señorita, (*como en el caso anterior*) este niño me dice machona".

"Señorita, (*como en el caso anterior y lloriqueando fuerte*) este niño me tira de la trenza"...

Naturalmente, la señorita se fastidia y termina por no hacerle caso.

Uno de los chicos que está sentado por ahí, (*señala vagamente entre el público*) que no quiero nombrar, el otro día no quería irse del parque.

—"Yo quiero hamacarme más."

—"No, nene, ya es tarde, vamos a casa."

—"Yo quiero hamacarme."

—"Vamos a casa, que mamá nos está esperando, mañana vendremos otra vez."

"Yo quiero hamacarme ahora mismo." (*llorando.*)

—"No, nene, vamos a casa."

—(*Pateando y llorando se recuesta a la pared*) "Yo no quiero ir a casa, yo quiero ir a la hamaca."

El hermanito está enfermo y no quiere tomar el remedio. ¿Qué tienes?

—"¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!..."

—"Pero, ¿qué tienes?"...

—"Me duele la barriga ¡ay!... ¡ay!... ¡ay!..."

—"Toma este remedio, te va a hacer bien".

—"Yo no quiero remedio".

—"Tómalo que te va a curar."

—"Yo no me quiero curar."

—"Entonces te vas a morir."

—"Yo no quiero morir."

—"Entonces toma el remedio."

—"Yo no quiero el remedio si no tomas tú primero."

—"Pero, si yo no estoy enfermo. Toma el remedio y después te daré un caramelo."

—"El caramelo sí, el remedio no."

—"Primero el remedio."

—"Yo no quiero el remedio... yo me pongo peor... ¡ay!... ¡ay!...

Este enfermo es un majadero, ¿no es cierto?... es un antipático... bueno, porque a mí no me gustan los chicos majaderos ni antipáticos me llaman CRITICON.

¿No es verdad que todas estas cosas son feas y que los niños que se estiman deben corregirse? Así que ¡cuidado! que aquí está CRITICON (*se señala*) que no les va a perdonar nada.

# MAÑANA

*(11 años)*

*P. G. Alemandri.*

*Entra, se dirige adelante del escenario, y cohibido y entrecortándose, dice:*

Señores:

Vengo... estéeee... Ustedes disculpen... pero... (*saca un pañuelo del bolsillo y hace como si se secara el sudor de la cara*) yo... estéee (*resueltamente*) diré la verdad a ustedes. Hace... unos quince días me comprometí a estudiar un monólogo para recitarlo hoy... y como tenía tanto tiempo por delante, un día por una causa, otro día por otra me decía: MAÑANA lo estudiaré. El domingo pasado me recordaron la promesa y dije yo: "¡Ah! Sí, convenido, pero, hoy es domingo, mañana lunes lo estudiaré", y pasó el lunes y ni por las tapas del almanaque me acordé de mi compromiso, ni el martes, ni el miércoles. El jueves por la tarde me recordaron nuevamente, pero yo me había comprometido para jugar un partido de football (*justificándose*) y no era caso de que los demás compañeros se quedaran sin jugar por mi inasistencia. Así que, sin titubear, respondí: "Tienen ustedes razón, MAÑANA sin falta estudiaré el monólogo." (*Cambiando la voz.*) Esto, como digo, sucedía el jueves. El viernes, como de

costumbre, fuí al colegio y la maestra nos dió un deber para el sábado, que me ocupó toda la tarde; de modo que tampoco pude estudiar el monólogo. Ayer, sábado me dispuse a estudiar. Fuí a buscar el libro y ni vivo ni muerto, por ninguna parte lo encontré... Lo busqué hasta en los rincones, en la biblioteca de papá... nada... el libro no apareció.... Después de una hora de buscar y rebuscar me acordé que mi primo Enrique tenía otro igual (*Cambiando la voz.*) ¡Aquí está mi salvación! dije — y sin más me fuí disparando a casa de Enrique. Llego, todo sofocado: (*cambiando de voz*) ¿Está Enrique? — pregunto — (*Cambiando de voz*) "No, el niño ha salido con su mamá y no viene hasta la noche" — me dijo la sirvienta. ¡Qué contrariedad!

—¡Caramba! ¿No podría prestarme el libro de monólogos? — insistí yo.

(*Cambiando de voz*):

—¡Ah! no, yo no sé dónde está. Y no estando el niño, ni la mamá...

—Es que yo tengo que estudiar mi monólogo para MAÑANA — dije tratando de convencer a la sirvienta de que lo buscara — (*indignado*) y esta terca mujer, a pesar de mi aflicción y de mis explicaciones, insistió en que ella (*remarcando*) "no sabía dónde estaba y que no podía buscarlo"... (*Cambia de voz.*) Con este resultado... me volví... ya no había remedio... Llegué a casa y muy afligido referí a papá, lo que me ocurría. — (*Cambio de voz y sentenciosamente*) "Ya le he dicho amiguito: — Nunca deje para MAÑANA lo que puede hacer hoy. Ha tenido sobrado tiempo para estudiar el monólogo. — (*Cambio de voz*) Abochornado repliqué: — Sí... papá... pero... mañana — (*Cambiando de voz e interrumpiéndose y cómo imitando la energía del padre*) "MAÑANA!... irá usted al Teatro Infantil y le dirá a la Directora que es usted un haragán y un perezoso". (*Cambiando de voz*)

No repliqué más... después de comer me fuí a acostar... y no pude dormir en toda la noche pensando siempre en ese bendito monólogo.

Lleno de vergüenza vine hoy aquí a decir a la Directora la verdad... de que... no podía cumplir con mi compromiso porque no había estudiado el monólogo y en consecuencia... pusieran otro número en mi lugar. ...Pero la señora Directora que es una persona... (*Se interrumpe. Mira hacia atrás para convencerse de que la Sra. Directora no está y luego remarcando*) que es una persona muy exigente, me dijo: (*Cambiando de voz y energía*) "Usted se comprometió a llenar este número. Ya lo hemos puesto en el programa y no podremos engañar al público. Además, los artistas necesitan tiempo para caracterizarse y, por último, es usted quien debe una satisfacción al público"... (*Cambiando de voz*) Francamente, señores, el castigo es muy severo... Yo les digo a ustedes la verdad: no sé el monólogo y por ello les pido mil disculpas... Si, ustedes pudieran venir MAÑANA... yo lo estudiaría... (*afirmando*) ¡Ah! Sí, me comprometería formalmente a estudiar... (*Como respondiendo a alguno del público*) ¿Eh?... ¿Qué ustedes no pueden venir? (*Inmediatamente como respondiendo a otro del público*) ¿Qué?... ¿El almacenero?... No entiendo... ¿la llapa?... ¡Ah! Sí! Tiene razón. ¿Qué el almacenero cuando le pedimos la llapa dice: "MAÑANA te la daré", y al día siguiente: "MAÑANA te la daré"... y al otro día: MAÑANA te la daré" y de MAÑANA en MAÑANA se pasan los días y la llapa no llega?

Bueno, señores, ustedes se habrán dado cuenta de los malos ratos que he pasado por haber dejado para MAÑANA el estudio del monólogo y en consecuencia, que "no se debe dejar para MAÑANA lo que se pueda hacer hoy".

Por mi parte espero que me disculpen, ya que he sido

sincero confesando mi falta, y como calculo que han tenido tiempo los artistas para caracterizarse, me despido de ustedes. ¡Hasta MAÑANA!

(Sale).

TELON

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

# INDICE

Pág.

LA ALEGRIA INFANTIL Y EL ARTE (Prólogo) .. .. .. 11

## I.—TEATRO ESCOLAR

LA ORQUESTA DE LOS NEGRITOS, de José Minelli .. .. 17
¿QUIEN FUE?, de Almicar Estrella .. .. .. .. .. .. 31
LA HONRADEZ, de Germán Berdiales .. .. .. .. .. .. 37
EL DENTISTA, de Germán Berdiales .. .. .. .. .. .. 43
EL BUEN CABALLERO, de Germán Berdiales .. .. .. 49
ECONOMIA, de Germán Berdiales .. .. .. .. .. .. .. 55
ENTRE DOS LITIGANTES, EL TERCERO GOZA, de Clemente B. Greppi .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 59
UN BUEN EJEMPLO, de Sabás Aparicio .. .. .. .. .. 67
EL ESPANTAPAJAROS, de Gerardo Ansalone .. .. .. .. 73

## II.—TEATRO HUMORISTICO DE FARSA

EL RABO DEL DEMONIO, de Germán Berdiales .. .. .. 83
LOS BANDOLEROS, de E. Lloret .. .. .. .. .. .. .. 91
LOS FIELES SERVIDORES, de E. Lloret .. .. .. .. .. 101

Pág.

MATAMOROS, de E. Lloret .. .. .. .. .. .. .. .. .. .. 111
LA MANCHA DELATORA, de E. Lloret .. .. .. .. .. .. .. 119
ESCAPINO Y BOROMBON, de Almicar Estrella .. .. .. .. 127
EL VERDUGO BONDADOSO, de Almicar Estrella .. .. .. 135
LA LUNA, de Julio González Cuervo .. .. .. .. .. .. .. 145
LA TIENDA DE CASACA, de W. Spring .. .. .. .. .. .. 153

## III.—TEATRO LIBRE

LA TRIBU DE TUPALCAPE, de Ramón García Guidice.. 163
LA CASA GRANDE, de Blanca Dalla Torre Vicuña .. .. .. 175

## IV.—TEATRO CIRCO

RADIO FARSA, de Sabás Aparicio .. .. .. .. .. .. .. .. 183
LOS GRANDES HOMBRES, de Sabás Aparicio .. .. .. .. 187
PULGARCITO DE PORTERO, de Sabás Aparicio .. .. .. 191
LOS TRES PARES DE BOTAS, de Sabás Aparicio .. .. .. 201
PULGARCITO, ADIVINO, de Sabás Aparicio .. .. .. .. 207
LA HERENCIA DE LA TIA, de Eduardo Martín .. .. .. 211
CHUCHO, ASISTENTE, de P. G. Alemandri .. .. .. .. 221
UN MUSICO SORDO (motivo de circo) .. .. .. .. .. .. 229
¡COMA!, de P. G. Alemandri .. .. .. .. .. .. .. .. .. 235

## V.—MONOLOGOS ESCOLARES

Pág.

EL ULTIMO TRATO, de Rabindranath Tagore .. .. .. 243
LAS PREGUNTAS DEL TIO, de Julio González Cuervo.. 247
PARA CONTAR AL HERMANITO (anónimo) .. .. .. .. 253
¿QUE DEBO SER?, de Monner Sans .. .. .. .. .. .. 257
DESDE QUE SE FUE MAMA, de Matilde R. Ayerbe .. .. 263
MAMA SE CASA, de Laura María Baratta .. .. .. .. 269
EL GRAN INVENTOR, de Carlos Scheaffer Gallo .. .. 275
MONOLOGO CRITICON, de Enrique Escudero .. .. .. 279
MAÑANA, de P. G. Alemandri .. .. .. .. .. .. .. 285

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

## De NUESTRO CATALOGO

**PEDRO Y LUCIA, por Romain Rolland.**—Una de las mejores novelas del gran escritor. En el fondo de ella, una visión de la gran guerra, trazada en forma emotiva y llena de color. En el primer plano, el amanecer de un amor entre dos seres juveniles, que ven truncarse sus esperanzas por la vorágine bélica..... **$ 10.00**

---

**LA TRAGEDIA DE LOS LISPERGUER, por Armando Arriaza.**—La novela se desenvuelve alrededor de la familia de la Quintrala, y nos muestra, no sólo sus dramas, sino el ambiente obscuro y sórdido de la Colonia, los hombres y las costumbres de aquella época. La fantasía y la historia marchan aquí del brazo ..... **$ 16.00**

---

**QUINCE AÑOS DE COMBATE, por Romain Rolland.**—El hombre admirable por su nobleza e idealismo que es Rolland aparece aquí fielmente reflejado a través de su acción de tres lustros, que son de lucha permanente y sin cuartel en favor de la fraternidad humana y la armonía universal ..... **$ 10.00**

---

**EDITORIAL ERCILLA S. A.**

**Casilla 2787 — Stgo. de Chile**

# EDITORIAL ERCILLA

## DE NUESTRO CATALOGO:

### V. R. HAYA DE LA TORRE

| | |
|---|---|
| ¿A dónde va Indoamérica? | $ 20.— |
| El Antimperialismo y el Apra | „ 6.— |
| Ex combatientes y desocupados | „ 6.— |

### PANAIT ISTRATI

| | |
|---|---|
| Mijail | $ 4.— |
| Kyra Kyralina | „ 3.— |
| Nerránsula | „ 3.— |
| Tsatsa Minka | „ 1.40 |
| El Pescador de Esponjas | „ 1.40 |

### SALVADOR REYES.

| | |
|---|---|
| Ruta de Sangre | $ 8.— |
| Tres Novelas de la Costa | „ 8.— |
| Piel Nocturna | „ 5.— |

### ANDRE MAUROIS

| | |
|---|---|
| Voltaire | $ 3.— |
| Aspectos de la Biografía | „ 12.— |
| Meipe, o los Mundos Imaginarios | „ 10.— |
| En América | „ 4.— |
| Disraeli | „ 2.— |
| Nueve Maestros Ingleses | „ 10.— |
| Los Ingleses | „ 2.— |

### GEORG F. NICOLAI

| | |
|---|---|
| Fundamentos Reales de la Sociología | $ 15.— |
| Biología de la Guerra | „ 20.— |

AGUSTINAS 1639 — CASILLA 2787
SANTIAGO DE CHILE

**TEATRO INFANTIL, por Blanca Dalla Torre Vicuña.— Colección Teatro Infantil** **$ 12.-**